



LUCÍA DE VICENTE

*Promesas de
sal y limón*

EL CLUB DE LAS TULIPANES 1



Selecta

Promesas de sal y limón

El Club de las Tulipanes 1

Lucía de Vicente

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Decálogo de El club de las Tulipanes

1. *Carpe diem*. Aprovecha el momento.
2. Piensa libremente.
3. Aspira a encontrar tu propio camino.
4. Sé quien quieras ser.
5. La verdad está sobrevalorada.
6. Cambiar de punto de vista es de personas inteligentes.
7. No te conformes.
8. Nunca dejes de soñar.
9. La literatura es una necesidad del ser humano.
10. Aspira a cambiar el mundo.

Prólogo

Cádiz, junio de 2000.

Ana dio un beso a su madre, otro a su padre y salió corriendo para atravesar el enorme patio del Santa Brígida Irish School a fin de atender la llamada de sus tres amigas, que estaban haciéndose fotos con su querida profesora de Lengua y Literatura, la señora Quesada.

El cóctel que siguió a la ceremonia de graduación de las alumnas que ese año terminaban el colegio estaba a punto de finalizar. Hacía pocos días se habían sometido a la dura prueba de la selectividad y tanto ella como sus queridísimas compañeras de fatigas y aventuras obtuvieron magníficas calificaciones, tal y como se esperaba de ellas.

La dirección y el profesorado tenían a las cuatro por buenas chicas. Las consideraban de las mejores estudiantes de su promoción, pero ella no pudo evitar una sonrisita ladina al pensar en eso. Lo cierto era que entre todas disponían de una buena colección de travesuras y fechorías en su haber, aunque tenían la virtud de haber salido siempre indemnes de ellas.

«Cría fama y échate a dormir», pensó sin perder el paso, acercándose al grupo para posar para la instantánea.

—Chicas, ¡hoy es nuestro día! —gritó al tiempo que levantaba el birrete de pega que les facilitaron los organizadores del evento, al más puro estilo de *Yankilandia*—. Hoy, por fin, podemos quemar Cádiz; no tenemos que regresar al colegio. ¡Y ya somos todas mayores de edad!

Solo una semana atrás habían celebrado el dieciocho cumpleaños de Gabriela, la más joven y la más inteligente de las cuatro, por mucho que esa cualidad no se viera reflejada en sus calificaciones escolares. Ni tampoco en la facilidad para hacer amistad con el resto de sus compañeras.

—También es nuestro último día juntas, Ana —lloriqueó Gabriela—. Hoy todas dormiremos en nuestras casas y a partir de mañana cada cual seguirá con su propia vida y no volveremos a vernos.

—Vamos, vamos, pequeña —la regañó con cariño la señora Quesada, abrazándola—. Hoy no pienses en eso. Como os he dicho siempre, tenéis que vivir el momento. Ya sabes, *carpe diem*. Mañana, Dios proveerá.

—Eso, Gabriela —corroboró Beatriz, la decana del grupo y a la que todas concedían el papel de protectora, aunque solo se llevaran unos pocos meses de diferencia—. Además, sí que vamos a volver a vernos; lo hemos prometido.

—Deberíamos sellar eso como Dios manda, ya sabéis... —propuso Patricia, la pragmática, con un gesto pícaro—, para que a ninguna se nos ocurra faltar el día que acordemos para la quedada.

—¿Qué es eso de sellar las promesas? —quiso saber la profesora, que miraba de una a otra, curiosa, intentando rellenar los huecos de su conversación.

—Bueno, cada vez que...

—¡Cállate, Gabriela! —interrumpió Beatriz a la menor, alarmada ante la disposición de esta a contar su más protegido secreto; el que todas guardaban con celo, aunque seguramente el miedo a ser descubiertas tenía más peso que la fidelidad a la palabra dada.

—Pero si ya no pueden castigarnos —se defendió esta.

—¿Y qué más da? —protestó ella, enfadada.

—Nada, doña Fina —salió al paso Patricia—. Se trata de una ceremonia infantil e inocua que celebramos cada vez que nos hacemos alguna promesa de futuro, no se preocupe.

La profesora las miró a todas, analizando las diferentes reacciones, y sonrió enigmática.

—Ay, niñas, ¿pensáis que he nacido ayer? —repuso moviendo la cabeza ligeramente de un lado al otro—. Por muchos años que lleve intentando instruir esas y muchas otras cabecitas de calabaza, nunca terminaré de acostumbrarme a que sigáis siendo tan inocentes aún el día de vuestra graduación. ¿Creéis que no estoy al tanto de vuestro juramento... *tequilero*? —lo denominó después de pensar un rato y a falta de otra palabra más adecuada que acudiera a su mente.

Las cuatro se miraron asombradas.

—¿Pero, doña Fina! —saltó Beatriz, anonadada al darse cuenta de lo que la señora Quesada acababa de confesar—. ¿Desde... cuándo lo sabe?

La mujer rio divertida.

—Pues, posiblemente desde el primer día. Os recuerdo que, por mi aula, han pasado montones de alumnas antes que vosotras y seguirán pasando después. Y todas, absolutamente todas, tenéis un punto en el que infringir las normas de la escuela se convierte en vuestro objetivo primordial. Incluso las que tenéis fama de formales y estudiosas.

—¿Cómo se dio cuenta? —cuestionó Ana—. Siempre hemos actuado con mucho cuidado.

—El primer día que Gabriela bajó al comedor y dejó sobre la mesa su desayuno entero, sin tocar ni una tostada, y el resto, con cara de lechuga vieja, os quejasteis de que algo os había sentado mal y que os dolía la cabeza, lo supe. Luego solo tuve que buscar las pruebas en vuestras habitaciones y, perdonad que os diga, sois muy poco originales intentando ocultarlas.

Las cuatro se miraron alarmadas.

—¿Y por qué no nos delató? —preguntó Patricia.

Ella siempre era la más inquisitiva, no en vano el curso siguiente se matricularía en la Facultad de Derecho e intentaría convertirse en la abogada más aguerrida y resolutiva de toda España.

—No hubiera servido de gran cosa —admitió—. Todos los profesores sabemos que estas cosas ocurren y es casi imposible evitarlo. Lo único que hacemos es intentar que no se nos vayan de las manos y empiecen a convertirse en un problema. Una pequeña cogorza no mata a nadie, siempre y cuando no se produzca demasiado pronto o se repita con asiduidad. Vosotras habéis sido cautas, la verdad. Un par de veces por curso y solo en los dos últimos.

—¿Hacen la vista gorda? —dijo Gabriela, asombrada.

—Solo a veces, ya os digo. En vuestro caso no era alarmante. Es condición del ser humano transgredir las normas y, si los superiores lo afrontamos con excesivo celo o rectitud, lo único que conseguimos es potenciar ese deseo natural de rebeldía.

—¡Gracias, doña Fina! —exclamó Beatriz, abrazándola, a punto de que se le saltaran las lágrimas por la emoción.

—Pero esta noche, ya que acabo de dejar de ser vuestra profesora —propuso doña Fina, quitando hierro al momento—, iré con vosotras y compartiré esos chupitos de tequila para celebrar la clausura de nuestro Club de las Tulipanes.

—¡Genial! —gritaron las cuatro a coro.

—Además, tenemos algo para usted —confesó Gabriela, incapaz de guardar una sorpresa.

—Gabriela... —la reconvino Patricia.

—Déjala, Paty —la defendió Beatriz—. Ya sabes que Gabriela es así. Anda, Ana, ve a buscar

los regalos de la señora Quesada.

Ella también estaba deseando ver la cara que pondría la profesora cuando le entregaran todo lo que llevaban tiempo preparando, así que partió de inmediato con una inestable carrera sobre los tacones, ya que, acostumbrada a los zapatos del uniforme, no tenía suficiente práctica para andar con ellos por un terreno tan desigual como el del patio del colegio, y se dirigió a la habitación que había compartido con Beatriz durante los últimos siete años.

El equipaje de ambas estaba allí, embalado y dispuesto para ser trasladado por última vez hasta sus respectivos domicilios. Los armarios parecían los nichos deshabitados de un cementerio, que esperan su próximo inquilino como si el anterior no hubiera dejado allí algo más que su esencia durante una larga temporada.

Sintió ganas de llorar, pero hizo un esfuerzo supremo y consiguió reprimir las lágrimas. No quería estropearse el ligero maquillaje que se aplicó para acudir a la ceremonia, ya que ese día estaba todo, o casi todo, permitido.

Evitó volver a mirar la habitación y recogió la bolsa de plástico que reposaba sobre su cama, o sobre la que lo fue hasta ese día, y salió zumbando de allí para no derrumbarse y caer en la pena que sentía que empezaba a ahogarla.

Del mismo modo que llegó, corrió para volver al punto en el que las demás la esperaban, solo que esa vez eligió la puerta principal, para atajar camino.

—¡Morales! —la reconvinó sor Elisa, la portera—, ¡no corra! Aunque sea su último día en esta escuela, las normas se cumplen hasta el final.

Ella pegó un frenazo en seco, sonrió a la monja carcelera —como la apodaban entre ellas—, pidió disculpas con una taimada sonrisa y, en cuanto pisó el último escalón que daba acceso al recinto, volvió a correr como alma que se llevara el diablo.

—Aquí tenéis, chicas —dijo al entregar su preciada carga.

Todas dejaron que Beatriz hiciera los honores sin siquiera consultarlo entre ellas, como en un acuerdo tácito.

Esta sacó una caja cuadrada, verde, de tamaño aproximado de treinta por treinta centímetros y se la entregó a la profesora.

—Para que tenga un recuerdo nuestro.

La mujer la tomó agradecida y emocionada. Cuando levantó la tapa, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Está firmada por las cuatro —aclaró Gabriela, ante el silencio acongojado de doña Fina.

—Es una placa de plata con el decálogo de nuestro club —especificó Patricia.

Se refería a la hermandad que surgió de forma inesperada después de que en la sesión de cine semanal del colegio emitieran *El Club de los Poetas Muertos*. Ellas quedaron tan impresionadas con la película, y se vieron tan reflejadas en los chicos de aquel internado, que quisieron hacer algo semejante. Y, como no podía ser de otro modo, la única docente capaz de emular las virtudes del señor Keating era su querida profesora de Lengua y Literatura, que además compartía asignatura con el personaje de Robin Williams.

A doña Fina le encantó la idea desde el primer minuto, pues en el fondo era otra inconformista, libre pensadora y un poquito reaccionaria, como John Keating, aunque en otro estilo. A la señora Quesada le gustaba la poesía como al que más, claro que sí, pero prefería la narrativa. Y de entre toda, la de los autores del romanticismo de los siglos XVIII y XIX; Jane Austen, Charlotte Brontë y su hermana Emily, Lord Byron, Mary Shelley, Alexandre Dumas, Gustavo Adolfo Bécquer...

Pero, además, algo que nunca reconoció delante de sus alumnas fue que era una defensora a

ultranza de la romántica actual. Seguía la obra de Johanna Lindsey, Kathleen Woodiwis, Marie Jo Putney, Nora Roberts, Diana Gabaldón, Virginia Henley y un larguísimo etcétera de autoras, de las que era voraz lectora.

Ellas no tardaron en averiguarlo. Les extrañaba tanto verla leyendo, en los recreos y antes de irse a la cama, aquellos libros de bolsillo de pastas forradas con papel de periódico, concentrada al máximo y componiendo caras y gestos de admiración, que no pudieron evitar dar rienda suelta a su curiosidad.

Y, en uno de aquellos ataques de rebeldía suyos, en segundo de BUP, vieron la oportunidad de hacerse con el ejemplar que se había dejado olvidado encima de la mesa de clase, un día a última hora. Después de esperar escondidas a que todas las compañeras salieran del aula, entraron y se lo llevaron al cuarto de Beatriz y de ella.

Era de Johanna Lindsey, *Amable y Tirano* se llamaba. Y aunque su intención fue devolverlo de inmediato, en cuanto se pusieron a leer en voz alta y llegaron al capítulo en el que James Malory seducía, con todo lujo de detalles, a la inexperta y aguerrida Georgina, se les olvidaron las buenas intenciones, por mucho que durante días doña Fina se empeñó en poner patas arriba la clase para encontrarlo e incluso amenazó con castigarlas si no aparecía. Pero ellas no sucumbieron a las amenazas.

Aquel fascículo pasó una y otra vez de mano en mano, para ser leído y releído hasta casi aprendérselo de memoria. Y ese solo fue el primero de muchos. Después, se turnaban para averiguar el título de la novela que leía la profesora y, durante el fin de semana, compraban entre las cuatro un ejemplar idéntico con sus pagas semanales. Incluso un verano que ella fue de vacaciones con sus padres a Nueva York, se las agenció para conseguir algunos títulos que aún no habían sido traducidos al español y que regaló a sus amigas cuando regresaron a las aulas.

Por ese motivo aquel era su siguiente regalo.

—Tenga, señora Quesada —le ofreció en esa ocasión Patricia, tendiéndole un libro con las tapas de cuero rojo, letras doradas en el lomo y las páginas más ajadas de la historia de la encuadernación en su interior—. Esperamos que sepa perdonarnos la infracción. Nos declaramos culpables de hurto, pero esperamos que sirva de eximente alegar que esto incidió en nuestro amor por la literatura —dijo en su léxico más jurídico, aprendido de la tele, como no podía ser de otro modo. Adoraba las películas de juicios.

La profesora cogió aquel ejemplar de *Amable y Tirano*. Su propio ejemplar, remozado gracias al buen hacer de los profesionales de una imprenta de El Puerto de Santa María.

—Mis queridas Tulipanes —sollozó la mujer—. ¡No sé cómo voy a poder pasar el próximo curso sin vuestras trastadas! —Ya no disimulaba su llanto emocionado—. Tenéis que dedicármelo todas, por favor.

Doña Fina siempre se dirigía a ellas como «Tulipanes» y por eso pusieron ese título al club que crearon y que ese día tocaba a su fin. No sabían el porqué de aquel apelativo, pero tampoco les importaba. En realidad, ya estaban acostumbradas después de seis años.

—Ni nosotras sin usted, señora Quesada —protestó quejicosa Gabriela—. ¿Quién nos va a dirigir a partir de ahora? ¿Quién nos regañará cuando hagamos algo mal?

Ella, Patricia y Beatriz no ratificaron aquellas dudas con palabras, pero lo hicieron con gestos de aquiescencia y un silencio sepulcral.

—Tranquilas, niñas. Yo siempre ¡siempre! estaré a vuestro lado y a disposición de toda aquella que quiera recurrir a mí. Tenéis mi teléfono y jamás estaré ocupada para vosotras. Esto es una promesa. Por otra parte, ya sois adultas. Tenéis que aprender a volar solas, a vivir vuestra vida y

a asumir vuestros propios errores y aciertos. No os conforméis con la mediocridad, buscad la excelencia, y esa búsqueda debe ser individual y emocionante porque cada una tiene que elegir su propio camino.

Todas escucharon aquel último consejo, que venía a ser el resumen de sus enseñanzas, y afirmaron llorosas con la cabeza.

—No obstante —siguió diciendo la mujer—, esto no es una despedida, es un «hasta pronto» porque, en cuanto salgamos de aquí, vamos a sellar con tequila que intentaremos vernos una vez al año, como mínimo. Y que esa costumbre se prolongará en el tiempo, incluso cuando yo ya no pueda acudir a la cita. ¿Hecho?

—¡Hecho! —gritaron ellas a coro.

Las cinco se fundieron en un abrazo colectivo de hipos, mocos y rímel corrido.

Capítulo 1

No mires hacia abajo, Georgie, ni tampoco hacia arriba. Mira solo su poblada y anodina barba. ¿Cómo puede perturbarte una barba, si es algo de lo más corriente?

Amable y tirano, Johanna Lindsey

Roma, mayo de 2017.

Ana Morales se asomó de nuevo a la calle para ver si veía venir el taxi que llevaba ya dos horas esperando. Tenía la sensación de que los minutos no avanzaban. Nerviosa, entró de nuevo en la recepción del hotel y se sentó en el mismo sillón que llevaba un buen rato calentando, aunque sus paseos a la puerta eran cada vez menos espaciados.

Dispuesta a pasar el rato como mejor pudiera, retomó su iPad de encima de la mesa y empezó a leer en el punto en que acababa de dejarlo, aunque ni siquiera la lectura de la novela que tenía entre manos —la tercera entrega de una serie de romántica histórica que la tenía entusiasmada, sobre un pueblo imaginario llamado Minstrel Valley— conseguía sumirla en su habitual estado de abstracción.

Por mucho que intentara llenar su tiempo manteniéndose ocupada para que la espera le fuera más llevadera, cada vez se sentía más inquieta. Ese era el motivo por el que bajó al *hall* del hotel; ya no aguantaba más en la habitación. Registrarse y tomar posesión de la *suite* de lujo, que les iba a costar un ojo de la cara; arreglar su aspecto para estar impecable; deshacer la maleta y colocar todas sus prendas con meticuloso orden, en lo que consideró la mitad de los armarios no le supuso ningún paliativo a aquel implacable nerviosismo.

Aún menos lo hicieron los tres cafés de bienvenida con que la cadena hotelera la homenajeaba. Ni siquiera mirar el panorama que se abría desde el balcón, donde Vittorio Emanuel II —impertérrito a la grupa de su caballo de bronce— le daba la bienvenida a Roma, obró ningún milagro. Eso sí, no pudo evitar recordar el viaje de fin de carrera que hiciera con sus compañeros de la Universidad de Portsmouth cuando se licenció en Interiorismo y Diseño. Eso la hizo sentir vulnerable.

«¡Qué tiempos aquellos! ¡Me ha cambiado tanto la vida!».

Pero no quería ponerse triste. Aquel iba a ser un fin de semana para el disfrute y el reencuentro con otra época mejor. Uno que supondría un antes y un después en su vida.

Necesitaba marcar la frontera que diferenciara su regreso a aquel tiempo olvidado entre libros y éxitos laborales; a la casa de sus padres y a los amigos de siempre; a Cádiz, con sus playas, su sol, sus procesiones y sus carnavales. Porque ya no regresaría nunca a Londres, salvo que fuera para hacer turismo, y en esos momentos dudaba mucho de que aquel fuera el destino elegido por ella en alguna ocasión; al menos no en un futuro inmediato.

Y aunque la maleta que esa misma mañana arrastró por la terminal de llegadas del aeropuerto de Fiumicino era liviana, se sentía como si acarreará todo el peso del universo sobre las ruedas de su *trolley*; las pertenencias siempre pesaban menos que las experiencias, aunque ocuparan más

espacio físico. No obstante, la capacidad de su alma, esa que acogía todas sus penas y dolores, estaba a punto de rebosar por algún lugar muy poco conveniente.

Necesitaba más que respirar aquellas minivacaciones, al término de las cuales regresaría para siempre a Cádiz, vía Madrid, al amparo seguro de los brazos de la persona que estaba esperando.

La mujer alta y morena que, con su maleta a la zaga, entró en uno de los huecos de la puerta giratoria que estaba mirando con fijeza la sacó de su bucle de autocompasión. El corazón brincó en el interior de su pecho.

Beatriz Crespo, su amiga de la infancia, acababa de llegar. ¡Por fin!

Se precipitó hacia ella abandonando sus pertenencias en el sillón que ocupaba y, en cuanto Beatriz salió de aquella engañosa trampa, ambas se fundieron en un abrazo tan eterno como la ciudad que las acogía. Sintió que le escocían los ojos por la emoción.

Cuando se separaron, se miraron durante un breve instante y volvieron a abrazarse.

—¡Cuánto te he echado de menos, Beatriz! —exclamó sobre el hueco de su hombro, reteniendo las lágrimas a fuerza de pura contención.

—¡Y yo a ti, Ana! Pero a partir de ahora vamos a estar más cerquita y nos veremos más a menudo.

—Eso espero. Nuestra escapada anual ya no es suficiente para mí, me sabe a muy poco.

—Tranquila, ahora que regresas a Cádiz haremos todo lo posible por coincidir cada vez que yo baje a visitar a mis padres. Y nunca pasan más de dos o tres meses.

Por fin dejaron caer los brazos y se apartaron lo suficiente para hacerse un mutuo examen visual, tan femenino como exhaustivo.

—Estás más delgada —exclamó Beatriz—. Mucho, si me permites que te lo diga.

—Bueno, ¿y quién se queja por no tener que bregar con los kilos de más?

—Es que «lo poco agrada y lo mucho enfada», como dice el refrán. Tú nunca has sido gorda y has perdido, por lo menos, cinco kilos desde el año pasado.

—Diez —la corrigió mientras regresaba al sillón para recoger su bolso y el iPad—. Pero es que cuando nos vimos en París yo todavía era una mujer felizmente casada.

Beatriz le lanzó una mirada irónica, cuestionando aquella aseveración, y le hizo un gesto para que se acercaran al mostrador de recepción y así poder registrarse.

—Bueno —se rectificó a sí misma, caminando a su lado—, si no era feliz con mi matrimonio, al menos no era tan infeliz como ahora.

Su amiga no contestó y, en cambio, se centró en terminar cuanto antes los trámites habituales del *check in*.

—Nadie se muere por un divorcio, Ana —comentó por fin, mientras la recepcionista hacía una fotocopia de su carnet de identidad y le entregaba la llave electrónica.

—Claro que no. Mi divorcio ha sido la crónica de una muerte anunciada, pero te aseguro que no es un trago agradable.

—Lo superarás, solo es cuestión de tiempo. Te lo digo por experiencia.

Un botones las acompañó hasta el ascensor y entró tras ellas llevando consigo la maleta de Beatriz.

—Sí, ya lo sé. Pero tu caso no es como el mío. Tú no te encontraste a tu marido en tu propia cama con una compañera de trabajo que se hacía pasar por tu amiga, ¿verdad? —repuso bajito, para que el muchacho no la oyera—. Y tampoco estabas enamorada de él hasta las trancas, como yo. Lo vuestro fue un divorcio de mutuo acuerdo, ambos queríais perderos de vista.

Salieron del elevador tras el botones y lo siguieron por el pasillo sin decir palabra, cada una

perdida en sus recuerdos. Una vez que este les franqueó la entrada a la habitación y dejó la maleta sobre el mueble correspondiente, Beatriz le entregó un billete de cinco euros y cerró la puerta a su espalda.

—Tienes razón, Ana —aceptó por fin sus últimas palabras mientras se volvía hacia ella para abrazarla de nuevo. Por muchos años que pasaran, Beatriz nunca perdería la ocasión de demostrar que estaba dispuesta a protegerla por encima de todo y de todos—. Lo tuyo tiene que haber sido muy duro, pero reconoce conmigo que el cabronazo de Brendan no te merecía y que estás mejor sin él.

—Puede, pero me está costando asimilarlo y acostumbrarme a mi nueva vida de soltera.

—Ya, por eso es una suerte que, por fin, vayas a dejar para siempre esa ciudad del demonio que es Londres, donde seguro que todo te recuerda a él y tu anterior vida. Verás cómo, una vez que regreses a Cádiz, todo va a ser diferente y más fácil.

—Me voy a sentir como un pez fuera del agua —lloriqueó.

—¡Venga ya! Si nunca has dejado de venir por casa.

—Ya, pero eran visitas puntuales y sabía que tenía una vida propia a la que regresar.

—Bueno, ¡pues ya está bien de lamentarse! —la regañó—. Este es nuestro viaje anual. El que nunca hemos dejado de disfrutar desde hace... ¿cuánto? ¿Dieciséis años?

—Diecisiete. Desde el 2000, después de la selectividad. ¡Cuánto echo de menos aquellos primeros encuentros! Fueron maravillosos. Aunque no siempre estábamos las cuatro, porque Gabriela solía estar por ahí, haciendo de Madre Teresa de Calcuta, y vino a pocos, pero era como volver a nuestros días del colegio, dispuestas a tomar por asalto la ciudad que eligiéramos, entre risas y confidencias.

—¡Sí! Es una pena que poco a poco el grupo haya ido deshaciéndose, pero a medida que nos hacemos mayores, cada vez es más difícil hacer que cuatro vidas tan dispares coincidan.

—Por cierto, ¿sabes algo de las otras Tulipanes? —preguntó por las dos faltantes.

—Poco. Estuve con Gabriela en Semana Santa. Ya te conté por teléfono; sigue igual de mística y de «rarita» y fuimos juntas a ver las procesiones de Cádiz. A Patricia hace casi dos años que no la veo; siempre está tan liada.

—¿Y de doña Fina? —preguntó por la profesora que tuvo la habilidad de unir aquellas cuatro pequeñas almas en proceso de crecimiento para siempre—. ¿Has ido a visitarla últimamente?

—Sí. Fui a su casa hace un par de semanas, la última vez que bajé a ver a mis padres.

—¿Cómo sigue?

—Mal. Se va apagando como una velita, pero sigue con su cabeza tan lúcida como siempre, intentando hacernos creer a todos que en realidad lo suyo no es tan grave. Sin embargo, Ana, sabe que se muere, aunque se niega a ponerse triste y a que la gente a su alrededor lo haga.

—Esta enfermedad de mierda es una putada —masculló ella, quejándose por el cáncer pernicioso que amenazaba con segar la vida de aquella mujer que les enseñó a pensar y a crecer como personas de bien.

—¿Cuánto hace que tú no la ves, Ana?

—Bastante, al menos año y medio. La última vez que estuve con ella ya sabía que tenía la enfermedad, pero me lo contó con una frialdad que me heló la sangre. No me dejó que llorara. Lo pasé fatal. Por eso no he vuelto por allí. ¡No puedo asimilarlo! Sí, ya sé que soy una cobarde.

—No, no eres una cobarde, cariño —rebatí con dulzura—. Es duro perder a las personas que amamos y cada cual asume la desgracia como puede. Ella lo sabe y lo entiende.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí. Como no podía ser de otro modo, siempre que nos vemos terminamos hablando del Club de las Tulipanes y, por supuesto, no pierde la ocasión de enterarse de cómo nos va la vida a las cuatro.

—¡Menos mal que tú estás ahí para mantenerla al día! Eres nuestro enlace, Beatriz. Todas nuestras promesas y buenas intenciones hubieran quedado en nada si no fuera por ti, que ejerces de nexo entre todas.

—Bueno, yo soy así, ya lo sabes. Me gusta. Además, soy la mayor, es mi obligación —desestimó jocosa.

—Bah, ¡qué obligación ni obligación! ¡Solo eres la más torpe! —exclamó haciendo chanza de la broma que siempre le gastaban todas y que aludía al hecho de que Beatriz repitió quinto de EGB debido a una enfermedad que la postró en la cama durante meses—. Total, a estas alturas, un año no se nota.

—Es verdad, tienes razón —asumió Beatriz—. Soy la más torpe, pero por poco que se note, también soy la más mayor, ese es un hecho incuestionable. Además de la más cariñosa y la más responsable.

—Cierto, cierto. Yo, en cambio, soy un caso —reconoció—. Con Patricia y Gabriela hace más de cuatro años que ni siquiera cruzo un wasap. Y con doña Fina, antes la llamaba de vez en cuando y le escribía, pero desde que me enteré de «lo suyo»... —Utilizó un eufemismo para no nombrar la terrible palabra—. Solo he sido capaz de enviarle una tarjeta por Navidad.

—Bueno, al menos conmigo sigues manteniendo el contacto.

—Claro, porque tú eres un coñazo y, si no te llamo, me das la tabarra hasta que termino hablando y quedando contigo, aunque solo sea por aburrimiento —bromeó—. Reconozco que soy una despegada.

—Sí, lo eres —confirmó—. Y eso que tú eres la única que no me ha dejado tirada y continuas acudiendo a nuestro fin de semana turístico por Europa.

—Bueno, eso es porque a mí lo de viajar me gusta más que a un niño un caramelo.

—Lo sé, lo sé. Pero cualquier excusa es buena si nos permite seguir en contacto.

Ambas volvieron a abrazarse.

—¡Cómo me gustan tus achuchones, Beatriz! Son de lo más reconfortantes.

—Y más te va a gustar el programa que te tengo preparado. ¡Eso sí que va a ser reconfortante! Te prometo que vas a volver a España con las pilas puestas, lista para comerte el mundo. Además, vamos a aprovechar estos tres días para idear un plan que nos vuelva a reunir, de una vez por todas, a las cuatro Tulipanes.

Ana apenas se sentía persona todavía. Y no lo haría mientras no tuviera dos cafés, como mínimo, en el estómago. La noche anterior Beatriz y ella estuvieron paseando por los alrededores de la Fontana de Trevi y la Piazza Navona hasta muy tarde y luego, cuando ya casi no quedaban transeúntes en la calle, remataron la velada dando buena cuenta de las maravillas del minibar y poniéndose al día, hasta que empezó a clarear sobre las cúpulas de Roma.

Y es que ella era de esas personas que nunca tenía prisa para irse a la cama, pero para quien levantarse suponía casi una proeza, así que despertaba a golpe de cafeína y, como era lógico, acto seguido estaba *espídica*, con una energía tal que casi era necesario atarla para que se estuviera quieta.

Sin embargo, los primeros minutos del día, antes de la primera taza... Bueno, en esos casos era mejor ignorarla porque ni la pertinente ducha matutina ejercía su magia en ella. Beatriz lo sabía y por eso caminaba a su lado en silencio.

Aun así, existían los milagros. Lo supo porque la presencia de un espectacular hombre, altísimo y morenísimo, que se la quedó mirando con descaro unas cuantas mesas por delante de la que acababa de asignarles el *maître*, hizo que sus ojos se abrieran como platos y que aterrizará en el mundo de los vivos de sopetón.

Ahora estaba segura de que haberse preparado las tres capsulitas de Nesspreso de *hospitality* la tarde anterior no fue una buena idea. De haber dejado alguna, al menos podría haberse tomado uno mientras esperaba que Beatriz terminara de maquillarse, de modo que en esos momentos estaría más despejada y podría discernir si la visión que tenía ante sus ojos era una alucinación, o no.

—Bea, ¿tú estás viendo lo mismo que yo? —preguntó a su amiga, señalando con disimulo hacia el objeto de su admiración.

—¿Qué? —preguntó la otra, sorprendida de que se hubiera dignado a despejar los labios sin que le hubieran servido aún—. ¿De qué hablas?

—Del maromazo que hay tres mesas más adelante. ¡Y yo que pensaba que esos tíos solo existían en nuestras novelas, y en nuestra imaginación!

—No, si lo que yo te digo. ¿Ves cómo ante una inyección de testosterona se te pasan todas las tonterías? —replicó al tiempo que se levantaba con disimulo un poco en el asiento, para driblar visualmente a la matrona que tenía justo delante de ella y que estaba en su ángulo de visión, dando el desayuno a su numerosa prole—. Ya te decía yo anoche que tú lo que necesitas es alguien con el que darte un buen revolcón y que te haga olvidar al innumerable.

—¿Pero no habíamos quedado en que no íbamos a hablar de él? —se quejó al ver que su amiga se refería a Brendan e insistía en su necesidad de sexo—. Ya te he dicho que yo no soy de ese tipo de mujeres. Que para acostarme con un hombre tengo que sentir algo por él y que la presencia física...

Se calló al darse cuenta de que Beatriz no estaba escuchándola y se ponía de pie.

—¡No puede ser! —la oyó decir con un deje de sorpresa y admiración.

—Bueno, hija, está muy *güenorro*, sí, pero tampoco es para tanto. Siéntate, que se va a dar cuenta y verás qué corte.

Pero no le dio tiempo a sujetarla antes de que echara a andar en dirección al hombre, sin recato alguno.

«¿Adónde va esta loca? ¿Qué piensa hacer?». Esperaba que no se le ocurriera tirárselo en los brazos, en ese afán de «mamá gallina» al que jamás terminaría de acostumbrarse, a pesar de ser un comportamiento suyo muy arraigado desde que se conocieron.

La siguió con la mirada, mientras un terror providencial se hacía cargo de su espíritu y se llevaba a los labios la primera taza de café que acababa de servirle el camarero. Se la bebió entera, casi de un solo trago. Se quemó la lengua, por supuesto, pero no le importó demasiado.

Nerviosa y sin saber qué hacer, al ver que Beatriz se aproximaba a la mesa del «bombón italiano» —como acababa de bautizarlo en su mente— y le decía algo, se levantó de la silla y se dirigió, con precipitación, al espléndido *buffet* que exponía un sinfín de manjares a su espalda. ¡No quería verlo!

Por suerte, su amiga no vino a interrumpirla durante su elección, pero no pudo evitar lanzar un par de miradas furtivas, con disimulo, hacia la mesa de él.

«¡Leche, pero si están abrazándose como si no hubiera un mañana!», exclamó para sí misma. «Menos mal que yo no tengo intención de liarme con nadie porque este hubiera sido el robo de ligue más descarado de la historia».

—Vale, guapa, *pa ti pa* siempre. Espero que al menos me des las gracias —masculló entre dientes mientras continuaba llenando el plato de *croissants* recién horneados, ante el sorprendido escrutinio de un hombre que se encontraba a su lado.

No volvió a mirar en su dirección. Una cosa era que ella no tuviera intenciones de olvidar sus penas en brazos ajenos y otra muy diferente que Beatriz, por muy lanzada que fuera, la dejara plantada como una seta por el primer tío bueno que apareciera ante sus ojos. Además, tampoco era para tanto, ¿o sí?

Dispuesta a comprobarlo, tomó el camino de regreso a su mesa, con el plato rebosante en una mano y un vaso de zumo de naranja recién exprimido en la otra, mirando hacia el lugar en el que acababa de verlos fundidos en su tórrida presentación de bienvenida.

«Pero ¿dónde se han metido?». A eso llamaba ella velocidad y lo demás eran tonterías. Y no sabía si era por la escasez de cafeína en vena o por lo que, de alguna manera, consideraba una traición, pero se sintió mosqueada. Tanto como cuando, en segundo de BUP, Beatriz se lio con Andrés Zancajo en la discoteca, aun cuando sabía que ella llevaba meses suspirando por sus huesos.

Hacia años que no recordaba aquel episodio que estuvo a punto de dar al traste con su amistad y con el que luego, al cabo del tiempo, bromearon hasta la saciedad. Sin embargo, acababa de darse cuenta de que, de algún modo, continuaba guardándole cierto resquemor por esa deslealtad de amiga y que esto no le estaba sentando mucho mejor.

Envuelta en la bruma roja del cabreo que acababa de pillarse, no se dio cuenta de que su mesa estaba ocupada. Y, claro, como no podía ser de otra manera, dada su maldita costumbre de hacer juicios sin tener toda la información, había vuelto a equivocarse.

No era que Beatriz y el «bombón italiano» se hubieran fugado a la habitación de alguno de los dos ante sus mismas narices, en menos tiempo del que utiliza en persignarse un cura loco, no. Al parecer, Beatriz decidió invitar al «bombón italiano» a desayunar con ellas y este no tuvo mejor idea que aceptar.

¿Y ahora qué hacía?

En realidad, ya era demasiado tarde para salir corriendo, estaba justo delante de su silla y, para más inri, ellos la miraban expectantes. No tenía forma de escabullirse. Además, aunque quisiera tampoco podría hacerlo, su bolso colgaba del respaldo de esa silla que ella debía ocupar y su teléfono móvil yacía en silencio sobre el mantel.

«¡Menudo desastre!», pensó, intentando inventar alguna excusa para dejarlos a solas.

—Ana —interrumpió Beatriz sus maquinaciones—, mira, quiero presentarte a Mario Guerra. Es un amigo de... ¡de toda la vida! —Estaba exultante—. Su padre y el mío hicieron la mili juntos en San Fernando, en la Marina, y desde entonces son íntimos amigos —explicó—. Tanto que cuando mi padre conoció a mi madre y se hicieron novios, ella no dudó en presentar a Julio a su compañera de piso, que resulta ser la madre de Mario. Así que ya ves, nos conocemos desde siempre.

«Vaya, pues no es un "bombón italiano" —dedujo—. Debe tratarse de un "bombón gaditano". ¡Hijo mío, ¿dónde estabas tú cuando yo vivía todavía en España?!», le preguntó en su imaginación.

El aludido se puso en pie con galantería y le tendió la mano. Ella la aceptó tras soltar su carga sobre la mesa. Era grande, ancha y fuerte, con unas uñas muy cortas y cuidadas.

—Hola —saludó él, con una luminosa y perfecta sonrisa, fruto de la labor de un odontólogo muy muy caro.

—Hola —repuso ella, a medio camino entre la vergüenza y la estupefacción de la que todavía no acababa de salir—. Ana Morales —se presentó a sí misma, al ver que Beatriz no se tomaba la molestia de hacerlo.

—Sí, ya me ha dicho Bea quién eres. Su amiga del colegio, ¿no es eso? —respondió con una voz profunda y grave, a la que adornaba un fuerte acento gaditano.

—Eso es —confirmó, dejando que la musical cadencia de su tierra se colara por sus oídos para ir a alojarse en algún indefinido lugar de su anatomía, ubicado entre el primero y el segundo chakra, más o menos.

Lo cierto era que no sabía qué más decir. Estaba impactada, así que se limitó a sentarse y a dar un gran trago al segundo café de la mañana.

—Y también me ha dicho Beatriz que has venido a Roma a celebrar tu divorcio —continuó diciendo Mario, tomando la iniciativa de la conversación, entre pinchada y pinchada de su plato de huevos revueltos.

«¡Pero qué bocazas eres, Bea! ¿Qué narices le importa al bombón italiano, digo, gaditano, a qué hemos venido a Roma?», se cuestionó indignada.

—Bueno —contestó en cambio, con una sonrisa de oreja a oreja—, en realidad, todos los años hacemos un viaje juntas. Un fin de semana de chicas. —Omitió lo de «Tulipanes»—. Para ponernos al día de todo lo que nos ha ocurrido desde la última vez que nos vimos. Así que no, no estamos celebrando mi divorcio.

—¿Pero te has divorciado o no? —insistió él.

—Sí, pero lo hice en enero. Ya han pasado cinco meses.

—Y no os habías visto hasta ahora —siguió diciendo él, con una afirmación en la que prescindió intencionadamente de las interrogaciones.

—No —contestó por ella Beatriz—. Por eso este viaje también cumple ese cometido.

—¡Pero lo hubiéramos hecho igual, aunque siguiera casada! —se defendió ella—. Llevamos desde el año 2000 haciéndolo —explicó al recién llegado.

—¡Qué divertido! —jaleó Mario—. A mí también me gustaría hacer algo así con mis compañeros del colegio o de la facultad, pero lo cierto es que no tengo ni idea de qué ha sido de ellos.

—Los hombres sois así de desprendidos —lo regañó Bea, pero él parecía estar recordando algo que lo tenía muy ensimismado.

—Ah, ¡ya me acuerdo! —dijo por fin—. ¿Tú no me hablaste de estos viajes mientras estábamos estudiando en Madrid? ¿No son esos que hacías con tus... margaritas? —Y se rio como si hubiera contado algún chiste malo.

—Tulipanes —lo corrigió ella, muy digna y muy seria.

—Bueno, una flor, al fin y al cabo. Recordaba que era un mote muy cursi.

«Mira, va a resultar que el bombón gaditano no es tan guay como yo pensaba», se dijo a sí misma. En su imaginación, cuando lo vio sentado a su mesa, con su traje de marca hecho a medida y sus magníficos modales, dio por sentado que, además de italiano, lo cual ya era un plus en sí mismo, era un tipo simpático, cordial, galante y nada nada patoso.

—Pero, Bea, ¿dejas que cualquiera vaya por ahí llamándonos «cursis»? —replicó en tono de chanza para quitar hierro a la advertencia que, de forma velada, hacía a su amiga—. Mario, creo que antes de catalogarnos deberías conocer a todas las componentes del grupo. Te garantizo que, si lo hicieras, ese sería el último calificativo que utilizarías.

—Si yo no lo dejo —contestó la otra, de inmediato, a la defensiva—. Ya te he dicho que Mario

y yo nos conocemos desde siempre, así que hace lo que quiere y le encanta picarme. De todas formas, quédate tranquila, él no entra en la categoría de «cualquiera». Durante una época lo compartimos todo; casa, universidad, juergas, amigos...

«Amigos, no, guapa, que conmigo no lo compartiste», pensó para sus adentros.

—Todo menos la cama —aclaró él, sin que nadie le pidiera explicaciones.

«¡Mira, pues eso me alegra saberlo, bombón de donde quiera que seas!».

—En fin —dijo cambiando de tema, sin darse cuenta de que con sus siguientes palabras revelaba parte de sus elucubraciones—. ¡Y yo que pensaba que eras italiano!

—En realidad, sí lo soy.

—Sí eres ¿qué? —Acababa de perderse al percatarse de su metedura de pata.

—Italiano. Aunque he nacido en Cádiz, mi madre y toda su familia son venecianos, así que tengo su nacionalidad, ya que al ser europeo no puedo tener ambas y ese fue el capricho de mi progenitora.

—Ah... —repuso para salir del paso—. Tienes un acento tan... gaditano.

—Porque mi padre es de Cádiz. Allí me crié y allí es donde vivo.

«Muy bien, guapo, ahora sé que eres un bombón ítalo-gaditano, aunque me parece que eres un bombón relleno de alguna sustancia peligrosa para mi estabilidad hormonal».

—Por cierto, ya que tú estás tan al día del motivo de nuestro viaje, ¿por qué no nos cuentas qué has venido a hacer en Roma? —cuestionó ella, intentando averiguar algo más de él. Se sentía en desventaja.

—Nada tan divertido como lo vuestro; trabajar.

—¿En qué trabajas?

Observó que Beatriz componía un rictus de alarma en el rostro y que intentaba meter baza en aquella conversación tan surrealista que mantenían. Le extrañó aquella reacción, pero no tuvo tiempo de preguntar.

—Eso mejor te lo cuento esta noche, ahora no tengo tiempo, si quiero estar puntual en la obra. ¿Qué os parece —preguntó mirando a Beatriz— si os invito a cenar en el Trastévere y así tú y yo nos ponemos al día de nuestras vidas y, de paso, conozco un poco mejor a Ana?

—¡Genial! —contestó su amiga, levantándose de la mesa—. ¿A qué hora quedamos y dónde?

—A las ocho en Ombre Rosse. Cualquier taxista sabe dónde está y, si queréis ir andando desde aquí, cuando lleguéis a la plaza de Santa María del Trastévere, preguntad por el local. Todo el mundo lo conoce.

—Vale, allí estaremos —aceptó Beatriz por las dos.

Mil alarmas sonaron al mismo tiempo en su cabeza. ¿Por qué Beatriz no le preguntaba a ella qué opinaba de ir a cenar con su amigo? ¿Por qué estaba tan interesada en aquel encuentro si ellos nunca habían sido amantes? No estaría pensando en forzar un episodio de sábanas revueltas, sudor y lujuria entre Mario y ella, ¿verdad?

Porque si era así, iba lista. Ella no estaba por la labor de mantener ningún tipo de relación con un hombre más allá del trato cordial entre dos seres humanos. En esos momentos odiaba al género masculino y recelaba de él por sistema, por lo que no pensaba meter a ninguno en su cama hasta, como mínimo, la llegada de la sexta extinción masiva.

—Al menos dime a qué te dedicas —solicitó ella, a fin de alargar la conversación mientras buscaba una excusa plausible con la que rechazar aquella cena.

Antes de responder él la miró con ese punto de vanagloria que tienen los hombres bien situados y que les hace pensar que ese detalle es suficiente para abrirles la puerta de la habitación de

cualquier mujer.

—Soy arquitecto —repuso— y estoy en un proyecto de conservación del Coliseo por las afecciones de la Línea C del Metro de Roma. Esta noche te lo cuento todo con detalle.

«¡Mucho me temo que no, bonito! Porque va a ir a cenar contigo el Papa, que te pilla cerca, mira tú», pensó para sí misma. «Tú no lo sabes, pero las palabras "hombre" y "arquitecto", juntas en la misma frase, son dos poderosas razones para que yo no vaya contigo ni a la vuelta de la esquina».

—Lo siento, Mario —declinó la invitación al mismo tiempo que taladraba a Beatriz con la mirada—. Creo que es mejor que vayáis vosotros solos, así estaréis más cómodos.

—¡Para nada! —desestimó él—. Tú vienes con nosotros. No es nada galante dejar a una mujer sola en su primera noche en Roma.

—La segunda. Llegamos ayer por la mañana. Y no, de verdad. Gracias —zanjó, sin dejar espacio a la réplica.

—Por favor, Ana —rogó Beatriz—. Venga, hazlo por mí.

—Luego lo hablamos, ¿vale?

Con esa escueta sentencia dio por terminada la discusión que no quería seguir manteniendo en presencia de él, aunque en realidad lo que el cuerpo le pedía era gritarle, sin importarle un bledo si él estaba, o no, presente, «¿No te dije anoche que, en lo que me quedara de vida, no quería volver a saber nada de los hombres en general y mucho menos si eran arquitectos? ¿Es que no te enteras de nada de lo que te digo?».

Su amiga sabía que con Brendan, su ex, había cubierto su cupo de masoquismo masculino. Con una equivocación ya tenía suficiente para toda la vida, pero si además sumaba el detallito de que ambos tenían la misma profesión.. Eso último era una reacción infantil e inmadura, lo sabía, pero no podía evitarlo. Estaba tan dolida y escarmentada por la actitud de su exmarido que no quería tener nada que ver con nadie que se pareciera, ni remotamente, a él.

—Bueno, Mario, tú no te preocupes. Allí estaremos, puntuales como un reloj suizo. Yo me encargo de convencerla. Nos vemos a las ocho —dijo Bea, sin embargo, ignorando la mirada acusatoria que estaba lanzándole.

—En ese caso, hasta esta noche, preciosa —se despidió él, besándola en la mejilla y acercándose a ella para hacer lo mismo. Ella, suspicaz, le tendió la mano, marcando las distancias.

—Encantada de conocerte, Mario. Y gracias por la invitación —repitió seria para dejar muy claro que no iba a aceptarla, dijera lo que dijera Beatriz.

«Ya puedes esperarme sentado, rico, que de pie vas a cansarte».

Capítulo 2

Hacía demasiado tiempo que no se enfrentaba con una verdadera tentación. El autodomínio era fácil cuando el aburrimiento apagaba las emociones, pero todo cambiaba cuando estas emergían con tanta intensidad.

Amable y Tirano, Johanna Lindsey

Mario las vio llegar. Beatriz caminaba con su paso alegre y resuelto de siempre, gesticulando con las manos como era su costumbre. Apostaría, y estaba seguro de no perder, que cualquiera que fuera la conversación que mantenía con Ana incluía algún tipo de amonestación por lo que ella consideraba que su amiga hubiera hecho mal. Era superior a sus fuerzas, le encantaba enmendar la plana a todo el mundo y darle instrucciones concretas de cómo debía actuar. Compartir amistad con ella era igual que adoptar a una madre de tu misma edad, o incluso más joven, como era su caso.

Ana, en cambio, caminaba muy recta a su lado, más tiesa que el palo de una escoba, con los hombros echados hacia atrás y la vista al frente, intentando ignorarla. Estaba muy seria y, a pesar de su evidente cabreo, seguía siendo impresionante. No sabía qué era lo que más le llamaba la atención de esa mujer, si el estilo y elegancia que emanaba por todos los poros de su piel o su pose de distanciamiento, con la que colocaba a cada cual en el lugar que ella creía que le correspondía; exactamente a cincuenta años luz de distancia.

Quizá fue eso lo que había llamado su atención esa mañana, cuando la vio entrar en el restaurante del hotel para desayunar, hasta el punto de no darse cuenta de que la persona que la acompañaba era su amiga de la infancia.

En esos momentos solo tuvo ojos para la mujer alta, delgada y de larga melena castaña con mechas más claras que hacía su entrada estelar en el local a paso marcial. Cuando se quedó mirando fijamente hacia él, sin recato alguno, con un aire de superioridad tal que hubiera hecho desestabilizar los cimientos de su autoestima solo si hubiera sido un poquito menos seguro de sí mismo, supo que la curiosidad estaba servida.

Hubiera apostado sin miedo a perder que la temperatura ambiente del salón descendió un par de grados a su paso y, aun así, no fue capaz de quitar los ojos de su anatomía. Impresionante, por cierto. Digna de elogio.

Cierto que un puñado de kilos más sobre su osamenta no le vendrían nada mal, pero era justo el tipo de mujer que a él lo encandilaba a simple vista. Alta, estilosa, con un caminar cimbreante de caderas que hacía que sus pechos —del tamaño adecuado para su gusto— se mantuvieran firmes y altivos, marcando diferencias con la cintura, veinte centímetros más estrecha.

Esa noche Ana iba vestida igual que por la mañana, nada de ropa ejecutiva de diseño, ni mucho menos. Unos vaqueros ajustados —aunque no pegados como si fueran vulgares *leggings*—, una camiseta de algodón blanca, sencilla, con un pequeño dibujo de pedrería transparente en el centro y una cazadora corta de ante fucsia con cremallera a un lado, solo cerrada parcialmente a la altura

del ombligo, completaban su atuendo. Tampoco llevaba tacones que acusaran su contoneo, sino que calzaba unos simples mocasines de piel que tenían aspecto de ser muy cómodos.

Se dio cuenta de que estaba mirándola, sin pestañear siquiera, desde que hizo su aparición en la plaza.

—¡Hola, Mario! —interrumpió su examen Beatriz, pletórica, como siempre—. ¿Llevas mucho esperándonos?

—No. Cinco o diez minutillos, pero no os preocupéis. Así he podido coger una buena mesa y tomarme una birrita —repuso él, apurando el último trago de su vaso, al tiempo que se ponía de pie para saludarlas.

—Hola —saludó Ana, con voz monocorde, exenta de toda alegría, permitiendo que en esa ocasión le diera la bienvenida con dos besos—. La culpa del retraso ha sido mía —echó un cable a su amiga—, a Beatriz le ha costado trabajo convencerme de que os acompañara. Sigo pensando que hubiera sido mejor que vinierais vosotros solos, para que pudierais hablar de vuestras cosas. Yo solo voy a ser un incordio.

—Tú siempre eres un incordio, Ana —la rectificó Beatriz, jocosa—, pero uno que yo quiero mucho y no podía permitir que te quedaras sola en el hotel.

—Claro que no, Ana —incidió él—. Eres bienvenida a esta reunión. Verás cómo nos divertimos todos. En cualquier caso, aquí se cena de maravilla; la de Francesco es una de las mejores cocinas de Roma.

Ana no contestó. Desde luego, se la veía mosqueada y, aunque él ignoraba el motivo, se propuso que antes de que abandonaran aquella terraza tan cuca y típica, delimitada con jardineras de flores amarillas y helechos en tiestos, haría que se hubiera reído al menos un par de veces, por mucho que en esos momentos pareciera una hazaña digna de un héroe. No le importaba, los retos lo atraían.

Dispuesto a salir airoso de aquella prueba, después de que las chicas tomaron asiento, levantó la mano para reclamar la atención del camarero que, solícito, acudió a la llamada en tiempo récord, con un platito de *patatinas* y un tradicional *antipasti* crujiente en las manos.

—¿Qué tal unos *spritzs* para empezar? —preguntó a las chicas, con la esperanza de que aquel aperitivo, consistente en vino Prosecco con soda, frambuesas y Aperol, relajara la tensión del ambiente.

Y en cuanto ellas confirmaron la propuesta, hizo un gesto afirmativo con la cabeza al camarero para que los encargara. Este se marchó raudo, moviendo los pies y bailoteando al son de la música ambiente que sonaba de fondo.

—Mario, ya sabes que yo no aguanto nada el alcohol —se quejó Beatriz—. Si empiezo a beber tan pronto, vais a tener que llevarme al hotel antes de terminar la velada.

—Pues come —le ofreció él, acercándole el plato de aperitivos—. Y no te preocupes, que Ana y yo no vamos a dejarte tirada a tu suerte en las calles de Roma.

Ana seguía sin despegar los labios. No tenía ni idea de qué narices le pasaba a esa mujer. Hubiera sido de buen gusto que al menos contribuyera en sus chanzas.

—¿Tú aguantas la bebida igual de mal que ella? —le preguntó, más por entablar conversación que por curiosidad.

—No, yo aguanto muy bien, tranquilo. No haré que cargues conmigo.

—Bueno, mujer, tampoco sería un trabajo tan desagradable —replicó con picardía, insinuante—. No me importaría nada llevarte en brazos desde aquí hasta el hotel.

—¿Estás dándome a entender que estoy muy delgada? —cuestionó ella, masticando las

palabras. A él le pareció un comentario un tanto hiriente.

—¡Para nada! —repuso molesto—. La verdad, ahora que lo dices, tienes razón, precisamente gorda no estás —corroboró mirándola con descaro y componiendo un mohín que le costó esfuerzo conseguir, ya que esa mujer, por muy borde que fuera, era todo menos desagradable a nivel físico—. No me había dado ni cuenta —mintió para hacerle creer que ni siquiera se había fijado en ella.

Ana encajó la pulla con estilo. Solo echó un poco más hacia atrás los hombros, y eso que él hubiera jurado que era imposible forzar la articulación en ese sentido ni un grado más. Bien, ¡pues ella lo consiguió! Estaba seguro de que, si abría la boca, sería capaz de ver el palo que tenía metido en el culo.

Dispuesto a no dejarse afectar por las impertinencias de Ana, se giró hacia Beatriz y empezó a mantener una fluida y divertida conversación con ella, ignorando a propósito a la otra mujer. Por «buena» que estuviera no iba a hacerle la reverencia. Al fin y al cabo, tampoco era para tanto y él no necesitaba hacer la rosca a ninguna fémica tan desagradecida como ella. Él solo intentaba agasajarla invitándola a cenar y ella se lo agradecía con una educación deplorable.

«¡Si no quería venir, pues no lo hubiera hecho!», pensó.

Pero Beatriz, que lo conocía muy bien, se dio cuenta de la jugada y palió su falta de delicadeza intentando que su amiga interactuara en todo lo que hablaban. Ana empezó a relajarse y a participar con el segundo *spritz* e incluso con algún comentario, sonrió. Tenía una bonita sonrisa y el gesto dulcificaba sus rasgos raciales de piel canela, lo que hacía que sus gatunos ojos de color chocolate parecieran un poco, solo un poco, más pequeños. Era muy guapa, eso no podía negarlo.

—Por cierto —comentó Beatriz en un momento dado de la conversación sobre sus planes de futuro, a la que él no sabía cómo habían llegado—, Ana va a vivir, a partir de ahora, en El Puerto de Santa María y es una gran diseñadora y decoradora de interiores. Tú, que te mueves en esos círculos, ¿no conocerás a nadie que necesite una interiorista experimentada?

No le dio tiempo ni a pensarlo. La aludida saltó en su silla como si le hubieran colocado un petardo bajo las nalgas.

—¡No, no, Lu! ¿A ti quién te ha dicho que necesito que Mario me busque trabajo? ¡Deja de intentar solucionarme la vida, que ya soy mayorcita!

—Tranquila, Ana —acotó él el mal rollo que empezaba a respirarse en el ambiente—, que mi intención no es la de erigirme en tu mecenas o protector. No tengo madera de héroe salvador de damiselas en apuros. Aun así, me gustaría que a partir de ahora me consideraras un amigo —siguió diciendo sin inflexión en la voz, evitando dejarse llevar por la mala leche que de pronto se le estaba poniendo.

Ella se lo quedó mirando durante un rato, con los ojos entornados, pensándose muy bien su siguiente respuesta, momento que él aprovechó para volver a llamar al camarero con intención de encargar la cena.

—¿Habéis pensado ya qué vais a tomar? —dijo con alegría en la voz, como si un minuto antes no se hubiera mascado la tragedia.

—Sí —respondió por fin Ana—. Si me prometes que esta noche no vamos a hablar de trabajo, ya que esa es la última conversación que me apetece abordar en vacaciones después de un difícil divorcio complicado con ese tema, yo estoy dispuesta a tomarme una ensalada capresse y unos *raviolis* de espinacas con queso ricota. ¿Firmamos un pacto? —dijo estirando la mano por encima de las copas.

Él la aceptó con una sonrisa en los labios que apareció ahí sin permiso, ya que su intención tampoco era parecer tan complaciente.

—Firmamos un pacto —confirmó estrechándola con suavidad y acariciándole con delicadeza los nudillos con el pulgar.

Por suerte, a partir de ese momento, el estado de ánimo de todos cambió por completo. A Beatriz se la notaba menos tensa; Ana se relajó y empezó a bromear y a sonreír como si le hubieran sacado del culo ese palo molesto que él hubiera jurado ver minutos antes, y él se sintió libre de ser él mismo. No sabía si todo aquello era fruto del armisticio que Ana y él firmaron, y que a su mutua amiga llenó de orgullo y alegría desmedida, o de los dos *spritz* y las copas de lambrusco que todos iban trasegando sin precaución alguna.

El caso fue que, a los postres, a Beatriz ya casi no se le entendía lo que decía, pues parecía tener la lengua de trapo, aunque a Ana y a él, sobrios aún, pero con ese puntito de desinhibición que da el alcohol cuando se ingiere sin excesos, no les importó. Estaban muy ocupados flirteando sin medida.

—Prueba mi helado de vainilla con café y Bailey's —sugirió a Ana, llevando un paso más allá la seducción y poniendo al alcance de la boca de ella su propia cuchara repleta del dulce manjar.

Ella aceptó el guante y, lamiéndose los labios, los abrió para apresar de manera voluptuosa la ofrenda, sin dejar de mirarlo a los ojos. Sintió que su cuerpo respondía a aquella provocación con la puntualidad y la eficiencia a las que lo tenía acostumbrado.

Al final, estaba disfrutando con la conversación alegre y desenfadada de Ana, que no era tan estirada como le pareció en un primer momento y que en esos instantes le ofrecía una buena porción de panacota con su cuchara en respuesta a la generosidad de él.

La aceptó sujetando su mano con delicadeza y dando un sutil lametón al flan antes de metérselo entero en la boca.

—Oye, ¿yo estoy *bodacha* o aquí estoy *zobrando*? —exclamó de pronto Beatriz, con voz pastosa—. Me *padece*... —Y empezó a reírse de manera alocada, como si se hubiera contado algún chiste muy gracioso que solo ella hubiera sido capaz de entender.

Ana y él se dejaron llevar por el buen humor de su amiga y la imitaron. Era desternillante cuando bebía. Decía tal cantidad de tonterías seguidas, sin filtro de ningún tipo, que nadie podía estar serio a su lado.

—Lu se *enmoñiga* con pisar una chapa de Coca-Cola —comentó Ana, muerta de risa—. No aguanta nada el alcohol. Siempre ha sido así.

—Ya. Sus cogorzas eran famosas en la época en que compartíamos piso de estudiantes —corroboró él, divertido.

—Sí, Lu, sí, estás *bodacha* —la imitó Ana, con bastante pericia—, pero no, no sobras, preciosa. Tú nunca sobras.

Él no estaba muy de acuerdo con eso último.

—De todas *fodmas*, *crdeo* que es *mejod* que me llevéis al hotel, Ana. No *edtoy* mu católica que se diga.

—Claro, cielo. Enseguida nos vamos.

—Joder, Lu, yo diría que lo que estás es muy «protestante» —se quejó él—. No seas aguafiestas, anda, aguanta un poquito.

—Va a *sed* que no, *Madio*. Me siento fatal. Y Ana y tú no me *necesitáid* a mí *pada* nada. ¡Llevadme al hotel y luego podéis *seguiiiir* la *fiedta* *vozotroz* solitos!

Lu estaba graciosísima. Entre la melopea y que en esas circunstancias su acento gaditano —que ya apenas se le notaba, dado los años que llevaba viviendo en Madrid— florecía como una rosa en primavera, no podían dejar de reír.

En realidad, inmersos como él y Ana estaban en su tonto, no se habían dado cuenta de que Lu apenas formaba parte de la conversación desde hacía bastante rato, pero él siguió rellenando su copa de lambrusco y ella, ya bastante «perjudicada», se la bebía sin rechistar. Resultado, era pertinente que la metieran en la cama a marcha forzada.

Se levantó de la mesa y se dirigió a la barra para satisfacer la cuenta y pedir al dueño que llamara por teléfono a un taxi. No merecía la pena alargar más aquella sobremesa. Ana ya no lo miraba con ojitos «de querer» y, centrada por completo en su compañera, incluso parecía haberse olvidado de que él estaba allí.

—Está bien, Lu, cariño, no te preocupes. Ya nos marchamos. Acabo de pedir un taxi —la consoló maldiciendo para sus adentros no haber dosificado mejor la cantidad de alcohol de su amiga, conociéndola como la conocía.

Les había cortado todo el rollito. Dudaba que Ana quisiera seguir «la *fiedta*» después.

Pero Mario se equivocaba.

Cuando llegaron al hotel, conseguir meter a Lu en la cama se convirtió en una proeza, ya que ella se empeñó en darles muy pocas facilidades. Sobre todo, cuando Ana intentó que entrara en la ducha para que se espabilara un poco. Ambas acabaron empapadas de pies a cabeza ya que, aunque Beatriz estaba desnuda, la otra joven salió del cuarto de baño como si acabara de caerse vestida a una piscina.

Intentó no reírse, pero le resultó imposible, por mucho que, a juzgar por la cara de Ana, esa hilaridad estuviera poniendo en peligro su integridad física muy seriamente.

Por fin, mientras Ana se cambiaba de ropa para no provocar una inundación en aquella bonita *suite* que tenía tan poco que ver con su habitación estándar, él zanjó el tema de la reticencia de Lu cogiéndola en brazos para tumbarla, sin miramientos, sobre el colchón. Aquello al menos facilitó que su amiga dejara de balbucear tonterías porque, aunque gracias al Cielo no se le entendía bien, lo poco comprensible que conseguían captar no hacía más que ponerlos en serios aprietos.

Todo su empeño era liarlos a cualquier precio. Pero él ya era mayorcito y no necesitaba aprendices de celestina para llevarse a una mujer a la cama. O, al menos, para intentarlo. Y desde luego las indirectas de Beatriz no iban nada bien encaminadas a conseguirlo.

Por suerte, Lu se quedó dormida incluso antes de que Ana saliera del cuarto de baño envuelta en el albornoz del hotel y con el pelo seco.

—¿Se ha quedado frita? —preguntó nada más verla desmadejada y tirada como un sapo sobre la colcha.

—Sí, por fin. ¡Por Dios, qué difícil se pone cuando está borracha!

Ana soltó una carcajada.

—Al parecer no es la primera vez que pasas por esto. Ven, ayúdame —le pidió mientras intentaba girar el cuerpo de su amiga para apartar los cobertores.

—No, no es la primera vez —repuso al tiempo que acudía obediente a su llamada—. ¿Vas a taparla?

—No voy a dejar que se enfríe. Mírala, ¡la tía se ha traído un camisón como para seducir a media Roma! —protestó señalando la diminuta pieza de raso que, minutos antes, le costó un triunfo meterle por la cabeza—. No sé lo que esperaba de este viaje.

—¿Quieres que la coja en brazos mientras tú retiras el edredón? Así será más fácil —propuso riéndose y actuando en consecuencia—. Esos no son sus camisonos para seducir, Ana, son los que Beatriz usa a diario. Lo sé porque, cuando vivíamos en el mismo apartamento, era su uniforme nocturno.

—¡Virgen, ¿cómo se puede ser tan coqueta?! —refunfuñó mientras la cubría con las sábanas—. ¿Y erais muchos chicos en el apartamento?

—Según la temporada, unas veces más y otras menos. Pero lo cierto fue que nunca hubo tensión en ese aspecto; teníamos por norma no enredarnos los unos con los otros. ¿Y tú no has traído nada tan *sexy* para la ocasión? —cuestionó con picardía.

—Pues no, yo he traído un pijama normal y corriente. Algo mono, cómodo y funcional. ¡Este viaje no era para ligar!

«¿Era?». Su imaginación se disparó.

Aquella respuesta, visceral y a la defensiva, le hizo mucha gracia. Parecía como si quisiera avisarle de que no siguiera en esa línea, pero él no iba a recoger el guante porque acababa de utilizar un tiempo verbal que le daba muchas esperanzas.

—¿Y si por casualidad ligas? —insistió.

Por el gesto que ella compuso se dio cuenta de que iba a contestar alguna incongruencia, pero al parecer se lo pensó mejor.

—En ese caso, dudo de que él vaya a fijarse en mi atuendo, ¿no crees? Además, tampoco me daría tiempo a venir a buscarlo y tres, en esta suite, seríamos multitud.

—Eso es cierto. Y sí, tienes razón, no creo que te durara puesto mucho rato, por bonito y sugestivo que fuera.

Notó que ella se sentía incómoda con esa conversación y decidió tener compasión y cambiar de tema, aunque a él le divertía bastante.

—Bueno, Lu va a dormir toda la noche de un tirón, así que, puesto que no tienes ningún modelito «atractivo» para mí, ¿te apetecería que nos acercáramos a un *pub* que hay aquí cerca para tomar esa copa que nuestra común amiga no nos ha dado tiempo a pedir? Podemos dar un paseíto y disfrutar de esta maravillosa y primaveral noche romana.

—Creo que yo también he bebido ya suficiente por hoy, Mario. Y...

—Pues entonces, el café que ibas a pedirte en el restaurante cuando Lu ha comenzado con su numerito —interrumpió sus quejas.

Supo que ella iba a desestimar la invitación, pero en el último instante pareció pensárselo mejor. La vio mirar su reloj de pulsera y barajar varias posibilidades.

—Bueno, está bien, te acepto ese café. Aún no son ni las once y media y, puesto que mi vuelo sale al mediodía y la compañía no es todo lo divertida que yo esperaba —dijo señalando a Lu con la cabeza, cuya sonora respiración se parecía más al ronquido de un estibador que a los somnolientos suspiros de una damita de buena crianza—, creo que podemos escaparnos un ratito.

—Sí, tranquila. No va a despertarse hasta mañana.

—Ya, tienes razón. Y aunque lo hiciera, tampoco esperaría vernos aquí, porque desde que ha salido del restaurante está insistiendo que nosotros sigamos la *fiedta*, así que dame unos minutos, voy a vestirme y a coger una chaqueta y el bolso.

—Vale. Te espero ahí fuera. —Señaló hacia la salita colindante—. Tómame tu tiempo.

Ana regresó apenas un instante más tarde, ataviada con un vaporoso vestido a media pierna con una chaqueta por encima y zapatos de tacón. Luego comprobó que llevaba la tarjeta-llave en el bolso que estaba sobre la mesita —lo que era buena idea, para no tener que dormir en el pasillo, porque despertar a Beatriz a su regreso sería misión imposible— y le hizo un gesto para salir de allí.

Él ahuecó el brazo al pisar la acera, haciendo el tradicional movimiento para que se enganchara a su codo, y Ana aceptó la invitación enlazando el suyo como si de una pareja de

setentones se tratara. De esa guisa, echaron a andar por la avenida que transcurre por el medio del Foro Romano hacia el Coliseo compartiendo una animada conversación. A su paso se cruzaron con montones de parejas y transeúntes trasnochadores.

Tras un corto y pausado recorrido que no les llevó más de veinte o treinta minutos, llegaron al Blackmarquet. El lugar tenía el mismo aspecto de siempre, repleto de turistas y oriundos, repartidos en las mesas de los diferentes salones cenando o tomando copas, y un grupo de jazz, que les amenizaba la velada con música en vivo. Entrar en aquel local, donde las pantallas planas y los televisores de los sesenta convivían sin problema alguno, era como hacer una incursión a la casa de la abuela; con sus aparadores, sillones y sillas del siglo pasado, en una ecléctica mezcla de estilos.

Al parecer estaba todo reservado y no quedaba ningún sitio libre pero, como siempre, una buena propina al camarero obró su magia. Los colocaron muy cerca del escenario, en un rincón discreto y con inmejorables vistas, en un ajado sofá tapizado en capitoné que al él no le importó lo más mínimo tener que compartir.

No le costó demasiado convencer a Ana para que, después del café, se pidiera una copa. El ambiente era fantástico y ninguno de los dos tenía ganas de regresar al hotel. Ana eligió un Bellini y él optó por un mojito.

La conversación se desarrollaba de manera fácil y divertida, tomando a Beatriz como centro. Lo que no era nada extraño, puesto que ellos apenas se conocían y el recurrente tema de los diferentes trabajos de ambos estaba vedado.

—Recuerdo que —comentó Ana, muerta de risa— durante nuestra última etapa del club de lectura, y a pesar de que no teníamos edad para ello, tomamos la costumbre de sellar las promesas que nos hacíamos con chupitos de tequila. Hay que decir que, aunque Lu las ha cumplido todas, creo que no llegó a jurar ni la mitad de ellas.

—¿Y eso?

—Es obvio, al tercer chupito ya tenía una *tajá* de proporciones siderales. Siempre ha sido una «flojita».

—¿El resto escapabais mejor?

—Bueno, todas «contentas», unas más que otras, pero nunca como ella. Para cuando íbamos cayendo las demás, ella ya llevaba un buen rato catatónica.

—¿Tú qué eras, de las primeras o de las últimas en sucumbir? —Porque notaba que el segundo Bellini empezaba a hacer mella en la fluidez de su lenguaje.

—Dependía.

—¿De qué?

—Pues, sobre todo, de lo que hubiera ingerido con la bebida. Yo siempre he sido de buen comer, por lo que, si empinaba el codo con el estómago vacío, terminaba haciendo compañía a Lu más pronto que tarde.

Sí, él ya se había dado cuenta en el restaurante de que su delgadez no se debía, para nada, a un trastorno alimenticio, algo que le agradó sobremanera. Le gustaban las mujeres que disfrutaban con los placeres de la vida y comer era uno de sus preferidos.

—Pero, por lo que veo, al final os ibais las cuatro a la cama cocidas como piojos, ¿no?

—A ver, que no todas nuestras reuniones acababan con promesas *forever*. Además, en aquella época y con diecisiete años, no era nada fácil hacernos con la botella de tequila y meterla en el colegio, no creas.

Ana se quedó pensando un instante, risueña. Su mente debía de estar recordando alguna

barrabasada de la época.

—¿Sabes? —siguió diciendo ella, al cabo de un rato—. No siempre nos íbamos a la cama. A veces dejábamos a Lu acostada e ideábamos locuras que no nos atrevíamos a llevar a cabo en estado sobrio.

—¿Como cuál?

Ella se lo quedó mirando muy fija durante un instante quizá demasiado largo. Sus oscuros ojos relampaguearon de tal forma que lo dejaron sin respiración.

—Como esta.

Y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, se cernió sobre él y le plantó un beso en los labios.

Aquel no fue un beso ligero, ni de los que se dan de refilón para sorprender a alguien o hacerlo callar. Fue un beso caliente, seguro, posesivo. De los que se dan para que los huesos del contrario se vuelvan gelatina. Pero no tan blandos como para que, cuando ella hizo amago de apartarse, él la dejara ir.

Capítulo 3

Carpe Diem. Aprovecha el momento.

Punto 1º del Decálogo del Club de las Tulipanes

Porque somos alimentos para gusanos, señores. Porque, aunque no lo crean, un día todos los que estamos en esta sala dejaremos de respirar. Nos pondremos fríos y moriremos. Aprovechen el día, muchachos. Hagan que sus vidas sean extraordinarias.

El Club de los Poetas Muertos

Ana no estaba muy segura de qué estaba pasando. Después de un eterno regreso desde el *pub*, parándose en cada esquina para perderse en un amasijo de lenguas y abrazos desmedidos que convirtió aquel corto paseo de menos de media hora en un viaje que ríase Ulises de su Odisea, por fin acababan de llegar al destino. Aunque la última aventura, la lucha contra la cerradura electrónica, a Mario le estaba costando más trabajo que al héroe escapar de Polifemo.

«¿A qué viene ahora esta tontería?», pensó mirando a su alrededor y aguantando a duras penas la risa.

Era evidente que el alcohol ingerido —mejor dicho, la mezcla de diferentes alcoholes— estaba haciéndole más mella de la que creía. Pero, en realidad, no le importaba en absoluto, tampoco estaba tan borracha como para no saber lo que estaba haciendo. Y lo que estaba haciendo era lo que realmente le pedía el cuerpo, aprovecharse del «bombón» y dejar que el «bombón» se aprovechara de ella.

Sabía que a la mañana siguiente se iba a arrepentir de haberse dejado llevar, pero en esos instantes tenía intención de recuperar una de sus más arraigadas premisas; «aprovechar el momento». Una de las muchas que no debería haber olvidado nunca. Ni siquiera por aquel matrimonio descerebrado al que accedió tras el enamoramiento peor gestionado de toda su vida.

Envuelta en una bruma de pasión mal contenida, tórridos besos que le robaban la poca razón que le quedaba y el batiburrillo de sensaciones que le despertaban las caricias del hombre que acababa de acorralarla contra la pared del pasillo, su mente difusa empezó a recitar para sus adentros la famosa cita de la película que, de alguna forma, marcó su adolescencia.

«¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha terminado. *La nave ha salvado todos los escollos, hemos (he, en este caso) ganado el anhelado premio.* Próximo está el puerto, ya oigo las campanas». Si hubiera tenido alguna duda, eso último la hubiera hecho darse cuenta de que iba «pasadita de rosca». Pero no la tenía.

En esa ocasión sí se le escapó la risotada. No pudo evitarlo. A su acompañante aquella carcajada sin aparente sentido debió de parecerle un despropósito. No lo era, al menos para ella; él no sabía lo que estaba pasando por su cabeza. De cualquier forma, su salida de pata de banco no les vino nada mal a ninguno porque, al fin, Mario consiguió apartarse de ella lo suficiente como para acertar en la ranura de la tarjeta que daba acceso a la habitación.

A su favor tenía que decir que tampoco le extrañaba tanto su poca pericia porque besarla, acariciarla, restregarse contra ella y atinar a abrir la puerta eran demasiadas tareas al mismo tiempo para un solo hombre. Y ambos tenían prisa, para qué engañarse. Hasta el punto de que estuvo en un tris de pedirle que la dejara ayudarlo porque mucho se temía que, si seguía pensando, iba a decir alguna inconveniencia.

Pero no le dio tiempo de hacerlo. Mario tiró de su mano y la introdujo en el cuarto a la vez que, robándole otro de los muchos besos arrebatadores con que estaba agasajándola desde que ella se atrevió a darle el primero, se quitaba la americana y empezaba a desabrocharse los botones de la camisa.

Ella lo imitó con su propia chaqueta. La tiró al suelo junto al bolso, que dejó caer nada más pisar tierra segura, y se puso a ayudarlo con la corbata y la lucha contra los ojales.

Mario se dejó hacer y procedió a buscar el bajo de su vestido para sacárselo por la cabeza, en un juego de malabarismo que la sorprendió por su rápida ejecución.

«Chico, esa maniobra ha estado muy acertada, sí, señor. Se ve que tú vas mucho más sobrio que yo, lo que no viene nada mal para el caso porque yo estoy un poco oxidada en estas lides».

Y ya no pensó más.

Se dejó llevar por las caricias de Mario, que la transportaban a parajes olvidados en la niebla del desengaño. Como si cientos de sensaciones, adormecidas por el desencanto, encontraran la manera de atravesar un camino cegado de maleza por la falta de tránsito. Por un momento sintió que todo era como debía ser.

Su cuerpo era iridiscente, translúcido. Cientos de estremecimientos la recorrían, atravesándola de parte a parte sin dejar huella, sin horadar su piel, pero dejando tras de sí un rastro de calor imposible de sofocar. Iba a ahogarse en un océano de frenesí que, de pronto, no tenía final y amenazaba con arrasar toda su contención. Y las olas de pasión que se agitaban a merced de los suspiros de Mario no hacían más que alimentar su calentura.

¿O eran los suyos?

Gimió otra vez. Supo que llevaba un rato haciéndolo cuando la irreverente lengua de él transitó una senda que ya parecía conocer, desde el hueco de la garganta hasta el ombligo. No era la primera vez que él la recorría, pero las sensaciones de ella eran diferentes en cada viaje. En esa ocasión, gritó.

Él apaciguó su agitación soplando con suavidad en el hoyuelo que acababa de alcanzar y, cambiando el objetivo, se trasladó a la cúspide de uno de sus pechos.

Abrió la boca, ávido, y la atrapó entera en el interior. Húmedo, caliente, abrasador...

—¡Ah! —exclamó—. Por favor, no puedo más —rogó casi sin aliento.

—Claro que sí, Ana. Por supuesto que puedes y, además, quieres —replicó Mario, soltando su presa, pero susurrando las palabras sobre la piel sensible con una seductora cadencia que prometía sexo; mucho sexo.

«Sexo extraordinario y agotador, del que a mí me gusta».

—No, no quiero —lloriqueó sin saber por qué negaba algo que estaba deseando.

—¿Seguro? —cuestionó al tiempo que se separaba por completo de ella y la miraba a los ojos.

Estuvo a punto de responder que sí, que estaba muy segura, pero algo en su interior le dijo que, si daba esa respuesta, él pararía por completo y ¿era eso lo que de verdad quería?

Sin duda, no.

Quería algo, por supuesto, pero desde luego no era que parara.

Apoyada por completo contra la pared, vio que Mario sonreía ante su aceptación, facilitada

con un simple movimiento de cabeza, y volvía a la tarea que acababa de abandonar.

No era capaz de acordarse de nada después de haber puesto un pie en el interior de la habitación. O, mejor dicho, parecía que sus recuerdos estaban nublados, pero sabía que en ningún momento dejó de tener sensaciones. Esas sí que las tenía presentes. Todas y cada una de ellas. Le encendían la piel, la sangre y, si cabía, el alma.

Sensaciones tan maravillosas como las que notaba en ese mismo instante, mientras él se daba un festín con sus pezones, unas veces chupándolos y otras mordisqueándolos, para alternar aquello con lametazos, soplidos y leves roces de dientes.

«Por Dios, ¡eres un mago!», gritó para sí misma, intentando recuperar la contención que se le escapaba a cada instante sin poder evitarlo.

Algo en su interior le dijo que era hora de que ella también participara de aquel juego en el que, hasta entonces, se sintió incapaz de empeñarse. El espejo de cuerpo entero de la pared de enfrente le devolvió la imagen de ellos dos abrazados. El fornido cuerpo de él, de metro noventa o más, abarcaba casi toda la vista e impedía, a pesar de estar parcialmente agachado, que el suyo cobrara cualquier tipo de protagonismo, lo que no le importó en absoluto.

Ambos estaban ya desnudos. No sabía cuánto tiempo hacía de ello ni si fue obra de él, de ella o de ambos al mismo tiempo, pero le venía al pelo para recrearse observando su ancha y musculosa espalda; su perfecto trasero, prieto; sus larguísimas piernas, fuertes y velludas; su brillante pelo oscuro y un poco largo, cuyas puntas se le rizaban en el cuello en un corte muy *sexy*...

«Debería ser ilegal que un tipo tan atractivo como tú anduviera suelto por la calle, asaltando a las pobres feromonas femeninas como las mías», pensó acariciándole la espalda con lentitud. Sentir la piel caliente de él en las yemas de los dedos le envió un ramalazo de deseo renovado que la obligó a cerrar los ojos, aun en detrimento del maravilloso panorama que tenía ante ellos.

Pero, por suerte, contaba con el beneficio del tacto. Sugerente, hizo rastrillar las uñas de arriba abajo a lo largo de los costados de él. Lo escuchó gemir y balbucear algo que no fue capaz de interpretar; seguramente, algún impropio a tenor del tono de voz, que ya no tenía ese matiz, suave y grave al mismo tiempo, que le provocaba cosquillas en el ombligo.

—Quieta, fierecilla. —La retuvo sujetándole las manos contra la pared por encima de la cabeza.

—Pero quiero...

—No. Ya llegará tu momento. Ahora es el mío.

Y sin más explicaciones, enlazando los dedos a los de ella para que no escapara, Mario continuó con la tarea.

Ella no necesitaba más preparación y estaba a punto de explotar, pero él no parecía estar de acuerdo porque, sin dejar de masajear uno de sus pechos con la boca, le soltó una mano para bajar la suya y colocársela entre las piernas, que de pronto adquirieron vida propia y se separaron sin que su mente lo sugiriera siquiera.

—Y lo primero —susurró— es hacer que te corras. Y cuando lo hagas, me gustaría que me miraras a los ojos porque llevo desde esta mañana imaginando cómo será tu cara cuando alcances el orgasmo. —Ella mantuvo la respiración ante aquella cruda declaración sintiendo que se humedecía aún más, aunque antes hubiera pensado que aquello era imposible. Él también lo notó, porque sonrió ladino—. De hecho, no he pensado en otra cosa en todo el día y mucho menos en toda la noche.

—Oh.

La parquedad de su sorprendida respuesta debía de decirlo todo, a juzgar por el siguiente

movimiento de Mario, que introdujo un dedo en su interior con una lentitud desesperante.

Ella quiso moverse para acelerar los resultados que esperaba, pero él se lo impidió apretándose contra ella y reduciendo aún más su escaso espacio de maniobra. Paralizada, lo sintió moverlo en su interior, esa vez de prisa para, enseguida, sacarlo despacio y volver a introducirlo un poco más rápido, pero con la misma delicadeza.

«¡Dios mío, ¿qué me haces?!».

Solo lo dijo para sus adentros porque de su boca lo único que salió fue un gemido, al tiempo que arqueaba la espalda lo poco que las caderas de él se lo permitían. Mario aprovechó aquel sinuoso impase para sacar de nuevo el dedo e introducir dos, gesto que ella acompañó con un desinhibido quejido.

—¡Por favor, Mario! —jadeó mientras intentaba hacerse un espacio para cabalgar a aquellos avezados intrusos. Si no hacía algo, los movía o salía de una vez, ardería como una cerilla colocada cerca del fuego.

No recordaba haber estado tan excitada en su vida y se moría por ese orgasmo que Mario acababa de prometerle, pero que nunca llegaba.

—*Shhh...* Tranquila. Córrete cuando quieras —musitó sobre la palpitante vena de su cuello, al que no sabría decir en qué momento se trasladó, abandonando su pecho dolorido por la necesidad.

Toda ella se tensó cuando él empezó, por fin, a entrar y salir de su cuerpo al tiempo que frotaba el pulgar con suaves círculos sobre su clítoris.

—Mírame —le suplicó.

El clímax que la arrasó como un fagonazo llenó su cabeza de luz del mismo modo que la oscuridad es rota por el rayo durante la tormenta. Sintió que las piernas se le aflojaban y se apoyó contra sus pectorales por miedo a caerse, apretándole el cuello con un estrecho abrazo.

—Tranquila, te tengo. Gózalo, Ana —susurró en su oído sin detener el movimiento de su mano, aunque este era mucho más lento que segundos antes.

Sentía la sangre correr a borbotones por sus oídos, lo que le impidió escuchar algo que le decía. Solo era capaz de flotar al ritmo de la cadencia aterciopelada de su voz sin entender las palabras.

Toda su bruma se disipó de golpe y la hizo volver en sí al darse cuenta de que él se arrodillaba frente a ella y le levantaba una pierna, que se puso en el hombro, para colocar aquella lengua indecente, pero sabia como pocas, sobre su clítoris. Fue solo un roce, casi tímido, pero suficiente para hacerla gritar.

—¡No! —Intentó apartarlo, pero le resultó imposible. Como también fue un esfuerzo inútil pretender bajar la pierna. Se moría de la vergüenza.

Pero la negativa murió en su garganta en cuanto él, haciendo oídos sordos, empezó a mover los labios a un ritmo vertiginoso sobre aquella parte tan inflamada y sensible de su anatomía. El deseo creció de nuevo en su interior y amenazaba con ser más incontenible que la primera vez. El orgasmo que se fraguaba en su interior parecía no tener límites, pero sabía que le sería imposible alcanzarlo; nunca había sido capaz de conseguirlo tan rápido.

O eso creía. Él la lamió despacio, recorriendo cada recoveco y calmando las palpitations de su sexo, y todo se nubló a su alrededor. Le faltó incluso la respiración. Su cuerpo se desintegró en mil partículas cuando, al cabo de unos pocos largos lametones, introdujo la lengua en su interior con fuerza, todo lo profundo que pudo.

Aquel segundo orgasmo la pilló desprevenida. Las fuerzas le flaquearon y cayó en un pozo sin fondo, donde la negrura era su única compañera.

Por suerte, Mario detuvo aquella caída infinita que no sabía cuánto podría haber durado. Bastante, a juzgar por todo lo que a él le dio tiempo a hacer pues, mientras conseguía que regresara al mundo de los vivos con un tórrido beso, la tomó en brazos sujetándola por el trasero y la obligó a enroscar las piernas en su cintura, tras lo que la apretó con su peso contra la pared al tiempo que se enterraba entero en su interior de un solo envite.

Apenas tuvo tiempo de comprobar que llevaba puesto un preservativo antes de acomodarse mejor para facilitarle la tarea.

—¡Mario! —gritó su nombre con un quejido agónico sobre su boca.

Sabía que no era la primera vez que lo pronunciaba, pero aquella sonó casi lastimera, como implorando clemencia. No creía poder aguantar un tercer asalto sin descanso.

Sin embargo, su cuerpo tenía otra opinión y su sexo se cerró alrededor del pene como si tuviera vida propia. Mario esperó que ella se adaptara a la intrusión y, al cabo de unos instantes, empezó a moverse con lentos empujes que la dejaron sin aliento.

Primero fue lento, cuidadoso, pero enseguida empezó a impulsarse fuerte y rápido, machacándola, aunque pendiente de cada uno de sus gestos, sin dejar de mirarla a la cara, como si así pudiera adivinar todo lo que necesitaba.

Lo oyó gemir cuando le clavó las uñas en la espalda y ella se dejó llevar por el aroma almizclado del ambiente y los susurros y jadeos de ambos. Todo aquello acicateaba de nuevo su deseo.

Más alto, más duro, más fuerte. Él parecía no querer dejarse ir hasta estar seguro de que ella alcanzaba su tercer clímax, aunque este se mostraba esquivo.

—Vamos, preciosa, dámelo —rogó mordisqueándole el lóbulo de la oreja y la piel sensible del cuello—. No pienso parar hasta que lo consigas.

Y aquello fue suficiente para ella. Su sexo empezó a palpitar, su aliento se detuvo y el resto de su cuerpo convulsionó. Entonces, y solo entonces, él se dejó ir, por fin, ahogando un grito en el beso que silenció a ambos.

Juntos irrumpieron en aquel tornado de sensaciones que los vapuleó a su antojo durante un eterno instante. O quizá fue un lustro. O un siglo. El tiempo se paró y el mundo dejó de existir a su alrededor.

Poco a poco fueron recobrando la consciencia, pero siguieron así, enlazados en aquel abrazo, él dentro de ella, hasta que se sintieron listos para respirar con normalidad y él fue capaz de separar su boca de la de ella.

Mario no lo supo, ni lo sabría nunca, pero aquellos chispeantes ojos verdes que la miraron con adoración acababan de entrar en su vida para siempre. Marcaban un antes y un después.

Luego, poco a poco, salió de su interior y dejó que sus piernas resbalaran hasta el suelo.

—Esto no ha terminado —dijo Mario, jadeante. Ella lo besó y él le devolvió la caricia.

—Eso espero.

Capítulo 4

—Insiste en que tienes el corazón destrozado. ¿Es verdad, Georgie?

Hablaba con tanta compasión que ella sintió brotar de nuevo las lágrimas. Se apresuró a darle la espalda hasta que dominó sus emociones. Por fin la muchacha dijo, con una vocecita de desamparo:

—Creo que sí.

Amable y Tirano, Johanna Lindsey

Cádiz, 28 de marzo de 2018.

Ana firmó el acuse de recibo del sobre acolchado que acababa de entregarle el mensajero, con un enorme rótulo de letras rojas que decía «Urgente».

«Joder, si casi no me dan ni tiempo a instalarme en mi nueva casa», se quejó para sus adentros cerrando la puerta y mirando el sobre con extrañeza.

Al principio pensó que sería una «receta» del señor alcalde por saltarse algún semáforo o extralimitarse con la velocidad, pero enseguida se dio cuenta de que las multas de tráfico llegaban por correo certificado y llevaban membrete del Ayuntamiento de Cádiz, por lo que enseguida desestimó esa posibilidad.

Ella siempre se ponía nerviosa cuando recibía un paquete inesperado. Y más si el remitente era un gabinete jurídico, como era el caso.

«¿Qué cuernos querrá ahora el desgraciado de Brendan?».

Aunque ya llevaba divorciada más de un año, su ex se lo puso tan difícil desde el primer momento que no le extrañaba que se le hubiera ocurrido hacerle cualquier reclamación de Perogrullo por vía legal. ¡Y eso que se suponía que la damnificada era ella! Al fin y al cabo, era la que llevaba los cuernos y la que cedió todos sus derechos y le vendió su parte de la empresa a precio de ganga.

«¿Y ahora vas a hacerme gastar dinero en abogados otra vez, cabrón?».

Sin embargo, su malhumor se aplacó de inmediato al ver que la notificación oficial no era de ningún matrimonialista, sino de un abogado experto en herencias y transmisiones.

«Como abogado de doña Ataulfa Quesada Ponce y en su nombre y representación, la convoco a la lectura de su testamento el próximo 23 de abril de 2018, a las 9:00 horas de la mañana...».

Ya no leyó más.

«¿Quesada Ponce? ¿Su testamento? ¿Doña Fina ha muerto?».

Un torrente incontenible llegó a sus ojos sin que pudiera remediarlo. ¿Cómo era posible? ¿Su querida profesora ya no estaba en este mundo?

No hacía ni veinte días que, por fin, se armó de valor y se dignó a ir a visitarla a su casa. Se la veía muy enferma, delgadísima y con un color macilento, pero aún era la mujer que le enseñó a crecer y a la que debía mucho de lo que era. Y su cabeza seguía siendo tan prodigiosa como

siempre, a pesar de haber cumplido los setenta hacía pocos meses.

Sabía que llevaba dos años peleando contra un cáncer de páncreas y que, según le contó Beatriz, en el último reconocimiento supieron que la metástasis campaba a sus anchas por aquel enjuto cuerpo, pero nunca imaginó que el final sería tan inminente. La profesora se despidió de ella, al término de su visita, como si fuera a volver a verla cualquier día. Le prometió ponerse en contacto con ella muy pronto y le dijo que esa vez sería para reunir a sus cuatro Tulipanes.

Nadando en un mar de lágrimas, se dio cuenta de lo que implicaba aquel adiós.

«Estabas haciendo trampas, profe», le recriminó para sus adentros mientras se sentaba en el sofá de la sala.

En esos instantes, se alegró infinito de haber ido aquella tarde. Sin embargo, lo que ella pretendía que solo fuera un «hasta pronto», para su profesora adorada había sido un «hasta siempre». Lo supo tan pronto leyó aquella citación; la mujer ya tenía preparada una estrategia para que Beatriz, Patricia, Gabriela y ella volvieran a reencontrarse por primera vez en muchos años. Y lo harían bajo su sombra, bajo su abrazo, a su llamada.

Lo que ella nunca llegaría a saber era que Beatriz se le había adelantado preparando, por fin, una visita común de las cuatro esas vacaciones de Semana Santa. Iba a ser una sorpresa, pero la pobre no tuvo tiempo de disfrutarla.

Un sobre más pequeño cayó desde el interior del primero que abrió. Aun sin despegar la solapa sabía cuál era su contenido. Podría jurar, sin miedo a errar, que contenía una carta escrita de puño y letra de doña Fina, idéntica a la que, en esos momentos, sus tres amigas estarían leyendo. Nunca hizo distinciones entre las cuatro.

Mi querida niña:

Si hoy estás leyendo esta carta, es porque ya me he cansado de luchar contra este maldito cáncer y echo de menos a mi querido Paco, así que he decidido partir en su busca. Pero no llores, pequeña, que yo ahora estoy bien. Estaba muy cansada y mi cometido en este mundo creo que estaba ya cumplido. Aun así, me apena saber que ya no podré ver satisfecho mi deseo de pasar una última tarde con mis cuatro Tulipanes al mismo tiempo. Siempre fuisteis muy especiales para mí.

Sin embargo, de alguna forma, sí tendré esa última reunión. Por mí hablará mi abogado, pero son mis palabras. Me encantaría que las escucharais con atención y, antes de dar una respuesta definitiva, las sopeséis y las estudiéis con cariño. Juntas, como siempre ha sido y como siempre debe ser. Tomaos vuestro tiempo, no hay prisa, yo tengo toda la eternidad por delante y cuento con vuestra madurez y constancia.

Quiero que sepáis que ninguna de las cuatro me habéis defraudado nunca. Puedo decir que, incluso en los peores momentos, tras enterarme de vuestras más grandes equivocaciones —que las tuvisteis y las seguiréis teniendo—, siempre me habéis llenado de un enorme orgullo. Ver cómo os enfrentáis a los problemas y los solucionáis ha sido para mí una inyección de esperanza.

Tanto tú como mis otras tres niñas sois grandes mujeres, hechas a vosotras mismas a base de tesón y empeño, como yo intenté transmitirlos. Nunca antes tuve alumnas como vosotras y nunca las tuve después. Llegasteis a mí cuando más lo necesitaba; acababa de enviudar y nada lograba sacarme de aquella tristeza recalcitrante en la que me había hundido. Estaba a punto de tirar la toalla como profesora, pero vosotras cuatro, con vuestra energía desbordante, vuestras ilusiones y vuestros sueños, supisteis devolverme el amor por mi profesión y, de alguna forma, por la subsistencia.

Sin vuestro apoyo jamás lo hubiera conseguido. Puede que yo os transmitiera valores, os enseñara a pensar, os incitara a tomar al toro de las decisiones por los cuernos, no lo niego, pero vosotras a mí me disteis la propia vida, que ya había dado por perdida.

Ana, mi pequeña Tulipán, te quiero. Os quiero a las cuatro y siempre os querré. Intentaré seguir cuidando de vosotras desde allá donde me tenga designado el destino, pero por si no he sido lo suficientemente buena como para que Dios me conceda este último deseo, quiero haceros un último regalo. Uno que nunca compensará el que vosotras me hicisteis a mí, pero que lo intenta. Me encantará que queráis aceptarlo.

Siempre a tu lado,

Fina

Estaba a mitad de su quinta relectura cuando el teléfono la sacó del bucle de pena y autocompasión en el que estaba inmersa. Descolgó por puro instinto en un acto reflejo, aunque no tenía ninguna gana de hacerlo. De hecho, ni miró la pantalla para averiguar quién era el remitente.

Tosió, carraspeó y contestó.

—Dígame.

-*Ana...* —La voz inconfundible de Beatriz llenó la línea. Ella también estaba llorando—. *Es... doña Fina. Ha muerto...*

—Lo sé —contestó al tiempo que se daba por vencida en su particular batalla contra las lágrimas mientras atendía el teléfono—. Acabo de recibir su carta. —Sorbió con fuerza.

—*Yo también* —hipó Beatriz—. *Y he llamado a su abogado para enterarme de cuándo ha sido y si aún hay posibilidad de ir al tanatorio a despedirme de ella.*

—¿Y qué te ha dicho?

—*Que sí. Que murió anoche, a la una de la madrugada, y que no pueden enterrarla hasta mañana.* —Otro sonoro hipo—. *Yo ya estoy aquí, en Cádiz, así que voy para allá. Te llamaba por si querías venir.*

—Por supuesto. Me doy una ducha y me reúno contigo allí. ¿Dónde está?

-*En el Virgen del Rosario.*

—¿Has llamado también a Gabriela y a Patricia para avisarles? A lo mejor hay suerte y también han adelantado su viaje.

-*Todavía no, pero lo haré en cuanto cuelgue. Espero que estés en lo cierto.*

—Sí, ya me contarás. Nos vemos en el tanatorio.

Y sin más, colgó y se derrumbó en el sofá durante un buen rato, antes de entrar en el cuarto de baño.

La ducha no consiguió que Ana se deshiciera de su tristeza. Tampoco el tiempo que invirtió en prepararse ni el que perdió a propósito recogiendo la cocina y el dormitorio. Lo cierto era que intentaba postergar el momento de encontrarse con el cadáver frío de una de las personas que más había querido en toda su vida.

Se sentía culpable. Culpable por no haber sido más valiente y estar a su lado en los últimos días. Culpable por todos los silencios que precedieron a su última visita. Culpable por todas las alegrías que ocultó a esa mujer que tanto le enseñó. Culpable por todo; por lo que hizo y por lo que omitió.

Y aunque alargar el momento de la verdad no le serviría de mucho, lo hacía porque también era una cobarde y no podía evitarlo.

Sacando ánimos de flaqueza, se enfundó en el abrigo negro, se colgó el bolso y se dirigió al ascensor. No se sentía con fuerzas para coger el coche, así que, una vez en la calle, echó a andar. Bien podría ir hasta la avenida de Juan Carlos I y coger el autobús que la dejaría cerca, pensó, pero acostumbrada como estaba a las distancias en Londres, una caminata de media hora no era nada y, tal vez, pasear bajo el tímido sol primaveral le despejaría la cabeza.

Sumida en sus pensamientos y en la melancolía, al darse cuenta de que su adolescencia acababa de dar el último suspiro junto con la persona que hizo todo lo que estuvo en su mano por hacerla más llevadera, enfiló el Paseo Marítimo. Quizá la brisa marina consiguiera llevarse parte de esa pena que la ahogaba.

Caminó durante un rato, con el mar como mudo compañero, hasta que llegó al estadio Ramón de Carranza. Una vez allí, cruzó la avenida y callejeó hasta que tuvo frente a sí el tétrico edificio.

Lu no le había dicho en qué sala estaba doña Fina, pero buscó su nombre en el panel

informativo y, al momento, se dirigió a la número cinco fingiendo un paso seguro que, en realidad, estaba muy lejos de sentir.

Cuando aún le faltaban unos quince metros, las localizó. Después de aquel viaje a Roma con Lu, había coincidido con ella las pasadas Navidades y se volvieron a encontrar en carnavales, pero a Gabriela y a Patricia hacía más de cuatro años que no las veía. ¿Y cuánto hacía que no estaban todas juntas?

Gabriela estaba muy cambiada. Le hubiera costado reconocerla por la calle, con aquel pelo cortado a lo *bob* en lugar de su sempiterna melena rubia. Vestía informal, con unos vaqueros claros y una camisa azul marino holgada, simples y livianos. Parecía que la filosofía que bogaba por un estilo de vida despojado y amigable con el medioambiente seguía firmemente arraigada en ella y en su vestuario.

Sin embargo, Patricia era inconfundible, y no porque fuera la más alta de todas, superaba el metro ochenta, sino porque era la misma Paty de siempre. Con aquella impresionante melena del color del cobre bruñido que gritaba a los cuatro vientos «¡Aquí estoy yo! ¡Mucho cuidado con cruzarte en mi camino si no es para estar de acuerdo conmigo!» y sus agresivos trajes de chaqueta y pantalón —en esa ocasión había elegido uno de un elegante diseño príncipe de Gales—.

Beatriz, en cambio, era la dulzura personificada. Su larga melena oscura, impoluta y peinada como si acabara de salir de la peluquería, hacía resaltar el azul chispeante de su mirada. Un serio traje de chaqueta negro pronunciaba su esbeltez, junto con las medias de cristal y los zapatos de medio tacón. ¿Quién podría ponerle alguna pega?

Ella se miró su propio atuendo, a mitad de camino de todas, como siempre. Un pantalón de vestir negro y un jersey ajustado en el mismo tono, solo roto por el pañuelo que llevaba al cuello en color gris perla, completado con unos botines negros de tacón, a juego con el bolso y el abrigo. Por una vez en la vida, aquel fúnebre color estaba en completa conjunción con su estado de ánimo.

Las cuatro tan distintas y, en el fondo, tan iguales. ¿Seguiría siendo eso así, a pesar de los años y las experiencias?

Aceleró el paso hasta colocarse a pocos centímetros de ellas y, sin que mediara palabra, se fundieron en un abrazo en el que ocultaron sus lágrimas y penas de los ojos de todos los mirones que estaban alrededor.

—¿Habéis entrado ya? —preguntó por fin ella, al cabo de un buen rato.

—No, todavía no. Estábamos esperándote —repuso Beatriz.

—Bien, pues vamos.

Un hondo suspiro a cuatro voces sonó en el ambiente. Las Tulipanes seguían teniendo las mismas reacciones a pesar del tiempo y la distancia, eso era un punto positivo para aquel reencuentro.

Como un solo ser, entraron en la antesala y miraron a su alrededor. Nadie pareció reparar en ellas ni reconocerlas, a pesar de las numerosas caras conocidas reunidas allí: la antigua madre superiora del colegio, ya jubilada; el director del Patronato de la Fundación de la escuela, hecho todo un carcamal, aunque en sus tiempos fue un madurito de buen ver; un buen puñado de chicas, en pequeños grupos, con edades comprendidas entre los veintimuchos y los cuarenta y algo, posiblemente antiguas alumnas, como ellas, que acudían a dar el último adiós a su profesora; un concejal del Ayuntamiento, que todos conocían por la prensa...

En fin, medio Cádiz estaba allí presentando sus respetos a doña Fina, pero lágrimas, pocas. No repararon en nadie a quien ofrecer sus condolencias, así que se encaminaron a la zona donde estaba la capilla ardiente tras los cristales.

—¿Estará abierto el féretro? —Paty, que era quien hizo la pregunta, parecía nerviosa y temerosa, por una vez en su vida, sin atreverse a entrar en la salita.

—Tranquila, cariño, quédate aquí afuera y, si vemos que puedes pasar sin problema, te llamamos —la consoló Beatriz.

—No, no, voy con vosotras —desestimó tomando aire para armarse de valor.

Gabriela acudió a su lado para asirla del brazo y prestarle un mudo apoyo.

Allí dentro solo estaba un hombre de unos cuarenta años o algo menos, roto de dolor, sentado en uno de los sillones con la cara entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, mirando sin ver el féretro —cubierto, por cierto—, donde yacían los restos de doña Fina. Se le notaba que había estado llorando.

Sobre la tapa del ataúd, una fotografía en blanco y negro de la señora Quesada de joven presidía el lugar y, junto a esta, en una cajita de terciopelo abierta, el lazo de la Encomienda de Isabel la Católica, que el Rey Juan Carlos y el ministro de Asuntos Exteriores le concedieron en su día por su inestimable servicio a la Nación en el campo de la enseñanza.

Alrededor, más de diez coronas de flores, señalizadas con cintas de amigos y diferentes organismos, y numerosos ramos apiñados en el suelo. Solo un precioso centro de rosas blancas estaba a los pies de la tapa, por encima de un enorme ramo de dos docenas de tulipanes blancos, amarillos, rojos y rosas que Lu se encargó de enviar, con la leyenda «Tus Tulipanes no te olvidan».

Ella no pudo evitar romper a llorar de nuevo al verlo.

—¿Quién es ese? —susurró Patricia, para que el aludido no la oyera, pasado el momento de estupor.

—Debe ser el hijastro —respondió Beatriz.

—¿Hijastro? —preguntaron las tres al unísono.

Por suerte, él estaba tan inmerso en su pena que no las escuchó.

—Sí —aclaró Lu—. Doña Fina se casó con un viudo diez o doce años mayor que ella, que murió demasiado pronto. Este tenía un hijo de su anterior matrimonio. Era muy pequeño cuando se conocieron. Ella ha sido prácticamente quién lo crio. Por lo visto, él la quería como a una madre y la profe tenía debilidad por él. Solo hubo una época, cuando enviudó, en que se separaron. La abuela paterna se erigió en su tutora y se empeñó en apartarlo de su lado, pero en cuanto el chaval cumplió la mayoría de edad, todo volvió a la normalidad.

Ellas escucharon la información sin interrumpir. Ninguna tenía ni idea de todo aquello y se quedaron muy sorprendidas con la noticia. Se notaba que Beatriz siempre fue quien tuvo más contacto con doña Fina después de salir de la escuela.

Lúgubres y silenciosas, después del momento «cotilleo», las cuatro se acercaron al cristal, cada cual envuelta en sus recuerdos o manteniendo una última conversación mental con ella, y permanecieron allí de pie durante un tiempo indefinido que ninguna hubiera sido capaz de calcular.

La primera en romper aquel instante de comunión fue Patricia, que girando sobre sus talones se acercó al hijastro bajo la mirada atónita del resto. Ella siempre era la más protocolaria.

—Hola, ¿eres el hijo de doña Fina?

Él levantó la cabeza y la miró extrañado. Perplejo.

—Sí.

—Soy Patricia Hansen, una antigua alumna de tu madre. Te acompaño en el sentimiento.

Aquellas palabras tan manidas nunca tuvieron un significado más real. Pues si de todas ellas

alguien buscó el papel de madre en la señora Quesada, además del de profesora, esa fue Paty. En aquellos años, sus padres acababan de divorciarse y su madre decidió regresar a su Cádiz natal desde Noruega sin pensar en su única hija, a la que arrastró consigo y despojó de sus raíces y su idioma. Pero, además, no contenta con eso, una vez en España la matriculó en aquel elitista internado, lo que provocó que ella se enfadara, y mucho. Y aunque intentó vengarse evitando el contacto con la causante de todos sus males, siguió necesitando el papel de una madre en su vida.

Doña Fina lo sabía y nunca eludió aquel rol tampoco. De alguna forma lo ejercía con todas, pero con Paty muy especialmente, aunque nunca la hizo sentir superior al resto.

—Javier Santos —contestó él, lacónico, alargando la mano para admitir aquel pésame.

Detrás de Patricia acudieron las demás. Él aceptó las muestras de condolencia y las invitó a sentarse a su lado.

Nadie dijo nada durante media hora larga, cada cual inmerso en sus cavilaciones, llorando a ratos y suspirando cada poco.

De pronto, él empezó a mirar de una a otra, intermitentemente, demorándose en cada una durante un rato demasiado largo. Tanto que, cuando le tocó a ella, le resultó incluso incómodo. Parecía como si en todo el tiempo que llevaban allí, juntos, él acabara de reparar en su presencia y su mente ni siquiera hubiese registrado la concisa conversación que tuvieron minutos atrás.

—Vosotras sois sus Tulipanes, ¿verdad? —soltó sin previo aviso.

Ellas afirmaron con la cabeza al unísono, sorprendidas.

—¿Por qué lo sabes? —cuestionó Patricia, erigiéndose en portavoz de lo que todas estaban pensando, al ser la primera en salir del desconcierto.

—Mi madre me hablaba a menudo de vosotras. Os describía y elogiaba vuestras virtudes. Os quería mucho.

Capítulo 5

Georgina estuvo a punto de sonreír. Muchas veces había visto a sus hermanos hacerse lo mismo mutuamente.

Incluso a ella le hacían participar en sus travesuras [...] Los pícaros hermanos eran algo universal, desde luego; no existían solo en Connecticut.

—Lo comprendo perfectamente, capitán —se le ocurrió decir—. Suelen ser bastante fastidiosos.

—Bastante, sí.

Amable y Tirano, Johanna Lindsey

Ana observó la cara de agotamiento y dolor que lucían sus tres compañeras cuando subían la cuesta desde el crematorio, donde acababan de abandonar la cáscara vacía que ya eran los restos mortales de su queridísima doña Fina. Un reflejo de la propia.

Esa mañana se trasladaron todas desde el tanatorio hasta el Mancomunado de la Bahía para acompañarla en su último viaje, ya que ninguna quiso dejarla sola esa última noche y se habían quedado, junto con el hijastro de la profesora, a velarla. Para tratarse de su reencuentro, después de tantos años, no fue nada divertido. De hecho, apenas si intercambiaron unas cuantas frases entre ellas.

Javier, el hijo de doña Fina, tampoco resultó la alegría de la huerta. Claro que entendía que no era el momento. Era un joven atractivo y bien parecido, que irradiaba seguridad en sí mismo. Alto, aunque no demasiado —debía rondar el metro ochenta—, de complexión atlética y con unos penetrantes y vivaces ojos oscuros, del mismo color que sus cabellos. El tipo de hombre que haría volver la cabeza a cualquier chica, aunque, para su gusto, parecía demasiado distante y bastante parco en palabras.

A su entender, estas últimas características no casaban nada con la profesión que ejercía. Beatriz les explicó que era médico; uno muy bueno, según su madre, por lo que doña Fina se sentía muy orgullosa de él y de sus logros. Sin embargo, ella pensaba que a los facultativos de la medicina les rodeaba un aura de empatía y fiabilidad; algo intangible que hacía que cualquier persona se confiara a ellos de manera casi inmediata, pero, por mucho que lo miraba, no conseguía ver nada de eso en Javier. Solo percibía a un tipo triste y un poco desconfiado que, no sabía por qué, le recordaba a su ex, aunque no se parecieran en nada físicamente.

Una vez en el aparcamiento, Lu se ofreció a llevarlas a todas en su coche hasta Cádiz o a sus respectivas casas.

—Tengo una idea —dijo de pronto—. ¿Por qué no vamos a desayunar a mi casa? Después de casi veinticuatro horas con vosotras, aún no nos hemos puesto al día de estos últimos años. Además, me gustaría comentaros algo sobre la carta que, supongo, todas habéis recibido.

—Sí, por favor, ¡qué buena idea! —exclamó Gabriela—. Necesito con urgencia una infusión

bien caliente, a ver si consigo expulsar este frío que tengo incrustado en los huesos y en el alma.

Todas rieron a coro. Gabriela seguía siendo tan friolera como cuando eran pequeñas. Era tan menuda que siempre se quejaba del fresco en cuanto la temperatura descendía por debajo de los veintiocho grados.

—Lu, Patricia, ¿qué os parece a vosotras? —insistió a las otras dos, que seguían sin pronunciarse.

Ellas se miraron cómplices y levantaron los hombros al unísono.

—Bueno, yo no tengo nada mejor que hacer —aceptó Patricia.

—Vamos entonces —confirmó Beatriz, abriendo con el mando a distancia las puertas de su enorme todoterreno RAV4.

Lu cubrió la distancia en menos de veinte minutos. Las calles estaban silenciosas al tratarse de una jornada festiva, en la que los habitantes se preparaban para celebrar aquel Jueves Santo como solo en esa tierra saben hacerlo. Oriundos y turistas acudirían esa tarde a las procesiones, ajenos a la tragedia que a ellas las invadía, ignorantes de que sus vidas acababan de desmoronarse por la falta de aquel pilar que, hasta ese momento, ni siquiera sabían que las sustentaba.

Los ojos le escocieron de nuevo y las ganas de llorar regresaron a ella, a pesar de que habría jurado que ya no le quedaba ninguna lágrima después de todas las que llevaba derramadas. Pero hizo un gran esfuerzo por superarse, sabía que, si sucumbía, volvería a arrastrar con su pena a las demás. Porque incluso Patricia, que desde pequeña se acostumbró a no mostrar sus vulnerabilidades delante de extraños y parecía dura como el pedernal, aunque ellas sabían que eso no era así, se dio por vencida en un par de ocasiones, o en tres.

Nada más llegar al Paseo Marítimo, Beatriz encontró aparcamiento enfrente mismo del portal.

—Anda, ¿te has comprado aquí la casa? —cuestionó asombrada—. Pues aquí vive también mi amigo...

—¡Qué casualidad! ¿Hay algún sitio donde tú no tengas amigos? —la interrumpió al recordar al último con el que se encontraron—. Yo es que buscaba un lugar con vistas al mar y la playa cerca para salir a correr por las mañanas —cambió de tema molesta.

—Bueno, a él también le gusta hacer *footing* por la playa y a lo mejor te lo encuentras algún día. Deberías saber que mi amigo... —insistió impenitente.

—¡Escúchame, Lu! No quiero saber nada de ninguno de tus amigos, aparte de las aquí presentes, ¿vale? Ese tema está vedado. Prometiste no volver a abordarlo jamás, ¿recuerdas?

—Vale, como tú quieras —repuso resignada—. Quede constancia que lo he intentado. ¡Y tengo testigos!

Patricia y Gabriela se miraron sin entender nada de la conversación que se traían entre manos, pero tampoco hicieron ningún comentario; estaban acostumbradas a ese tipo de rifirrafes.

—Eh, ¡a mí no me metáis en vuestros líos! —protestó Patricia.

—Ni a mí, ni a mí, que luego soy yo la que tengo que hacer de intermediaria. —Era cierto que Gabriela era el elemento catalizador en cualquier discusión y la que ponía paz en cualquier desavenencia.

En silencio, entraron en el ascensor y, una vez en el interior del ático, tras hacer un pequeño recorrido por todas las dependencias para presentarles su nueva casa, las dejó sentadas en el salón y se dispuso a preparar el desayuno. No quería enfadarse con Lu, así que alejarse durante un rato era la mejor manera de conseguirlo.

—En fin, chicas, ¿vosotras también habéis recibido esta carta de doña Fina? —quiso saber entregándoles el sobre abierto.

Mientras la leían, aprovechó para retirar la cafetera humeante del fuego y colocarla sobre la mesa, entre una fuente de *croissants* y bollería industrial y otra con tostadas de pan recién hechas. Tampoco faltaba una bandeja con embutidos, varios tipos de fruta, yogures y un par de *bricks* de zumo de naranja.

—¿Tú vas a querer mejor té, Lu? He puesto agua a calentar.

—Sí, por favor.

—Lo siento, Gabriela —dijo a la más joven mientras regresaba a la cocina a por la leche caliente y el agua para las infusiones—, a ti no sabía que iba a verte hoy, por eso no tengo chocolate a la taza. Lo hubiera comprado de haberlo previsto.

—¡Ay, qué mona! Te acuerdas de los gustos de todas —exclamó la aludida—. No te preocupes, yo ya no tomo «guarrerías». Ahora soy una chica sana y responsable con mi cuerpo y el medioambiente. Soy vegetariana, así que cualquier infusión me va bien.

—¿Vegetariana? —preguntaron las tres a coro.

—Sí. ¿Pasa algo con eso?

—No, nada —contestó Patricia—. Pero ¿qué ocurre con el jamoncito de Jabugo?

—¡Pobres cerditos! ¿No os dan pena?

Las tres rieron como si acabara de contarles algún chiste. Gabriela siempre fue una extremista para todo; con ella nunca hubo términos medios. Al parecer, el tiempo y los años no la habían cambiado demasiado en ese sentido.

—A ti, Patricia, no te pregunto, que sé que eres como yo —cambió ella de tema, como si todo lo anterior fuera lo más natural del mundo. En realidad, lo era, Gabriela siempre fue así—. De las de café cargado e inyectado en vena.

—Exacto, Ana. Como verás, ninguna ha perdido las buenas costumbres —comentó con una sonrisa.

Para cuando ella por fin se sentó a la mesa, junto a las demás, Patricia era la última en leer, con mucha atención, la carta.

—Mi carta es idéntica. La recibí ayer en casa de mis padres —dijo Gabriela.

—La mía también —confirmó Lu.

—Pues yo no lo sé —diferió Patricia—. Supongo que también y que me la habrán mandado a casa de mi madre, pero como sigo sin estar en los mejores términos con ella, me alojo en el Plaza de la Luz y no he ido a verla todavía. De todas formas, voy a llamarla y le pregunto si ha llegado algún sobre para mí —explicó poniéndose en pie para dirigirse a la cristalera y realizar la llamada desde su móvil.

Las otras tres permanecieron donde estaban y dejaron que su amiga mantuviera una corta y tensa conversación con su progenitora.

—Vale, mamá, mañana pasaré a recogerla. Si no vas a estar en casa, ¿podrías dejársela al portero? —Y tras escuchar la respuesta, que ellas ignoraban de qué se trataba, se despidió—. En ese caso, hasta mañana. En efecto —dijo dirigiéndose a ellas—, yo también la he recibido. —Se sentó de nuevo a la mesa sin hacer más comentarios.

—¿Y qué pintamos nosotras en la lectura del testamento de doña Fina? —preguntó Beatriz.

—Pues está claro que, o nos ha nombrado legatarias de parte de su herencia o nos menciona en el testamento por algún motivo —repuso Patricia—. De no ser así, no podríamos estar allí. Eso es un acto privado al que solo acuden los interesados.

—¿Pero doña Fina tenía bienes suficientes como para hacer testamento? —interrumpió Gabriela, confundida—. Una maestra de escuela...

—No te engañes, Gabriela —la rectificó Beatriz—. Doña Fina pertenece a una de las familias más acaudaladas de Cádiz. ¿No lo sabías?

—Yo tampoco tenía ni idea —corroboró ella.

—Chicas, ¡Cádiz entró en vosotras, pero vosotras no entrasteis en Cádiz ni a empujones! —se quejó de su desapego Lu.

—Yo sí lo sabía —desestimó Patricia—. Me lo contó la propia doña Fina.

—¿Y nunca nos dijiste nada? —se quejó ella.

—Bueno, no era un asunto mío... Además, supongo que pensaría que vosotras también lo sabíais. La verdad es que ya ni me acuerdo.

—¿Y qué vamos a hacer si nos deja algo? —preguntó Gabriela con voz de preocupación, volviendo al tema inicial—. ¡Yo no quiero posesiones que me anclen a la mediocridad humana!

—Tranquila, Gabriela, seguro que se trata de un detalle sentimental —intentó tranquilizarla la abogada—, dudo mucho que vaya a dejarnos algo material. Además, nadie puede obligarte a aceptar una herencia. Si no la quieres puedes renunciar a ella sin problemas.

—Vale, si es así, seguramente renunciaré.

—Pero ¡qué ingrata eres, Gabriela! —la amonestó Lu—. Si, como tú dices, doña Fina te está oyendo, allá donde esté tiene que estar llorando de tristeza.

—¡No me digas eso, Lu! —se quejó—. No es verdad. Además, doña Fina tiene que saber que no es por falta de gratitud, sino por todo lo contrario. Su regalo es para mí muy valioso, pero mi filosofía de vida me aparta de las querencias terrenales. No quiero convertirme en una egoísta y atraer un karma negativo a mi vida.

—Pero, chica, ¿a ti qué te ha pasado en todos estos años? —protestó Patricia—. Siempre has sido rarita, pero esto supera todas tus manías anteriores...

—Bueno, nada, dejémoslo. Ya nos enteraremos de lo que quiere decirnos doña Fina, ¿no?

—Sí, tienes razón. Ahora solo estaríamos elucubrando —aceptó Paty, conciliadora—. Y venga, contadme, que como soy una cotilla recalcitrante, estoy deseando que me pongáis al día de las últimas novedades de vuestras vidas. Por ejemplo, ¿qué haces tú comprándote este fabuloso ático en Cádiz? —se dirigió a ella—. ¿Tú no estabas felizmente casada con un inglés y vivías en Londres?

—Tú lo has dicho, Paty, «estaba» —respondió con acritud.

—¿Te has divorciado de tu «archifamoso» y exitoso arquitecto?

—Sí.

—¡Yo tampoco lo sabía! —protestó Gabriela.

Sus caras de sorpresa tenían aspecto de ser genuinas. Al parecer, Beatriz había sido discreta y no les contó nada.

—Me ponía los cuernos —explicó con pocas ganas—. Lo pillé en la cama con otra y ahí se acabó todo. En Navidades hizo ya un año que rompimos peras y llevo en Cádiz desde junio —resumió sin entrar en grandes explicaciones.

—¡Será cabrón! —explotó Patricia—. Si es que el amor es una engañifa para incautos... Siempre he dicho que casarse es un error. Vale que, cuando te pillas con alguien, quieras vivir con esa persona, pero pasar por el juzgado o la vicaría... ¿Para qué? ¿Para perder un montón de pasta en abogados al cabo del tiempo? Porque siempre se acaba. Nada es eterno y el amor, mucho menos.

—Pero ¿qué dices, mujer? —Beatriz fue la primera en reaccionar a esas palabras—. Cuando se da un paso así es porque piensas que es para toda la vida. Yo no puedo creer que alguien pueda

llegar a enamorarse de verdad si está pensando en una relación con fecha de caducidad.

—¿De verdad estás convencida de que ese tipo de amor de «contigo pan y cebolla, para siempre jamás» existe más allá de nuestras novelas, Lu? —insistió Paty, con total incredulidad.

—¡Claro que sí!

—¿No irás a decirnos —encontró ella, por fin, las palabras— que tú, en tus treinta y seis años, no te has enamorado nunca así?

—Pues sí, os lo digo. ¡Jamás! Y tampoco es que desee hacerlo alguna vez, la verdad. No quiero sufrir de forma tan gratuita.

—Pues ¿sabes qué te digo? —la atacó Gabriela, que no salía de su sorpresa—. Que no me lo creo. Cuando éramos adolescentes eras la primera en «pedirte» a los chicos y siempre estabas enamorada de alguno.

«Hay situaciones en la vida que nunca cambian», pensó al darse cuenta de que, por muchos años que transcurrieran, seguían comportándose de la misma manera que lo hacían cuando eran niñas. Aquellas discusiones, diferencias y objeciones de unas y otras marcaron su adolescencia y seguirían marcando cada uno de sus encuentros.

—A ver, cielo, que una cosa es quedarte colgada con un chaval a los diecisiete, que se te pasa la tontería a los tres meses, y otra muy diferente seguir actuando igual a nuestra edad. A mí, cuando me gusta un tío, me enrolló con él y, cuando me canso, ¡a otra cosa, mariposa!

—Bueno, pues tú misma, Paty —la cortó ella, conocedora de que, si estaba convencida de algo, no iban a hacer que cambiara de opinión con ningún argumento—. Como ya tenemos suficiente edad para saber lo que queremos, tú sigue actuando como mejor te parezca y deja que las demás continuemos equivocándonos. Al menos somos felices mientras lo intentamos.

—¿Felices, Ana? ¿A eso llamas tú felicidad? —Patricia tenía respuesta y energía para todas.

—¡Claro que sí! —acotó Lu—. Cuando una persona ama, es feliz mientras es correspondida, aunque luego se le pase.

—¿En serio? ¿Aunque ni siquiera dure un año, como te ocurrió a ti?

—Me duró casi dos —refutó—. Además, lo de Alejandro fue diferente, nos separamos porque a los dos nos aburría nuestra relación. Yo nunca sufrí por su culpa.

—Bueno, si lo ves así... —capituló por fin, aunque ella no sabía si era por convencimiento o por cortar ya aquella absurda discusión—. De cualquier forma, si me permites un consejo, asegúrate de que tu próximo amor al menos cumpla con «los estándares Crespo».

—Mira, ahí tengo que darte la razón. —Lu se rio al escuchar la última frase. Aquella expresión era la más recurrente, desde su adolescencia, cuando hablaba de hombres—. Y tengo que reconocer que, aunque no me importará si un día me enamoro, tampoco lo busco ni lo provocho.

—Y tú, Ana —volvió Paty al ataque con ella—, prométeme que, si vuelves a enamorarte, vas a tomártelo con más calma que la vez anterior y te lo pensarás un poquito más, por favor... No me gusta verte sufrir.

—Descuida, Paty, que eso no va a ocurrir mañana. ¡Lo último que quiero, ahora mismo, es un tío! Ni temporal ni definitivo. Y mucho menos enamorarme de él.

«Bastante he tenido ya con la primera vez que se me ocurrió probar», recapacitó al acordarse de su último escaqueo. Aun a pesar de los meses transcurridos, se descubría pensando en él en más de una ocasión.

Todavía podía ver la cara de Beatriz cuando le explicó, aquella mañana, de dónde venía y lo que había ocurrido durante toda la noche. Porque, vale, Mario era un virtuoso en la cama, pero la experiencia la dejó con la guardia a la altura de los talones.

No estuvo bien marcharse de la habitación sin despedirse, aprovechando que por fin él dormía como un cesto, desde luego. Ni huir del hotel como si la persiguieran todas las fuerzas del Averno. Ni irse al aeropuerto con tres horas de adelanto, arrastrando consigo a una pobre Lu resacosa, para no encontrárselo ni por casualidad.

Lo reconocía, actuó mal, como una cobarde, pero no se sentía con fuerzas para afrontar a aquel demonio moreno sin la ayuda extra de unas copillas de más.

Mario era demasiado intenso. Demasiado atento. Demasiado simpático. Demasiado guapo. Demasiado... todo. ¡Y era arquitecto!

No pensaba tropezar dos veces con la misma piedra. Su matrimonio con uno de ellos y el trato diario con un sinfín de profesionales de esa rama le daban suficientes argumentos para saber cómo eran: calculaban su vida y sus acciones como si de los materiales de un edificio se tratara, milimétricamente y sin dejar nada al azar, para que todo funcionara a su favor y les sirviera en la medida que lo necesitaran.

Por supuesto, las mujeres no tenían un papel diferente en sus vidas.

Cuando conoció a Brendan pensó que él era distinto a los demás. Que la respetaba como persona y como compañera; que estaba dispuesto a compartir sus logros, sus alegrías y sus desencuentros. Pero el día a día le demostró que aquellos votos no fueron más que mentiras.

Falsedades con las que no estaba por la labor de que ningún otro le regalara el oído, cualquiera que fuese el cometido al que se dedicara. Y, por supuesto, empezaría por alejar de su vida a quienquiera que tuviera algo que ver con la arquitectura y sus derivados.

¡Ya tendría que haber sido imbécil para faltar a sus intenciones a la primera de cambio! Y si eso implicaba que tuviera que comprarse un novio a pilas, lo haría. Sus instintos más primarios no iban a llevar las riendas de su futuro, por mucho que el «bombón italiano» cumpliera, con creces, con todos sus exigentes requisitos.

«Vale, lo reconozco —aceptó para sí misma—, la experiencia me ha dejado en *shock*».

Tal vez por ese motivo no se le pasaba por la imaginación volver a las andadas y dejarse llevar, como ocurrió aquella noche romana. Además de que, por desgracia, los opositores no tenían ni categoría de «onza de Nestlé con leche». Porque ocasiones surgieron, claro que sí, y más de una y de dos.

«Me has echado a perder, bombón. Debería de llamarte Mister Godiva —se quejó—. ¡Si es que las comparaciones son odiosas!».

Capítulo 6

Piensa libremente.

Punto 2º del Decálogo del Club de las Tulipanes

Libera tu mente. Usa tu imaginación. Di lo primero que se te ocurra, aunque sean tonterías.

El Club de los Poetas Muertos

Cádiz, 23 de abril de 2018.

Ana era un manojo de nervios. Aunque el despertador estaba puesto para que sonara a las siete de la mañana, muy bien podría habérselo ahorrado porque apenas consiguió pegar ojo en toda la noche. Estaba inquieta por saber qué sorpresa tenía reservada doña Fina para ella y sus tres amigas.

El día anterior las cuatro estuvieron cenando juntas y haciendo mil cábalas sobre qué podía tratarse, pero todo les parecía demasiado raro y surrealista. Al fin y al cabo, la familiaridad que tuvieron con ella nunca fue tan estrecha como para nombrarlas herederas —aparte de que ella ya tenía un hijo al que, según Beatriz, adoptó en su momento y le dio su apellido—, por lo que Patricia insistió en que debía de ser alguna cláusula *post mortem* registrada en sus últimas voluntades.

Y precisamente eso era lo que la agobiaba y la tenía tan fuera de sí. ¿Y si doña Fina les pedía que se comprometieran de algún modo y ella no pudiera estar a la altura? Desde que volvió de Londres, hacía ya casi un año, su vida era un caos y alargaba cada decisión hasta el límite. Como prueba bastaba el hecho de que ya debería haber vuelto a trabajar, pero no veía el momento para ello. Todo le daba una pereza mortal y se dedicaba a agotar los plazos.

En su fuero interno sabía que aquello tendría que acabar muy pronto y que no le quedaría más remedio que retomar las riendas de su existencia. De acuerdo que cuando llegó, poco antes del verano, estaba tan cansada tras el proceso de divorcio que lo único que quería era dejarse mimar por su madre, tomar el sol en la playa y homenajearse con cautivadores baños de mar.

Total, entre unas cosas y otras, se le echaron encima las Navidades sin haber comprado aún una casa donde reestructurar su día a día, y eso que era consciente de que no quería seguir en la de sus padres hasta que fuera una ancianita con garrota. «Además de que mi madre se negaría en rotundo a que llenara de gatos su elegante chalé», pensó con sarcasmo.

Por fin, antes de finalizar el año, se atrevió a firmar las escrituras de ese fantástico ático en pleno paseo marítimo de Cádiz, con los pescaditos por vecinos, donde vivía desde hacía poco. Resultó inevitable que se le fueran otros dos meses y pico en amueblarlo y decorarlo a su gusto.

«¡Pues no es pesada una decoradora para decorar su propia casa!».

Y no fue hasta que se trasladó a su nuevo domicilio que empezó a pensar qué era lo que quería hacer con su trabajo. «Porque luego dicen de los hombres, pero está claro que yo soy incapaz de tomar dos decisiones al mismo tiempo».

Riéndose de su propio cinismo, se percató de que casi acababa de decidir establecerse por su cuenta y abrir un estudio de decoración y diseño de interiores, ¡ella sola y sin socios de ningún tipo!, cuando recibió la carta de su profesora. Aquello la desestabilizó. La ardua tarea de buscar un local donde abrirse camino se le hizo un mundo y dejó de ocupar un orden prioritario en su vida. Por mucha ayuda que fuera a recibir de sus padres, que prometieron echarle una mano con sus amistades y contactos, se sentía incapaz de abordar nada nuevo.

«¡Con lo contenta que se puso la profe al enterarse de que a partir de ese momento viviría en la ciudad!». Si incluso le prometió ir a visitarla algún día que se encontrara con fuerzas... «¡Claro, ahora entiendo por qué me llegó la carta a mi domicilio! —recapacitó—. Me pidió mis nuevas señas y se tomó su tiempo para apuntarlas. ¡Qué lista fue siempre!».

Dando un sonoro suspiro, salió de la ducha dispuesta a sacudirse todos aquellos pensamientos tan derrotistas junto con las gotas que chorreaban de su melena castaña, a fin de enfrentar aquel difícil día con optimismo y esperanza. Además, tendría a su lado a sus tres amigas que, como siempre, le pondrían los pies en la tierra y la ayudarían a conseguirlo. Aunque resultó difícil convencer a Gabriela de que debía acudir en persona a escuchar aquello que la señora Quesada hubiera querido encomendarles, puesto que como no tenía intención de aceptar nada de lo que le hubiera dejado, si fuera el caso, se empeñaba en que bastaba con enviar a un representante legal en su nombre. Menos mal que Lu, en su divina constancia, con el apoyo de Patricia y de ella misma, consiguió persuadirla.

Ya con el pelo seco y perfectamente maquillada para la ocasión, con su mejor rímel *waterproof* por si la cuestión se volvía todo lo lacrimógena que prometía, se tomó el segundo café del día y se dirigió al vestidor para elegir el atuendo que durante media noche estuvo componiendo en su mente; algo serio y profesional que no resultara intimidante.

Cuando llegó al bar donde tenía previsto encontrarse con sus amigas, en Canalejas —o como se llamara en esos momentos la avenida—, para entrar todas juntas en el bufete del abogado, situado en la calle Churruga, aún faltaban veinte minutos para la cita. Como siempre, era la primera en llegar; se llevaba fatal con la impuntualidad, pero de eso Gabriela sabía un rato. Hizo tiempo tomándose el tercer café de la mañana.

Tenía una sensación rara. Notaba ese puño de hierro que le apretaba el diafragma cuando tenía una premonición. Y si bien era cierto que la característica de aquel acto ya era lo suficiente desestabilizante como para sentir un camión aparcado en sus costillas, saberlo no la tranquilizó. No podía evitar pensar que iba a tener una sorpresa desagradable. Tomó aire con fuerza intentando deshacer la presión.

Patricia fue la siguiente en llegar, también antes de tiempo. Era de ley reconocerle que jamás llegaba tarde. Su aspecto era impecable, como de costumbre; con uno de sus muchos trajes de chaqueta y pantalón: azul marino ese día, con un ribete blanco en las solapas de la chaqueta a juego con la blusa.

A los pocos minutos apareció Beatriz, vestida como un maniquí, para no variar. Gabriela bajó de un taxi cuando solo faltaban cinco minutos para la hora. Siempre corriendo y con el despiste reflejado en la cara.

—¡Con las prisas me he dejado el teléfono en casa! —exclamó por todo saludo.

—¡Cualquier día te dejas la cabeza! —protestó ella, enfadada por su tardanza.

—No, la llevo a rosca —desestimó jocosa ignorando el ataque.

—Vamos, chicas, dejad las pullitas para otro momento, que ya llegamos tarde —las apremió Paty.

No lo hicieron, pero por los pelos.

La sala de reuniones a la que las llevó la secretaria del abogado ya estaba atestada de gente cuando ellas entraron. «¿Cuántas instrucciones tiene que dar doña Fina para que se lleven a cabo después de su muerte?», se preguntó al ver allí a tantas personas.

El letrado se levantó de su asiento, presentándose con gentileza, y las invitó a tomar asiento en las sillas que quedaban libres. Como un perfecto escuadrón de infantería, las cuatro bordearon la mesa ovalada situada en el centro para obedecer y... el puño de hierro le dio el golpe de gracia. Justo enfrente, con cara de pocos amigos, se encontraba el causante de su aprehensión.

—¿Qué hace Mario aquí? —preguntó en un susurro a Beatriz, acercándose a ella y tapándose con disimulo los labios.

—No tengo ni idea —contestó de inmediato—. Estará convocado, igual que nosotras.

—¿Tú sabías algo?

—¡No! —exclamó lo más bajo que pudo, alargando la «o».

Tampoco pudieron hablar más. El abogado debía de tener prisa porque, de inmediato, empezó a ponerlos en antecedentes de en qué consistiría el acto y procedió a la lectura del testamento.

Aquella voz aburrida y monótona, que relacionaba bienes y beneficiarios, hizo que ella se «desconectara» al segundo párrafo.

—... una casa-palacio, situada en la avenida Duque de Nájera, de Cádiz, que incluye bienes muebles...

No sabía cuánto tiempo llevaba mirando a Mario Guerra sin pestañear, pero debía de ser mucho, porque aquel runrún que sonaba en sus oídos se le estaba haciendo eterno. Solo podía centrarse en ese hombre, que tampoco le quitaba ojo y parecía tan ajeno como ella a las palabras del abogado.

El momento era incómodo por demás, centrados como estaban en mantener una conversación muda en la que se decían todo aquello que ella impidió que ambos verbalizaran cuando huyó del hotel de Roma. Y eso que él no daba la sensación de estar recriminándole sus acciones, sino simplemente pidiendo explicaciones.

«Razón no te falta, querido».

—... a doña Ana Morales Rozas, doña Patricia Hansen Rivero, doña Beatriz Crespo Garrido y doña Gabriela Torres García, a partes iguales...

Sobresaltada al escuchar su nombre, volvió la atención al abogado y, por fin, dirigió la vista a sus compañeras, que lucían un rostro de total y absoluta estupefacción.

—... así como una dotación de quince millones de euros en metálico. Ambos bienes solo podrán ser disfrutados si se cumplen las siguientes cláusulas...

«¿De qué palacio está hablando este tío? ¡Me he perdido algo importante!», se quejó para sus adentros.

—Primera: dos tercios de la aportación monetaria serán depositadas en la cuenta de PTAH Arquitectos para completar la remodelación de la casa-palacio de Los Tulipanes, ya en marcha, cuyos honorarios, proyectos, licencias, materiales y demás aportaciones dinerarias necesarias serán satisfechas con cargo a esta cantidad. Si a la finalización de la obra quedara remanente, este deberá ser ingresado en la cuenta bancaria que las beneficiarias indiquen a tal efecto, en la que también se ingresará el tercio restante a la aceptación de esta donación. Todos los ingresos derivados de este acto y depositados en esta cuenta solo podrán ser invertidos para aprovisionar de medios materiales y humanos al mantenimiento y la explotación del palacio, así como para su decoración.

«Ah, y ya sé lo que hace aquí Mario, debe ser el dueño de ese estudio de arquitectura que ha nombrado».

—Segunda: la casa-palacio de Los Tulipanes deberá ser habitada, disfrutada y/o explotada por las legatarias, a partes iguales, durante un período mínimo de cinco años. En caso de no cumplirse esta cláusula, la propiedad revertirá en la herencia que corresponde al heredero...

«¿La casa-palacio de Los Tulipanes? ¿La de la playa de La Caleta? ¿Y qué pintamos nosotras con esa casa y todos esos millones de euros en el mismo lote que su heredero?». Cada vez estaba más confusa.

Sabía que aquello era lo suficientemente importante como para haber prestado atención al tema, pero su conciencia, o la falta de ella, la mantuvo pendiente de Mario, que asentía con profesionalidad.

—Tercera: al estar esta propiedad catalogada como Bien de Interés Cultural por la Junta de Andalucía y el Ayuntamiento de Cádiz, no podrá ser vendida o cedida en subarriendo durante los próximos veinticinco años, a contar desde el día de la lectura de este testamento. Si este hecho se produjera, su titularidad revertiría, igualmente, en el heredero universal, sin que las legatarias puedan tener acceso a los beneficios que esta venta reportara.

«¡Joder con su "heredero", lo ha dejado forrado y más protegido que al presidente de los Estados Unidos!».

—Cuarta: todas las legatarias están obligadas a proceder aceptando o renunciando a esta donación por unanimidad. No será posible la aceptación o renuncia parcial de alguna de las partes.

«¿Las "legatarias" somos nosotras? Pues ya estamos perdiendo el tiempo aquí porque Gabriela no va a aceptar nada, así que todas tendremos que renunciar», pensó, casi aliviada ante la ansiedad que le estaba produciendo saber que doña Fina les había dejado algo de todo aquello, aunque no se hubiera enterado exactamente de qué.

La lista de cláusulas y especificaciones se alargó durante un buen rato más en el que nadie interrumpió al abogado. Todos escuchaban a medio camino entre la incredulidad y la sorpresa.

Todos salvo una persona.

Fue entonces cuando reparó en la presencia de Javier, el hijastro, o hijo adoptivo, o lo que fuera de doña Fina, que tenía tal cara de mala leche que podría jurar que estaba viendo el humo que le salía por las orejas.

Pero el abogado, antes de dar por terminado aquel acto, se dirigió a ellas.

—Señoritas Morales, Hansen, Crespo y Torres, tal y como se contempla en las últimas voluntades de mi cliente, en este acto y en presencia de todos los presentes, hago entrega a ustedes cuatro de la placa a la que la finada hace referencia y que, como ha quedado establecido, deberá ser expuesta en alguna de las salas del palacete legado.

Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas al reconocer la chapa de plata grabada con el Decálogo de las Tulipanes, que ellas habían regalado a doña Fina el día de su graduación y que, en esos instantes, el hombre ponía en manos de Patricia con todo lujo de boato y protocolo. Tampoco se había enterado de esa parte durante la lectura.

El abogado dio por finalizado aquel acto repartiendo una copia de aquel testamento a cada uno de los presentes y recordándoles que tenían seis meses para tramitar los impuestos o renunciar a la herencia. Fue entonces cuando Javier, por fin, explotó. Pero no una explosión chiquitita, como la de un petardo de feria, no, sino como la explosión desmesurada del Krakatoa, que hizo saltar por los aires una isla entera.

—¿Pero esto de qué va, Gutiérrez? —dijo dirigiéndose al letrado y agitando en el aire aquella escritura. Sin duda, los dos hombres se conocían muy bien—. ¿Es una tomadura de pelo por su parte, una broma... o qué?

El letrado, que ya peinaba muchas canas y que debía de haberse visto en situaciones similares en otras ocasiones, ni se inmutó. Ni siquiera abrió la boca para responder.

—¡Mi madre no ha podido disponer tamaño dislate! —gritó fuera de sí Javier, más cabreado aún ante el silencio del increpado—. Ese testamento tiene que ser falso. Esto, esto es...

—Señor Santos —habló por fin el tal Gutiérrez, con una tranquilidad que hubiera dejado a cualquiera congelado en su asiento—, ¿está usted insinuando que yo he manipulado las últimas voluntades de mi cliente?

—No —se retractó de inmediato Javier—. Por supuesto que no estoy acusándolo de manipulación, pero desde luego, como su asesor y abogado de toda la vida, era obligación suya haber disuadido a mi madre de esta... A estas... ¿Cómo ha podido permitir que ella se dejara embaucar por semejantes...?

Tenía tal enfado que no le salían ni las palabras. Eso, o era tan listo que, como lo único que seguro acudía a su mente eran insultos y amenazas, se detenía para no verse implicado en algún tipo de lío o demanda. Y hacía bien, porque Patricia era muy fácil de llevar por las buenas, pero por las malas...

—Escúcheme, señor Santos —contestó el hombre, perdiendo por fin la paciencia—, como usted bien sabe, su señora madre estaba en perfectas facultades mentales hasta el día de su muerte. Por supuesto, excuso decirle que este testamento fue firmado ante notario muchos meses antes, de modo que yo no tenía nada que decir al respecto en cuanto a lo que mi cliente decidiera hacer con su dinero. De cualquier forma, si usted no está de acuerdo con él, está en su derecho de impugnarlo —sentenció.

—¡Por supuesto que voy a impugnarlo! —exclamó Javier, rojo de ira—. ¿Acaso lo duda? ¡Recibirá noticias mías, Gutiérrez! —lo amenazó poniéndose en pie—. ¡Y ustedes también, señoritas! O lo que sean... —Y salió de la habitación dando un sonoro portazo que hizo eco en medio Cádiz y parte de Huelva.

Tras aquel mutis nada silencioso, todos se levantaron de sus respectivos asientos como si la propia doña Fina hubiera presionado algún resorte desde el otro mundo y empezaron a abandonar la sala sin hacer comentario alguno.

Beatriz se adelantó unos pasos para ir a saludar a Mario en la recepción y ella se rezagó para hablar con Gabriela y Patricia.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó asombrada, más perdida que Winnie the Pooh fuera del bosque de los Cien Acres.

—Uf —dijo Patricia en voz baja, a fin de que nadie la escuchara—, vamos a tomar algo, mejor lo hablamos fuera.

Pero ella pensaba que antes de ir a tomar nada y enterarse, por fin, de en qué consistía aquella patata caliente que acababa de aterrizar en sus manos, tenía algo que hacer.

Mario, que estaba hablando con Beatriz en un rincón apartado del bufete, vio cómo Ana se acercaba con paso resuelto a sus dos amigas; las otras dos Tulipanes que él no conocía.

Estaba fantástica. Aquellos interminables tacones de agua le proporcionaban una cadencia que hizo que, por un momento, perdiera el hilo de lo que le decía Lu. Realzaban sus espectaculares piernas, enfundadas en unas medias de seda que él sabía muy bien, por propia experiencia, que se sujetaban a sus muslos con unas eróticas ligas de licra.

Su aspecto era incluso mejor que el del día que la conoció. Había conseguido poner unos cuantos kilos sobre su esqueleto y aquel ajustado vestido de lana, color marfil, dejaba poco a la imaginación. El contraste con el tono canela de su piel hacía que pareciera un helado de vainilla coronado con dulce de leche.

«¡No, no! ¡Ni se te ocurra pensar en lo que sería comerte a lametones ese helado!», se amonestó a sí mismo.

Se suponía que estaba enfadado por cómo ella se despidió aquella mañana o, mejor dicho, por cómo «no» se despidió, así que no estaba tan loco como para ponerse a fantasear con su cuerpo y...

Borró aquella imagen de su cerebro sacudiendo la cabeza con fuerza.

—¿Qué te pasa, Mario, te ha dado un tic? —preguntó Beatriz con sorna, siguiendo la dirección de su mirada—. ¿Piensas contestarme este año, o lo dejas para el que viene?

—Eh... Perdona. ¿Qué me has preguntado? Me he despistado con...

—Ya, ya sé yo con qué te has despistado, pero...

Lu calló de repente y, aunque no lo hubiera hecho, él tampoco se hubiera enterado de lo que le decía, pues Ana se dirigía hacia ellos con la decisión escrita en la mirada.

—Hola, Mario, buenos días —saludó poniéndose de puntillas para darle dos besos en la mejilla.

En un acto reflejo, él se agachó para acortar la distancia y correspondió al gesto. Incluso le sonrió como un idiota.

—Lu, por favor —siguió diciendo Ana, en cuanto volvieron a establecer una distancia prudente—, ¿podrías dejarnos solos un momento? Tengo que hablar con Mario. He quedado con las chicas que nos veríamos en El Faro para comer. Enseguida me reúno con vosotras allí, ¿vale?

Beatriz la miró perpleja, aunque seguramente no tanto como lo estaba él. La vio afirmar con la cabeza y, sin hacer ni un comentario, se le acercó para despedirse.

—Te llamo luego y charlamos, ¿vale? —le preguntó Beatriz bajito, en su oreja, al darle un abrazo.

—Sí, genial.

Dio esa respuesta como podría haber dicho «mañana es jueves» porque estaba más descolocado que una pulga en un peluche. Todas sus conexiones acababan de cortocircuitar.

—¿Salimos? —le propuso Ana y se dirigió a la puerta para abrirla de par en par a fin de abandonar aquel despacho. Ella intentó cederle el paso, pero él sujetó la hoja por encima de su cabeza y la instó a tomar la delantera—. No te preocupes, no te robaré mucho tiempo, pero no quería decirte esto delante de Lu ni bajo la mirada inquisitiva de mis otras amigas —le explicó mientras bajaban las escaleras hacia el portal.

—Soy todo oídos. —Por fin encontró las palabras. Sonaron bruscas.

Debió de parecer un idiota redomado, tan callado y sumiso, pero lo último que esperaba era que Ana se dirigiera a él como si se conocieran de toda la vida. Aunque que se conocían estaba claro, sobre todo en el sentido bíblico, pero después de ignorarlo como lo hizo tras una apasionada noche de lujuria y desenfreno, despidiéndose a la francesa, jamás imaginó que ella fuera a abordarlo de ese modo tan... natural.

Lo cierto era que él estaba preparado para verla esa mañana, sabía que ella estaría en aquella lectura, pues Fina Quesada le contó lo que pensaba hacer con la casa de su familia antes de morir. Pero en ese momento se daba cuenta de que se había comportado como un incauto porque para lo único que estaba preparado era para soportar su desaire y su indiferencia.

—Solo quiero disculparme por salir de la habitación sin despedirme y darte las gracias por tu gentileza.

Él levantó las cejas sorprendido, al mismo tiempo que le dejaba ver que no se esperaba aquella explicación, aun teniéndola de sobra merecida.

—Bien, disculpa aceptada —repuso conciliador, esbozando una sonrisa—. Aunque... un poco tardía, ¿no te parece?

—Sí. Debería habértela dado mucho antes, tienes razón.

—No pasa nada. Tal vez no sabías cómo localizarme... —propuso rezumando sarcasmo en cada palabra.

—Vamos, Mario, ¡claro que sabía! Ahórrate tu condescendencia; la odio. Es evidente que podía haber pedido tu teléfono a Lu y llamarte. Hubiera sido lo justo.

—No, Ana. Lo justo hubiera sido que no te hubieses marchado sin decir ni adiós.

Ella calló durante un largo instante. Admitía su equivocación y él, a pesar de estar más enfadado de lo que suponía, admiró su valentía. Porque había que ser valiente para asumir un error con tanta dignidad como ella lo estaba haciendo. Era de ley reconocérselo por mucho que su actitud le molestó más de lo que pensaba hasta ese momento.

—¿Me lo vas a poner más difícil todavía?

—No, lo pasado, pasado está. Mejor hagamos borrón y cuenta nueva. Además, a partir de ahora vamos a tener que vernos a menudo.

—¿Por qué? No quiero que pienses...

—No te has enterado de nada de lo que se ha dicho ahí dentro, ¿verdad? —la interrumpió sonriendo. Ella no respondió, aceptando que llevaba razón—. Y, tranquila, que no pienso nada. Tampoco es que yo quiera verte de la misma forma que nos vimos en Roma, Ana, es que vamos a trabajar juntos durante una muy muy larga temporada.

Capítulo 7

Aspira a encontrar tu propio camino.

Punto 3º del Decálogo del Club de las Tulipanes

Robert Frost dijo: «Dos caminos divergían en un bosque y yo tomé el menos transitado. Y eso lo cambió todo». Quiero que encuentren su propio camino, en cualquier dirección, con estilo orgulloso, con estilo tonto, como sea.

El Club de los Poetas Muertos

Ana miró el reloj y pensó que llegaría al restaurante apenas un cuarto de hora después que sus amigas. Había cogido un taxi para no hacerlas esperar y su conversación con Mario no le llevó demasiado rato.

La situación fue tan incómoda...

Para ella supuso un calvario tener que pedirle disculpas por haberse comportado como una cría, aunque el hombre se lo merecía, así que, desde luego, no se iba a demorar después en una charla sin sentido. Aparte de que él tampoco estaba muy predispuesto a ello.

Porque, aunque fue lo suficientemente caballeroso como para no montarle ningún numerito y aceptó sus excusas con estoicismo, incluso indiferencia, lo cierto era que lo notó molesto, por mucho que intentó disimularlo.

Eso sí, cuando Mario le informó de que, a partir de ese día, iban a verse a menudo, el alma se le cayó a los pies. ¿A qué llamaba él «una larga temporada»? ¿Y por qué motivo tendrían que trabajar juntos?

Se limitó a seguirle la corriente, desestimando la posibilidad de que hubiera estado más pendiente de él que de lo que decía el abogado, aunque no pudo evitar preguntarle de cuánto tiempo estaban hablando.

«Entre siete meses y un año, mínimo. Tal vez más», dijo. ¡Por Dios bendito, necesitaba hablar con sus amigas con urgencia! ¿Qué era lo que ese hombre y ella tendrían que hacer juntos durante tantos días?

«Bueno, se me ocurren unas cuantas cosas... Por supuesto, eso está fuera de guion», se recriminó a sí misma tan pronto la primera parte del pensamiento acudió a su cabeza.

Se moría de incertidumbre por averiguar qué era lo que había predispuesto para ella doña Fina, que lo incluía a él.

Para remate, tenía lo que se dice «otro pollo en el horno». Estaba segura de que ni a Gabriela ni a Patricia se les habría pasado por alto lo extraño de su actitud. Desaparecer de aquella forma para ir a hablar con Mister Godiva, al que se suponía que no conocía de nada, en vez de quedarse con ellas no les encajaría en absoluto. Porque, aunque hiciera años que no se veían, no iban a pensar que ella había cambiado tanto como para abordar a un «maromazo» por el mero hecho de serlo.

Estaba segura de que, aunque Beatriz era muy discreta y no iba con los chismes de una a las otras, Gabriela y Patricia la habrían sometido al tercer grado —y al cuarto, el quinto y el sexto— hasta hacerle confesar, si no todo, parte de aquella historia. Porque era obvio que Lu sabía lo que allí ocurría, desde luego; ella había sido la primera en ir a saludar a Mario. Podía tachar a sus amigas de casi todo, pero de tontas...

No era que le importara que las otras dos se enteraran, eran sus compañeras del alma y sabía que podía confiar en ellas, lo que pasaba era que le mortificaba tanto aquella huida tan absurda que le jorobaba darles pie a que le soltaran la charla; porque en cuanto se confesara a ellas, la tenía asegurada.

Suspiró infundiéndose paciencia y, tras pagar al taxista, entró decidida en el restaurante. Las chicas estaban sentadas en el salón del fondo, el que tenía la decoración como si fuera un patio andaluz; a ella era el que más le gustaba, con sus mesitas redondas y sus sillas a cuadros rojos y blancos. Las tres se levantaron como una sola al verla llegar.

—Pero bueno, ¿qué ha pasado? ¿Qué tenías que hablar con ese arquitecto *güenorro* tú? —preguntó Patricia, sin darle tiempo a sentarse siquiera.

—Venga ya, Paty, no te hagas la nueva, que sé que Lu os lo ha contado. —Decidió tomar el toro por los cuernos y, de ese modo, ahorrarse las explicaciones. Si no todas, al menos la mayoría.

—¿A nosotras? —cuestionó Gabriela, poniendo esa carita de niña buena que nadie sabía utilizar como ella.

—¿Lu? ¿De verdad no se lo has contado?

Beatriz tenía muchos defectos, como todas, pero no sabía mentir. Se la pillaba a la primera porque era incapaz de mantener la mirada cuando ocultaba algo.

—Bueno, les he contado algo, pero...

—Tranquila, Lu, no pasa nada. Ya sabía yo que te someterían a tortura si te negabas a soltar tan jugoso cotilleo. —Y se rio con ganas porque, de verdad, no le importaba que se fuera de la lengua con ellas—. En fin, tenía que disculparme con él. ¿Os ha contado Lu por qué?

Patricia y Gabriela se rieron también.

—Pero ¿cómo se te ocurre marcharte de la habitación sin decir ni «hasta luego», alma cándida? —le recriminó Gabriela—. ¡Y, sobre todo, sin disfrutar del polvo mañanero! Pero si es el mejor.

Ella levantó los hombros pesarosa e intentó cambiar de conversación.

—Yo me despierto para pocas gaitas, ya lo sabes —se excusó sin saber si era por lo del polvo o por la obtusa reacción—. Pero luego entramos en detalles, si queréis, siempre y cuando no sean demasiado... íntimos. Ahora hay otros asuntos que me interesan mucho más.

—¿A mí no! —exclamó Gabriela.

—Pues tendrás que esperar, reina, porque no pienso abrir la boca hasta que no me contéis qué es lo que ha pasado en ese bufete. Estaba tan pendiente de Mister Godiva que no me he enterado de nada.

—¿Mister Godiva? —Paty se partía de la risa—. ¿Lo llamas así porque es como un bomboncito?

—Exacto —admitió.

—*Hum*, estaría digno de ver, montado en un corcel, negro en su caso, que blanco no le pega, paseando por un prado como Dios lo trajo al mundo. Todos esos músculos en movimiento... —susurró Paty, con una innegable nota de lascivia en la voz.

Ella hizo oídos sordos, no necesitaba más escenas en su mente.

—Pero de verdad, ¿qué es lo que quería doña Fina? ¿Por qué nos ha hecho llamar a la lectura

de su testamento?

—¿Es en serio que no te has enterado de nada? —Patricia no daba crédito—. Pensé que lo estabas diciendo de guasa.

—Para nada —reconoció—. Cuando he oído nuestros nombres he intentado poner atención, pero he sido incapaz de pillar algo. Luego no sé qué he escuchado de una enorme cantidad de dinero para reparar la Casa de los Tulipanes, que tiene que hacerlo el estudio de Mario...

—Pero, ¡Ana! ¡No me lo puedo creer!

—Bueno, ¿vais a contármelo o tengo que leerme todo el testamento? —replicó enfadada señalando la escritura que sobresalía de su bolso.

—Anita, cielo... —Ella fulminó a su amiga con la mirada por usar aquel diminutivo que odiaba tanto—. ¡Que nos ha dejado la casa-palacio de los Tulipanes a las cuatro! —siguió diciendo Paty, ajena a los rayos mortíferos de sus pupilas.

—¿Cómo? —Sintió que el corazón galopaba en su pecho por la impresión—. ¿Y qué cuernos hacemos nosotras con ese *casoplón*?

—De eso tenemos que hablar. —Patricia era la que llevaba la voz cantante con respecto a todo aquel tema, como no podía ser de otro modo. Lu y Gabriela dejaron que ella ejerciera de lo que era: de abogada—. Pero antes, por favor, saca la escritura y léelo, creo que será la mejor manera de que te enteres.

Sin salir todavía de su estupor, obedeció las órdenes sin tardar ni un minuto y buscó desesperada el punto que les atañía. Gabriela se brindó voluntariosa a echarle una mano. Ellas debían de haberlo releído un par de veces mientras llegaba, previo cotilleo, por supuesto.

—¿Quince millones de euros? —Su corazón ya no galopaba, volaba a mil kilómetros por hora y acababa de alcanzar la estratosfera—. Pero...

—¡Que doña Ataulfa era «muchimillonaria», Ana! ¿Te lo puedes creer? —exclamó Gabriela, radiante y eufórica.

—¡Doña Ataulfa! —gritaron las tres al unísono, conscientes por fin de lo ridículo de aquel nombre.

La carcajada general hizo que todo el restaurante se girara hacia ellas. Pero nada ni nadie podría conseguir que ellas entraran en razón y dejaran de reírse como locas.

Menos mal que esa mañana había elegido máscara de pestañas *waterproof* porque las lágrimas caían a raudales por sus mejillas e, incluso, tuvo que ponerse de pie para evitar el calambre que, a la altura de las costillas, amenazaba con dejarla lisiada.

Las demás se reían con tanto ahínco como ella, aunque eso era algo habitual. Cuando la atacaba ese golpe de risa incontenible, al final sus amigas se contagiaban al verla, al margen de lo que hubiera provocado el momento de hilaridad.

—Es que, es que... —Lu no podía hablar.

—¿Vosotras sabíais... que... se llamaba... ¡Ataulfa!? —logró balbucear Paty, cogiendo el aire como un pez fuera del agua.

—Yo, no —aseguró Gabriela.

Ella no podía ni siquiera decir una palabra. Salvo «ay», debido al dolor del costado, que no remitía.

A esas alturas todo el restaurante las acompañaba en su algarabía, ya sin recato, solo por el mero hecho de escucharlas, aunque no sabían qué era lo que provocaba aquel momento.

—Fina... Fina... —dijo ella, por fin, al cabo de un buen rato— era el diminutivo... de ¡Ataulfa!

—¡De Ataulfina! —barbotó de mala manera Patricia.

Las carcajadas se reanudaron por la sala y muchos comensales empezaron a levantar sus copas en honor a aquel divertido momento.

—¡Por doña Ataulfa! —brindó agradecida Lu, con su Coca-Cola Zero, a punto de sufrir un colapso.

—¡Por doña Ataulfa! —repitieron todas, al tiempo que ella y Paty elevaban sus copas de vino y Gabriela su vaso de agua.

El camarero, tan risueño como el resto del personal, se acercó a ellas para preguntarles si tenían ya pensado qué iban a comer. Pero el pobre tuvo que excusarse diciendo que volvería al rato, temiendo que alguna hiciera un sifón con la bebida.

Por fin, poco a poco, las cuatro fueron recobrando la compostura y, tras elegir el menú, volvieron a la conversación en el punto que lo habían dejado minutos antes.

—En serio, chicas —retomó ella el asunto—. ¿Quince millones de euros? ¿Pero qué vamos a hacer nosotras con todo ese dinero?

—Pues... A mí se me ocurren muchas cosas —repuso Patricia—, pero me temo que solo vamos a poder hacer lo que ella dice y... Bueno, mejor termina de leer ese punto porque hay un montón de cláusulas.

—¿Diez millones para terminar de reformar el palacio? —cuestionó incrédula—. ¡Pero si eso es un *pastizal*! ¿No ha estado ya en obras durante un montón de años?

—Sí —confirmó Beatriz—. De hecho, todavía lo está. Hace poco retiraron los andamios de la fachada; que yo los recuerdo ahí desde hace, lo menos, cinco años. Pero seguían haciendo reparaciones en el interior, creo.

—¿Y sabías que era de doña... ¡Ataulfa!? —Las risas volvieron, pero esta vez más recatadas.

—¡No tenía ni pajolera idea, Ana!

—Y después de todo ese tiempo en remodelación, ¿a la casa todavía le faltan diez millones de arreglos? —se preguntó ella, confundida.

—Ni idea. El caso es que ahí es donde entra «tu» Míster Godiva —continuó Patricia con la explicación. Ella no le rectificó el posesivo—. Como ves, en la cláusula dice que él, en representación de su estudio de arquitectura, es el fideicomisario de esa aportación dineraria. Vamos —aclaró antes de que ellas le pidieran que se explicara—, que el dinero está depositado en la cuenta de su estudio y ellos se hacen cargo de todos los gastos.

—Aún así, ¿quedan cinco millones! Eso sigue siendo una tela marinera. —Por torpe que estuviera, el cálculo no era nada complicado.

—Sí, pero lee —la interrumpió Lu, en esa ocasión—. Esos cinco millones también están estipulados para qué son.

—Vamos, que no podemos quedárnoslos, ¿no?

—No —respondió rotunda Patricia—. Pero, además, antes tenemos que aceptar el legado, Ana.

—Sí, eso estoy leyendo. Pero ¿qué quiere decir esto de «habitada, disfrutada y/o explotada» a partes iguales entre las cuatro?

—Pues que lo primero que tenemos que hacer es aceptar ese legado, ¡las cuatro!, por unanimidad —resumió— y que, como ves, no podemos aceptarlo para vender la casa y repartirnos las ganancias ni nada por el estilo.

—Ya leo, ya. ¡Ahora entiendo el rebote de Javier!

—¡Menudo gilipollas el niñato! —explotó Beatriz.

—No sé yo, Lu —se planteó Gabriela—. Estamos hablando de mucho dinero...

—¡Pero si a él lo deja *forrao*! —protestó la aludida—. Si la lista de propiedades, acciones y

cuentas bancarias en España y el extranjero es infinita. ¿Qué más le da a él esa casa?

—Lo dices como si estuviéramos hablando de un pisito en Cortadura, reina.

—Está en su derecho, Beatriz —repuso Paty—. Pero su derecho se limita a ser todo lo puto egoísta que quiera ser y a recuperarlo si nosotras no aceptamos porque, por lo demás, esa era la voluntad de su madre. Doña Fina podía hacer lo que quisiera con el tercio de libre disposición.

—Vale, Paty —la interrumpió ella—, dejémonos de formalismos. Ya entraremos en eso más tarde. Lo importante es... ¿vamos a aceptarla? Porque ¿os habéis planteado lo que vamos a tener que pagar de impuestos? ¿De dónde vamos a sacar todo ese dinero? ¡Estamos hablando de millones de euros!

—Pues yo no tengo un duro —dijo Gabriela.

—Ni yo —corroboró Beatriz.

—Yo acabo de comprarme un piso y tengo que poner una empresa en marcha —se quejó ella.

—A ver, chicas, hasta donde sé, y por lo que dice la escritura, el palacio está catalogado como Bien de Interés Cultural y el dinero que nos deja es para reformar y demás —salió la abogada al quite—. Eso significa que está exento de impuestos o habrá que pagar muy pocos, aunque eso tengo que mirarlo bien e informarme.

Un suspiro de alivio general sobrevoló los platos que el camarero acababa de servirles.

—Pero el asunto principal es que tenemos que aceptarlo todas o ninguna —continuó diciendo Paty—. Y Gabriela dijo que...

—Venga, Gabriela —la interrumpió Lu, girándose hacia la interpelada—, no vas a salir ahora con esas.

—Por supuesto que sí, ¡yo no quiero posesiones materiales de doña Fina! —exclamó.

—¿A qué viene esa tontería? ¿Por qué? —insistió Beatriz.

—Pues porque no nos corresponde. Dejando a un lado la cuestión sentimental, la profe no era nada nuestro. Chicas, lo siento si suena mal, pero mi vida está en Barcelona y me gusta la vida simple que llevo allí. No tengo ninguna intención de embarcarme en esa aventura. ¡Joder, que ya no somos unas adolescentes! ¿Soy la única que piensa que esto es una locura? —sentenció.

Un silencio sepulcral se apoderó de las cuatro.

—Bueno, chicas —intentó poner paz ella, antes de que el tema se les fuera de las manos—. No discutamos. Doña Fina dice que o todas o ninguna, así que, si Gabriela está decidida a rehusar, poco tenemos que decir las demás. ¡Hasta aquí llegan nuestros cinco minutos de flamantes herederas millonarias!

—¿Vas a chantajearme, Ana?

—¿Yo? —cuestionó rezumando inocencia—. No, no, para nada. Es tu decisión y yo la respeto.

—Pero, al menos, podrías escuchar lo que queremos las demás, ¿no? —presionó Beatriz, dándose cuenta de inmediato de la estrategia.

Gabriela jamás había sido una persona egoísta pero, además, si como decía no quería atraer un mal karma sobre ella, sabía que jamás movería un dedo si eso perjudicaba al resto.

—Eso es chantaje emocional —se quejó—. Sois...

De nuevo podría escucharse una mosca revolotear sobre sus cabezas porque todas estaban calladas como estatuas.

—Pues a mí no me importaría venirme a vivir a Cádiz —rompió el silencio Patricia, al cabo de un rato—. Estoy harta de Almería. Me apetece muchísimo cambiar de aires. De hecho, lo haría si tuviera el dinero necesario o encontrara aquí algún bufete de abogados dispuesto a contratarme.

—¡Nos ha fastidiado! —exclamó Lu—. Cualquiera lo haría en esas condiciones, Paty. Anda

que no me gustaría a mí volverme a mi Cádiz querido, pero a ver dónde iba yo a encontrar una empresa de eventos, aquí, en la que me pagaran lo mismo que en la que trabajo ahora en Madrid. ¡Imposible!

—¿Y por qué no te estableces por tu cuenta? —propuso ella—. Tienes muchísima experiencia en preparar celebraciones, congresos, bodas... La gente aquí también contrata esos servicios.

—No es lo mismo, Ana. En Madrid están todas las empresas y...

—¡Y no tienen playa! —la interrumpió jocosa—. Piénsatelo.

Y, de pronto, como si acabara de tener una revelación, entornó los ojos y su mente empezó a trabajar a toda velocidad. Las demás la miraron extrañadas. Sabían que, cuando ponía esa cara, algo raro estaba cuajándose en su cabecita.

—Lu, ¿por qué no nos ponemos a medias tú y yo? —dijo de pronto—. Yo llevo un tiempo pensando en abrir un estudio de decoración, pero... Seguro que tus eventos hay que decorarlos y demás, ¿no es cierto? A mí me han contratado en alguna ocasión para esos temas.

—Sí, claro, la mayoría lo necesitan, pero ¿con qué cifra de negocio contaríamos nosotras? Unas perfectas recién llegadas. Este mercado es muy duro.

—Pues, de momento, seguro que la empresa de mi padre nos contrataba, siempre tienen un montón de cursos, fiestas, talleres para empleados, viajes de empresa... Y él tiene amigos y contactos que nos puede pasar.

—Ana, deja de soñar, ¿quieres?

—No estoy soñando. ¡Me encantaría! Yo me haría cargo de toda la infraestructura; tengo que invertir el dinero de la venta de la empresa a Brendan o este año me va a crujir Hacienda, así que a ti no te supondría nada. Luego, repartiríamos beneficios a medias y tú ya me irías pagando tu parte como pudieras.

—Oye, ¿y no necesitaríais una abogada que vele por vuestros intereses mercantiles y financieros? —cuestionó Patricia, interrumpiendo su cuento de *La Lechera*-. Yo ni siquiera necesito ser socia, me conformo con un despacho cerquita de vosotras, donde pueda llevar también otras cuentas ajenas a la empresa que me den para vivir dignamente.

—Venga ya, tonta. ¿Y por qué no ibas a entrar en sociedad? —A ella le enfermaba que Patricia fuera tan conformista en cuestiones económicas. De hecho, ya debería ser socia del bufete donde trabajaba, pero ni siquiera se lo había planteado a sus jefes—. Pues mira, ahora que lo dices, creo que con Lu o sin ella, yo voy a necesitar alguien que me asesore y lleve la administración fiscal de mi empresa, así que, ¿por qué no? ¡Que todos los inconvenientes sean un espacio un poco más grande de lo que necesito! Si a cambio de unos pocos metros cuadrados tengo consejo profesional y compañía, ya te puedes considerar mi socia. —Se levantó y la envolvió en un tierno abrazo—. Y ya hablaremos de temas económicos, que ahora eso es lo que menos me importa.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —lloriqueó emocionada—. Mira que yo me vengo arriba con que me soplen. Y, como soy una inconsciente, mañana mismo pido la cuenta y me vengo *pa* casa echando leches.

—Pero... Pero... ¿Vosotras de qué vais? —explotó Gabriela, de pronto. Llevaba todo aquel tiempo sin abrir la boca, mirando de una a otra como si estuviera visionando un partido de tenis—. ¿Esto es una estrategia para presionarme con lo de la casa-palacio de los...?

Ella miró estupefacta a Gabriela, perdida totalmente con aquella salida tan fuera de lugar, que no venía a cuento. ¿Qué era lo que la había ofendido de esa manera?

—¿Perdona? —Reaccionó la primera porque las otras dos estaban tan alucinadas como ella—. ¿Qué tiene que ver ahora la herencia?

—Pues, hombre, que me estás haciendo luz de gas deliberadamente, ofreciendo trabajo a las demás e ignorándome a propósito, para que reaccione con lo de doña Fina.

—¿Pero de qué hablas? Si has sido tú la que has dicho que no vas a aceptar nada de lo que buenamente nos han regalado y menos si eso implica venirme aquí a complicarte la vida, con lo a gusto que vives en Barcelona.

—Ya, pero es que estáis hablando de hacer una sociedad las tres y a mí ni siquiera me habéis preguntado.

Ella miró a Gabriela, que aun a pesar de parecer que acababa de tragarse un sapo, por lo seria y lo tiesa que estaba, ella sabía que en realidad lo que le ocurría era que estaba luchando por impedir que las lágrimas acudieran a sus ojos, aunque estos tenían vida propia y mudaban a una tonalidad extraña del gris que los volvía casi transparentes.

—En ese caso —retomó su discurso—, si lo que quieres es beneficiarnos con tu sapiencia en publicidad y *marketing*, nos vendrá fenomenal tu experiencia, en especial como *community manager*. ¡Y eso sin contar con tus consejos espirituales y tus directrices *tarotistas*! —Las tres rieron como una sola porque, aunque no eran nada creyentes, les encantaba que Gabriela les leyera las cartas. ¡Encima hasta acertaba la mayor parte de las veces!—. Ya sabes que tú también, bobita, tienes tu hueco en el local que alquilemos.

Al igual que hizo con Patricia, se levantó y fue a darle un achuchón.

—¿Y por qué querrías hacer algo así? —musitó Gabriela, contra la lana de su vestido.

—Porque no hay nada que pudiera hacerme más ilusión que teneros a las tres cerca. Sería como volver a aquellos años. ¡Os echo tanto de menos!

Patricia y Beatriz estaban llorando emocionadas.

—¿Sabes qué, Ana? —dijo Lu, limpiándose con el dorso de la mano los lagrimones que le caían de los ojos—. Que me parece que me voy a pensar tu oferta. Hablaremos de ello en unos días.

—Ay, que la que va a llorar ahora soy yo —exclamó soltando a Gabriela y corriendo hacia ella para envolverla en su abrazo—. ¿De verdad?

—¡Te lo juro! Quedamos mañana y lo hablamos.

—Alto ahí —las detuvo Patricia, totalmente repuesta de aquel extraño momento—. Si eso es lo que de verdad a todas nos apetece, ¿por qué no aceptamos la herencia y montamos algo en ese *casoplón* de los cataplines? ¿No es eso lo que queremos? Pues justo eso es lo que quiere doña Fina, que lo explotemos y nos repartamos los beneficios a partes iguales.

Nadie entendía nada. Patricia no era de las personas que tomaba decisiones sin pensárselas. Necesitaba su tiempo para hacerlo, después de haber evaluado y revisado todos los pros y los contras durante unos cuantos días de valoración.

—¿Sabéis? —siguió diciendo ella ante el mutismo general—. Estoy harta de gestionar empresas ajenas y me apetece ponerme por mi cuenta sin tener que dar explicaciones a nadie. Además, Cádiz, con mis amigas, se me antoja el Paraíso. ¿Qué me decís? ¿Aceptamos la herencia y nos montamos algo juntas?

Todas corrieron a abrazarla de nuevo. Los comensales de alrededor debían de estar alucinados con ellas; tan pronto reían como lloraban, que discutían como se abrazaban.

Capítulo 8

Sé quien quieras ser.

Punto 4° del Decálogo del Club de las Tulipanes

Thoreau decía que la mayoría de los hombres viven en desesperación silenciosa. No se resignen a ello. Libérense. No caminen por la orilla, miren a su alrededor. Atrévase a ir lejos y encontrar nuevos terrenos.

El Club de los Poetas Muertos

Ana miró a su alrededor. Eran casi las últimas clientes que quedaban en el restaurante y aquella tormenta de ideas ni siquiera estaba en sus inicios. Prometía una sesión de tiras y aflojas muy muy larga.

Por suerte, aquella descerebrada apuesta a ciegas para convencer a Gabriela le salió bien, aunque lo cierto era que estaba muy decidida a ser ella quien pusiera el dinero necesario para hacer una sociedad con Beatriz y Patricia si Gabriela, al final, se negaba a participar. La chica era como un verdadero grano en el trasero con esa filosofía medio hinduista, medio *new age*, pero un grano al que todas querían y que no estaban dispuestas a dejar fuera de aquella idea que, de pronto, acudió a su cabeza como una revelación.

Ella necesitaba a sus amigas a su lado en esa etapa de su vida que, poco a poco, empezaba a colocarse en su lugar, aunque fuera a base de un sobrehumano esfuerzo de voluntad. Aún dolía, sí, pero ya apenas era un escozor que la quemaba por dentro, y solo cuando se acordaba. No era ni parecido a lo que sufrió durante los primeros meses, tras su divorcio; una alimaña perversa que le roía las entrañas.

—Tengo una botella de tequila en el mueble bar —les dijo—. ¿Qué os parece si, mientras pensamos qué hacemos con nuestro futuro, sellamos los acuerdos como se merecen?

No tuvo ni que repetirlo. Las otras tres se levantaron de sus sillas al unísono, con tanta prisa que ni siquiera esperaron a que el camarero les trajera la cuenta, por lo que se dirigieron a la caja para salir de allí cuanto antes. Gabriela se empeñó en invitarlas y las demás, por supuesto, aceptaron su generosidad. Intentaba disimularlo, pero si alguna de ellas estaba contenta, esa era Gabriela. De pronto, ya no le importaba vulnerar sus inquebrantables creencias, ¡incluso estaba dispuesta a sellarlas con alcohol!

Un taxi las dejó en pocos minutos en la puerta de su casa. Subieron en el ascensor, envueltas en una alegre algarabía, y sitiaron el salón de su ático al estilo del mejor ejército de las Highlands. Ella apenas tardó un parpadeo en preparar un plato lleno de rodajas de limón recién cortado, sacar los vasos de chupito del congelador y colocarlo todo, junto con dos saleros, sobre la bandeja que llevó a la mesa de centro.

Gabriela, con los pies descalzos sobre uno de sus impolutos sofás blancos, no hacía más que repetir que deberían dejarla que hiciera una tirada de sus cartas de Tarot para ver lo que el futuro

les auguraba para aquel proyecto. Beatriz y Patricia, más formales —todavía—, se reían a mandíbula batiente, pero se negaban en rotundo a permitírselo, no fuera a ser que viera algo en sus cartas que al final diera al traste con todas sus ilusiones.

Enseguida, ella sirvió las copas, repartió los complementos y brindó.

—¡Por doña Ataulfa! —gritó levantando su chupito—. ¡Y por su legado!

Las demás se pusieron en pie y la corearon, antes de echarse al coleteo el primero de ellos.

«¡Dios, si solo son las cuatro de la tarde! Hoy acabamos a gatas», pensó.

—Bueno, chicas, ¿habéis pensado qué podríamos hacer en la Casa de los Tulipanes? —cuestionó Patricia—. Por cierto —siguió diciendo antes de darles la oportunidad de responder—, ¿os habéis dado cuenta de dónde venía ese nombre tan cursi que doña Fina puso a nuestro club de lectura?

—¡Es verdad! —coreó Gabriela—. Ella siempre decía que se debía a que el tulipán era su flor favorita, capaz de florecer en primavera por muy duro que hubiera sido el invierno. Que todas sus virtudes están ocultas bajo tierra y escondidas bajo capas y capas cual cebolla, como nos pasaba a nosotras, y que ella las regaría para que florecieran como es debido. Pero al parecer había algo más.

—Hasta donde yo sé —intervino Beatriz—, la Casa de los Tulipanes es propiedad de los duques de Holguín. Voy a buscarlo en Internet —comentó procediendo a la localización con su teléfono móvil.

—¿Y me queréis contar —expuso Gabriela— qué hacía una señora de tan alta alcurnia trabajando de simple profesora en un internado del siglo XX? ¡No entiendo nada!

—A mí en una ocasión me comentó —empezó a relatar Patricia, entornando los ojos para hacer memoria— que sus padres se llevaban fatal, pero que seguían casados por «el qué dirán». Así que ella, harta de vivir en aquel infierno, se alistó a la moda *hippie* y se largó de casa en cuanto tuvo edad suficiente para hacerlo.

—¡Doña Fina una *hippie*! Ahora me cuadran un montón de cosas —exclamó Beatriz.

—Sí —siguió contando Paty—. Acababa de terminar la carrera de Filología en Madrid y se negaba a regresar a Cádiz a escuchar cómo discutían sus padres. Era una de las pocas mujeres universitarias de la época, así que el espíritu bohemio de los estudiantes había calado en ella hasta los huesos. A principios de los setenta ya se conocía en nuestro país el movimiento *hippie*. Ella acababa de cumplir los veintitrés, por lo que ya era mayor de edad y nada la obligaba a regresar al hogar familiar, de modo que decidió marcharse a Ibiza, a una comuna, con otros compañeros de la facultad.

—¡Madre mía, qué vida! —soltó ella, sin querer interrumpir aquella historieta—. Eso nunca nos lo contaste, Paty.

—Se me olvidaría. Fue al poco de entrar en el colegio y supongo que entonces no tenía demasiada confianza con vosotras. Además, estaba hecha polvo porque mis padres acababan de divorciarse, ¿os acordáis?

Por supuesto que se acordaban. Aquel hecho marcó toda la adolescencia de Patricia, pero ninguna dijo nada al respecto.

—El caso —continuó diciendo Paty— fue que su padre, ante la negativa de su única hija a volver al redil de la élite social, que para más inri se negaba a contraer matrimonio por otro motivo que no fuera amor, la amenazó con repudiarla y desheredarla, algo que, por lo que se ve, no hizo nunca. Ella pasó en estereo de esas amenazas y, según me contó, no volvió jamás a su casa, salvo para los funerales de su «queridísimo» progenitor. Lo que nunca me dijo fue que sus

padres tuvieran semejante patrimonio ni que fueran duques de nada, claro.

—¿Y por eso acabó de profesora en el cole? —susurró Gabriela.

—No, esa es otra historia —intervino Lu—. Esa me la mencionó a mí.

—¡Pues suelta prenda, corazón! —la incitó ella—. Que al final, entre todas, podremos hacernos un mapa de la vida de nuestra benefactora, al cabo de tanto tiempo.

—Resulta que ella se casó con un chico que conoció mientras ejercía de maestra rural en Grazalema. Era el médico del pueblo y el papá de uno de sus alumnos más pequeños, Javier, que por entonces tenía cuatro añitos. Él se había quedado viudo cuando su esposa daba a luz al niño y lo estaba criando solo, sin ayuda de nadie. Doña Fina empatizó con él y, al final, se enamoraron. Supongo que eso debió de ser después de volver de su experiencia *hippie* —comentó riéndose. Todas la imitaron.

—¡Anda con la profe! —comentó Gabriela—. Cualquiera lo hubiera dicho.

—Sí. Por lo visto, ella se hizo cargo del crío y lo cuidó como si fuera suyo. Siempre le gustaron mucho los niños, pero a raíz de una mala praxis médica, que no me contó en qué consistió, pero que casi puedo imaginar, ella quedó estéril, por lo que nunca pudo tener hijos propios.

—También yo —apuntilló Paty—. Seguramente, algún aborto ilegal o algo así de lo que ocurría en aquella época.

—Eso es en lo que yo he pensado —corroboró Lu. Gabriela y ella también afirmaron con la cabeza, mostrándose de acuerdo—. ¡Qué malas somos! —Todas se miraron consternadas—. Aquel matrimonio duró relativamente poco, no llegó ni a nueve años. A su adorado Paco se lo llevó La Parca, disfrazada de una panda de adolescentes borrachos que iban conduciendo sin permiso de conducir. Como podéis imaginar, doña Fina quedó destrozada.

—¡Y no es para menos! —se solidarizó ella—. Y ahí es cuando, para rematar la jugada, su suegra le quitó al niño, ¿no? Eso que nos contaste el día de su funeral.

—¡Exacto! Por eso ella, para no caer en la desesperación, dejó Grazalema, donde todo eran recuerdos, y se vino a Cádiz como profesora de Literatura del cole. Los abuelos de «su niño» vivían en la capital y esa era la única forma de poder verlo, aunque fuera de extranjería. —Todas dejaron escapar un suspiro de tristeza.

—¡Claro! —En esa ocasión fue Gabriela la que intervino—. ¿Su madre había muerto también por aquellos entonces?

—No tengo ni idea —acotó Patricia—. Ella siempre me decía que apenas se habló nunca con ella. Al parecer, aunque la quería, jamás pudo perdonarle que se plegara a las imposiciones de su marido; ambos le hicieron mucho daño. Me lo decía como consuelo porque al menos yo me relacionaba con mis padres, aunque fuera por separado.

Paty siguió hablando para que ninguna viera su vulnerabilidad en ese aspecto. A ellas no se les ocurrió hacer ni un solo comentario al respecto.

—Aquí lo tengo —cambió el tercio Beatriz—. Mirad —leyó-: «La Casa de los Tulipanes es un palacio diseñado por el arquitecto Torcuato José Benjumeda, de estilo barroco neoclásico, que data de 1798. La fachada y algunas dependencias del palacio han sido recientemente restauradas por su propietaria actual, la séptima duquesa de Holguín, extremando el cuidado y el respeto de los materiales originales del siglo XVIII».

—¿Lo veis como ya estaba restaurado? ¿Y qué pretende que hagamos ahora? —protestó ella.

—Calla y escucha —la amonestó Patricia—. Sigue, Lu.

—«Don Leopoldo Quesada y Aranguren, primer duque de Holguín, mandó construir la casa

como vivienda, pero también como despacho y almacén de sus bienes, que venían de Cuba en sus barcos. Los planos de este edificio sirvieron para la construcción de casas idénticas en el ducado cubano, así como en otras localizaciones de España y el extranjero».

—Vamos, que hay más réplicas de la casa por ahí —cuestionó Gabriela.

—¿Y qué más nos da a nosotras? —repuso ella—. Tampoco pretendemos que sea única en el mundo entero, ¿no?

—Pues no, Ana —concordó Lu, antes de continuar—. «La casa tiene cuatro plantas que giran alrededor de un patio porticado con columnas, de aproximadamente tres mil metros cuadrados cada una. La fachada se compone de cuatro cuerpos y en su parte central se encuentra el vano de acceso, sobre el que se sitúa una amplia balconada de columnas jónicas de mármol. Los cierros y balconadas son de fundición de complejo diseño...».

—¿Tres mil metros cuadrados por planta? ¡Qué barbaridad! —chilló Gabriela, interrumpiendo de nuevo—. ¿Os dais cuenta de que ahí podríamos montar un hotel de cinco estrellas?

—Pues mira, no es una mala idea —repuso Patricia, sin molestarse esa vez por la interferencia de la más joven.

—¿Y qué hacemos nosotros con un hotel de cinco estrellas? Ninguna tiene ni pajolera idea de gestionar algo así, Paty —murmuró Lu, olvidando su lectura.

—Bueno —intervino ella—, podemos aprender. Además, un hotel de cinco estrellas tiene salones donde se pueden celebrar eventos, ¿no?

—Hum —replicó Beatriz, sonriendo—. Mira, eso como que me gusta más. Vosotras os ocupáis del hotel y yo, de las celebraciones.

—¡Vale, guay! —exclamó Gabriela—. Y yo de la publicidad y el *marketing*. Pienso hacer una página web de chuparse...

—¡Para el carro, Gabriela! —Patricia detuvo su perorata en forma de cuento de hadas—. Si ni siquiera sabemos si eso puede hacerse.

«¡Paty siempre tan pragmática, porras! Es capaz de hacer bajar de una nube incluso al mismísimo arcángel san Gabriel, ¡joder!». Pero no lo dijo en voz alta, porque no quería alterar los ánimos.

—Vale —replicó, en cambio—, pero para eso te tenemos a ti, Paty. Seguro que tú vas a enterarte muy bien de lo que podemos, o no, hacer. ¿Verdad?

—Eso ni lo dudes —confirmó la aludida—. Pero, de todas formas, estaba pensando que, si lo que queréis es un lugar para fiestas y celebraciones, ¿por qué en lugar de un hotel de cinco estrellas no nos centramos en algo más pequeño?

—¿Algo cómo qué? —En ese caso fue Beatriz la que salió al quite del planteamiento.

—Algo como un hotel de esos que llaman *boutique*, con solo unas pocas habitaciones. La mayoría de esos alojamientos con encanto son de cuatro estrellas y, al rebajar la categoría, seguro que nos exigirían mucho menos y nos resultaría más fácil.

—Pues tampoco está mal pensado, oye —corroboró ella, afirmando con la cabeza—. Si al final lo que nos falta es experiencia hotelera, a menor utilidad de ese tipo, menos problemas, ¿no os parece?

—¡Por un hotel *boutique*! —exclamó Lu, levantando el tercer chupito de tequila que, como no podía ser de otro modo, todas corearon al unísono.

—Muy lanzada te veo yo, Lu —comentó ella—. Que luego ya sabes lo que te pasa con el alcohol.

—¿Me darías asilo político? —propuso.

—¡Por supuesto! De hecho, a este paso creo que os lo voy a tener que dar a todas.

—Bueno, chicas, no os hagáis demasiadas ilusiones, ¿vale? —las devolvió a la realidad la pesada de Patricia—. Yo voy a informarme de qué podemos hacer en ese sentido; me gusta la idea, pero de momento vamos a ser cautas. Creo que lo primero sería ir a ver ese lugar con el arquitecto, para que nos diga si hay posibilidad de hacer lo que queremos o cuáles son nuestras alternativas.

A ella se le cayó el alma a los pies.

—¿Con el arquitecto? —preguntó rezando por haber escuchado mal—. ¿Para qué lo necesitamos a él? Yo tengo suficientes conocimientos como para valorar eso.

—Porque te recuerdo —la cortó— que tu Mister Godiva es el fideicomisario de nuestra supuesta herencia —rebatió Patricia.

—Y porque su estudio —remató Beatriz—, mejor dicho, el de su padre, ha sido el encargado de todas las obras de la Casa de los Tulipanes. Él mejor que nadie sabrá qué es lo que Patrimonio permite, o no, hacer.

«En fin, de nada me va a servir enterrar la cabeza en la arena —se resignó—. Tarde o temprano voy a tener que vérmelas con él, así que cuanto antes...».

—Vale, pues que lo llame Lu y le pregunte si podemos quedar mañana, porque supongo que vosotras tendréis que volver a vuestras casas —accedió.

—Sí, pero antes tenemos que pedir permiso al abogado —volvió a poner el dedo en la llaga Patricia—. No queremos problemas con su heredero, ¿verdad? Voy a llamarlo ahora mismo, antes de que sea más tarde.

Y sin esperar su respuesta, se levantó para, como en ocasiones anteriores, hacer su llamada pegada a la cristalera desde la que se divisaba el mar.

—¡Listo! Dice Gutiérrez que podemos ir a verlo cuando queramos. Que las llaves las tiene Mario Guerra y que él nos acompañará. —No había tardado ni cinco minutos en regresar con la noticia.

—Pues entonces, voy a llamarlo —concordó Beatriz.

Y, levantándose del sofá, se dispuso a ocupar el lugar que acababa de dejar vacío Patricia, frente a las puertas de la terraza.

La conversación fue bastante breve y, por suerte, no tocó ningún tema personal. Beatriz no hizo ninguna referencia a que, por su culpa, tuvieron que dejar a medias la charla que estaban manteniendo en el bufete del abogado de doña Fina y, al parecer, él fue igual de discreto.

—Perfecto —informó tan pronto colgó la comunicación—. Dice Mario que mañana a las diez y media puede acompañarnos. A mí me viene genial, porque mi tren sale para Madrid a las cinco y pico de la tarde.

—Mi avión sale de Jerez a las tres y media. ¿Creéis que me dará tiempo o lo cambio para el miércoles? He comprado el billete con opción a modificaciones.

—Cámbialo por si acaso —propuso Patricia—. Yo he venido en coche, así que no tengo problemas.

—Pues yo, como no tengo que hacer ni el huevo, para qué voy a protestar, ¿no? —repuso ella con voz de resignación.

Lu se llevó de nuevo el móvil a la oreja, confirmó la cita y colgó con un alegre «Hasta mañana, rey».

«¿Rey? ¿Lo llama "rey"? —Arrugó la nariz como si oliera mal—. Pues será por lo autocrático. ¡Y menos mal que no he dicho ni pío cuando creía que ya lo había colgado! Y las otras tampoco,

porque si a Patricia se le llega a ocurrir llamarlo "Míster Godiva"... ¡Hijo mío, estás hecho un pimpollo con tanto título nobiliario!».

—¡Por la visita de mañana! —levantó su vaso Gabriela, una vez que rellenó el de todas, brindando con una gota más de euforia de la habitual. Aun así, nadie le llevó la contraria y despacharon el cuarto chupito de tequila.

Ella empezaba a notar ya los estragos del alcohol, aunque todavía controlaba bastante, pero le extrañaba que a Beatriz no se le hubiera trabado la lengua todavía.

—Entonces —dijo de pronto ella—, cuando lleguéis el miércoles a vuestros trabajos, ¿vais a pedir la cuenta? ¿Lo tenéis decidido?

—Yo sí —respondió de inmediato Gabriela—. Porque, si esto no sale, ¿sigues dispuesta a contratarme en la empresa que montes, Ana?

—Por supuesto que sí. Os haré socias a las tres.

—En ese caso —intervino Lu—, creo que yo también. Estoy harta de Madrid, con sus coches, sus humos, sus multitudes... Echo de menos Cádiz como no os podéis imaginar y, además, casualmente este mes me vence el contrato de alquiler de mi apartamento y el casero quiere subírmelo, así que le voy a decir que se lo meta por donde le quepa.

—¡Genial! —exclamó ella, feliz como hacía meses que no se sentía—. ¿Y tú, Paty, qué dices?

—Pues yo la verdad es que lo tengo un poquito más complicado. Estoy pendiente de un montón de pleitos y contratos en curso y no puedo dejar a los clientes tirados, pero lo que sí que puedo hacer es no coger ninguno más y transferir las cuentas fijas y los que van más retrasados a algún compañero del bufete.

—¿Y eso cuánto tiempo te llevaría?

—Un par de meses, quizá menos. Una vez que traspase los expedientes a quien determine mi jefe, tal vez pueda trasladarme aquí y viajar a Almería para temas puntuales. Aunque... —Se quedó pensando.

—Aunque ¿qué? —gritó ella—. No nos dejes así ahora, nos tienes en ascuas.

—Es que me acabo de dar cuenta de que tengo un problema añadido. Tú —dijo señalándola— tienes tu casa; Lu cuenta con la de sus padres; Gabriela, con la de sus abuelos, pero yo...

—¡Tú tienes la de tu madre, ¿no?! —cuestionó Beatriz.

—No. Nuestra relación sigue siendo igual de mala que siempre. Ya sabes, tarjeta navideña y todas esas gilipolleces.

—Pero ¿por qué? —insistió Lu.

—Porque nunca me quiso. Jamás se comportó como una madre, solo se empeñó en apartarme de mi padre para vengarse de él y me arrastró a una vida de soledad y abandono —explotó—. ¡Si no llega a ser por vosotras, no sé qué hubiera sido de mí!

—Vaya, lo siento —susurró ella, sin saber qué decir. Paty en muy raras ocasiones abordaba el hecho de que, cuando salió de Oslo, su infancia quedó destrozada para siempre.

Posiblemente el tequila tenía mucho que ver en esa confesión que dejó a las tres mudas y a la propia Paty con los ojos llenos de lágrimas.

—En ese caso, no te preocupes porque yo tengo la solución —propuso ella—. Cuando el palacio de los Tulipanes esté funcionando, puedes vivir allí hasta que decidas si te compras tu propia casa o no, ¿verdad?

—Sí, es una solución —aceptó.

—Y mientras, a mí me sobra una habitación. Te doy asilo encantada.

—Mierda, me voy a emocionar. —Paty se levantó y se arrojó a sus brazos.

—¿Y yo también podría instalarme en Los Tulipanes cuando esté todo en marcha? —preguntó Gabriela—. Es que vivir mucho tiempo con mi abuela puede ser horrible, no me deja ni respirar y su malsano empeño en que coma carne me saca de mis casillas.

—Chicas —intervino Lu—, *¿pod* qué no *espedáis pada* ver si la casa de doña Fina esta habi... habi... *habitarble*? —El tequila empezaba a causar efecto—. Aunque tengáis que *sopodtad* las *obdas* que haya que *haced*...

—Sí, vamos a ver lo que nos encontramos mañana —planteó Paty—. Y si a vosotras no os importa...

—¡*Pod* los *tratlados*! —exclamó Lu, despachando una nueva dosis de alcohol, sin esperar siquiera a que ellas la acompañaran.

—Vamos, Lu, ¡para! —la regañó ella, quitándole la botella de las manos—. Creo que tu cupo ya está cubierto, guapa. Si sigues, vas a terminar jurando amor eterno a Fabio, como la noche de tu primera borrachera. ¿Os acordáis?

Las carcajadas de Gabriela y Patricia podrían haberse escuchado en Sevilla. Lu, en cambio, se quedó seria como un funeral.

—¿Fabio? ¿Quién *ed* Fabio? —murmuró.

Capítulo 9

—Hasta llegó a admitir ante mí que esa es una de sus escasas diversiones.

—¿Cuál?

—Fastidiar a los demás hasta que se retuerzan de incomodidad. Trata a las personas como si fueran mariposas; las clava con sus pullas afiladas.

Amable y tirano, Johanna Lindsey

Ana se levantó de su asiento, no sin dificultad, y entre risas y trompicones entró en su habitación.

«¿Dónde lo has puesto, Ana? Si el otro día lo tuviste en la mano».

Después de trastear un rato entre bolsas y cajas, por fin lo localizó en el altillo de uno de los armarios del vestidor. Feliz, salió de nuevo al salón enarbolando el trofeo por encima de la cabeza como si fuera un botín de guerra.

—Lo encontré —gritó.

—¿El qué? —preguntó Paty, intrigada.

—El póster, ¿qué va a ser si no?

—¿Qué póster? —Le pareció que era Gabriela la que preguntaba, pero tampoco estaba segura.

—El de Fabio que Lu tenía en la puerta del armario de la habitación.

—¿Fabio? ¿De qué Fabio hab... *habláiz*?

—De este —sentenció muy ufana al tiempo que desplegaba el póster con fuerza, en plan banderola, aunque el tiempo que llevaba enrollado lo hizo encogerse de nuevo en un movimiento de yoyó que restó toda teatralidad al acto.

Aun así, todas tuvieron suficiente tiempo para vislumbrar la imagen. Era tan familiar, tan cotidiana en otros tiempos, que reconocieron al hombre de inmediato. Lu también, que se levantó del sofá mucho más deprisa de lo recomendable para su estado, en respuesta a algún resorte olvidado en el mundo de sus recuerdos adolescentes.

—¡Fabio! ¡Mi Fabio! —exclamó acercándose a ella para arrebatárselo—. ¿De dónde lo *haz* *zacado*?

—De dónde va a ser, de tu armario de la habitación del internado.

—¿Me lo *dobaste*?

—¡No, por Dios! El día que dejamos el cole, cuando echaba el último vistazo para comprobar que no nos olvidábamos nada, lo encontré en el fondo de tu armario. Como tú ya te habías ido, decidí guardarlo para dártelo cuando te viera, pero se me olvidó.

Después de quitar a doña Fina el ejemplar de *Amable y tirano*, se hicieron tan adictas a las novelas románticas de la época que devoraban todo lo que se publicaba en España de ese género. Aquellas novelas de la editorial Vergara, con portadas que era necesario forrar para que nadie se echara las manos a la cabeza al ver lo que leían, eran sus preferidas.

Portadas protagonizadas por pobres chicas desvalidas, a medio paso del desmayo y del

desnudo, a las que sujetaban espectaculares «machomanes» con la camisa a medio abrochar, o incluso sin ella directamente, dispuestos a llevarlas al más cruel de los infortunios. Y en la mayor parte de ellas, el protagonista masculino tenía nombre y apellido: Fabio Lanzoni; un modelo de los ochenta, caído después en desgracia, de larga cabellera rubia —de bote, por supuesto—, ojos azules y pectorales de infarto.

Y Lu sucumbió a aquella mirada arrebatadora y se enamoró perdidamente de él.

Su primer gran amor. Aunque, en poco más de un curso, fue desterrado de su corazón con el mismo ímpetu y velocidad que entró, para ser sustituido por un actor igual de rubio y con los mismos ojos azules; un jovencísimo Leonardo DiCaprio, que la dejó obnubilada y muriendo de amor tras verlo protagonizar *El hombre de la máscara de hierro*.

—¿Y lo has tenido tú todo *ezte* tiempo?

—Ya ves... Apareció en una de las cajas que traje de casa de mis padres cuando hice la mudanza.

—*Eda* tan guapo...

—¡No fastidies, Lu! —protestó Patricia—. Si parece Chucky, el muñeco diabólico.

—Jo, que no —lloriqueó—. Además, todas le *judasteis* amor *etedno*.

—Porque nos obligaste —adujo Gabriela.

—*Ér zí* que cumplía con los «*estándades Credpo*». Alto, *dubio*, *muzculozo*... No como el imbécil de Alejandro. *Eze* no cumplía ni con el *fizico* ni *musho menoz* con las medidas.

Las tres se miraron cómplices, conocedoras de lo que venía a continuación. Lu solo despotricaba de su exmarido cuando estaba borracha. Entonces soltaba por su boca lo que jamás se le hubiera ocurrido decir sobria. Claro que ellas le tiraban de la lengua.

—¿Medidas? ¿Supongo que te refieres a la de los pectorales? —propuso ella, muerta de risa.

—*Zi*. A la de los *peztodales* y... a *otrad*s.

—Entonces, ¿hay alguna otra con la que no estabas de acuerdo? —la azuzó Patricia—. ¿La de los hombros, quizá?

—Tampoco la de *loz hombroz*, no. Ni la de *laz* manos, ni la de... Bueno, ya *zabéiz*.

Todas dejaron escapar, al unísono, la carcajada que aguantaban.

—¿Esa tampoco? ¿La tenía chiquitita? —preguntó Gabriela, sucumbiendo a la hilaridad.

—Bueno, *shiquitita* tampoco, *pedo* no daba los *estándades Credpo*, no.

—¡Esto es nuevo! —explotó Ana—. Ahora resulta... que el Alejandro..., además de imbécil..., era «poca-pi». —El pertinente dolor de costado hizo aparición y la dejó sin respiración.

—*Tchissst*, no se lo *digáiz*... —Lu se puso bizca al mirarse el dedo que se colocó sobre los labios, haciendo que ellas se retorcieran en los sofás.

—¿Pero acaso tú sabes cómo la tiene el tal Fabio? —questionó Patricia.

—*Gdaaaande, segudo*. Fabio *eda*... *pedfesto*.

—Madre mía, que mal está esta —susurró Gabriela—. ¿Por qué no la llevamos a la cama?

—¡No *quiedo* idme a la cama! ¡*Ahoda midmo* vamos a *depetid* el *judamento* fabiano!

—¡Venga ya, Lu! Conmigo no cuentes, ni loca —desestimó la idea Patricia.

—*Sisisisisisi*. *Vamod* a *judad guaddadle* fidelidad, como hacíamos *antez*.

Y, tambaleándose de un lado a otro, cogió el póster, a escala real, lo estiró contra su pecho repetidas veces y lo colocó contra una pared.

Por supuesto, el papel cayó al suelo por efecto de la gravedad, pero ella se agachó como buenamente pudo y se chupó la palma de la mano para untar el reverso del papel *couché* con saliva, a fin de dejarlo pegado en el mismo lugar que antes le había dado tan malos resultados. En

esta ocasión fue más precavida y lo sujetó con la otra mano, por lo que consiguió no tener que agacharse de nuevo.

—*Tdáeme* celo, Ana —exigió—. *Ze cae...*

Ella, que tampoco estaba ya demasiado orientada, fue al cajón del mueble y cogió el rollo que allí guardaba.

Ninguna de las dos acertaba a encontrar la punta para despegarla; por suerte, Gabriela se presentó voluntaria para ayudarlas. Finalmente, no sin ímprobos esfuerzos, entre las tres consiguieron que se sujetara a la cristalera de suelo a techo, bajo la aterrada mirada de Patricia, que no daba crédito a sus ojos.

—Venga, *zirve* los chupitos, Paty, y ven aquí. Ya *zabéis*, *ahoda* decimos el *judamento* fabiano, lo *bezamos*, lo sellamos con tequila, *zal* y limón, y nos lo bebemos de un *trdago*.

Patricia, al final, se dio por vencida, como siempre, y se unió a la juerga.

—*Depetid. Nozotrads...*

—Nosotras... —dijeron las tres al unísono.

—*Tud fielez admidadodas...*

-Tus fieles admiradoras...

—*Te judamoz fidelidad, pod ziempe jamáz*, amén.

—Te juramos fidelidad, por siempre jamás, amén —repitieron muertas de risa.

—Nunca vamos a *olvidadte* y *dezademos* una *odazón* por ti cada noche antes de...

—Ah, no, ¡por ahí sí que no paso! Yo no rezo y mucho menos me hago «solitarios» a la salud del *tarao* este...

—...de *dodmid* —terminó Lu la frase, ajena a las imprecaciones de Patricia—. *Ahoda*, el *bezo*.

Por supuesto, ninguna de las tres lo besó ni dejó que ella apurara aquel último chupito.

Ana se despertó pronto a la mañana siguiente, fruto de la sensación de tener a los más de ciento cincuenta componentes de la banda de cornetas y tambores del Rosario en el interior de su cabeza. El estómago tampoco estaba por facilitarle el duro trasiego diario del estado de somnolencia al de vigilia y notaba la boca como si hubiera estado chupando un estropajo durante toda la noche. En pocas palabras, tenía un resacón colosal.

Y, a riesgo de que el temido karma de Gabriela decidiera hacerle pagar sus malos sentimientos, no pudo por menos que alegrarse al saber que la persona que estaba desmadrada a su lado en la cama no iba a sentirse mejor que ella cuando decidiera, por fin, abrir los ojos. Beatriz tenía el aspecto de haberse peleado con todos los monstruos del Averno y haber salido bastante malparada, lo que no era de extrañar, habida cuenta de su poca resistencia al alcohol.

Intentó mirar la hora que era en su móvil, pero este yacía sobre la mesilla de noche tan fuera de servicio como ella; cuando se acostó olvidó ponerlo a cargar, lo que no dejaba de tener cierta lógica, dado su lamentable estado de ebriedad.

Sin embargo, su reloj interno debía de seguir funcionando perfectamente y, a tenor de la poca luz que entraba a través de las rendijas de la persiana, supo que aún era muy pronto. Posiblemente sobre las siete, lo que no le supuso ninguna sorpresa, ya que ella y sus amigas habían empezado a beber temprano y no era ni las diez de la noche cuando se vieron obligadas a dar carpetazo a la velada por «mal estado del campo de juego». O, mejor dicho, de las jugadoras.

Tan malo que ninguna se sintió con ánimos de regresar a su casa; Patricia y Gabriela dormían a pata suelta en la habitación de al lado. Tenía que reconocer que las cuatro eran unas bebedoras deplorables, que gestionaban de pena el alcohol en sus venas.

Pero, por mucho que intentó darse media vuelta y seguir con sus agitados sueños en el mismo

punto que acababa de dejarlos, le resultó imposible; necesitaba hacer una visita al cuarto de baño y beber, al menos, medio litro de agua del tirón, tras lo que aprovecharía para tomarse un café bien cargado y un ibuprofeno para el dolor de cabeza. Porque, por poco que le apeteciera, sabía que debía estar despejada y en perfecto estado para enfrentarse a la reunión que las cuatro tendrían en unas horas.

Encontrarse con Mario por segundo día consecutivo no iba a ser una tarea fácil de abordar, y menos sabiendo que en esa ocasión no sería un «hola y adiós», sino una larga entrevista. Y para remate, sus tres amigas dejarían que ella llevara el peso de la conversación al tratarse, en su mayoría, de cuestiones técnicas sobre arquitectura y proyectos.

Pero, en su actual estado, lo que menos le apetecía era entrar en medidas y posibilidades arquitectónicas del edificio que acababan de heredar, y menos con el culpable de la mayor parte de sus desvelos nocturnos desde hacía meses.

¡Karma! ¡Eso sí que era karma! Porque después de aquella tórrida y única noche que ambos compartieron, ella se juró que jamás volvería a verlo. Y, desde luego, si por un capricho del destino se reencontraban alguna vez en la vida, se limitaría a emitir un saludo cordial y «¡Hasta nunca. Buenos días!».

Nada podía haber salido de manera más distinta. Y todo porque ese karma del que tanto hablaba Gabriela la iba a obligar a trabajar con él durante más meses de lo que podría considerar aceptable para su salud mental, posiblemente para hacerle pagar lo mal que se comportó con él en Roma.

Aquel aciago pensamiento la hizo despejarse por completo y levantarse de la cama como si estuviera acostada sobre el lecho de un faquir. ¡Ya era mala suerte que, con todos los estudios de arquitectura existentes en Cádiz, doña Fina hubiera decidido encargar las obras de remodelación de su casa al de Mario y, encima, lo nombrara fideicomisario de la herencia que les legó a ella y a sus tres amigas!

Una hora más tarde, mitigado ya parte de su dolor de cabeza, que no su incipiente depresión, y después de haber pasado por la ducha, lavarse y alisarse con esmero la larga melena y maquillarse como una puerta para disimular los estragos de sus excesos, Paty hizo su entrada estelar en el salón, justo cuando se disponía a meter en la cafetera la segunda cápsula de su droga particular.

Ataviada solo con la enorme camiseta que encontró en uno de los cajones de la habitación de invitados, la saludó con un gruñido similar a un «buenos días». Por toda respuesta ella le tendió un blíster de pastillas de ibuprofeno y le cedió la taza repleta de negro brebaje que acababa de prepararse para sí misma.

—¿Qué hora es? —preguntó bajito Patricia, al cabo de un rato, desde lo alto de un taburete de la isla que hacía las veces de separación de ambientes entre la cocina y la sala de estar, frente a la que ella también estaba sentada en sepulcral silencio.

—Las ocho y diez —contestó en el mismo tono, tras mirar el reloj que acababa de colocarse en la muñeca.

—Deberíamos de ir despertando a las chicas, hemos quedado a las diez, y no estaría de más que nos cambiáramos de ropa antes de presentarnos a la cita, ¿no?

—Bueno, podéis asaltar mi armario, a lo mejor os sirve algo.

—Sí, seguro. Yo podría ponerme alguna de tus falditas e ir enseñando las bragas, pero no iba a estar muy adecuada para una reunión con nuestro fideicomisario, ¿no crees?

Intentó reírse al ilustrar la imagen que Paty acababa de poner en su cabeza, con una de sus

faldas a modo de cinturón, dada la longitud de sus piernas, pero un agudo pinchazo en la sien le hizo desistir de inmediato.

—La verdad es que no. Creo que será más oportuno que pases por tu hotel —alegó en cambio—. Yo me encargo de bregar con Gabriela y Beatriz.

—Sí, va a ser lo mejor. —Patricia apuró su café y, tras regresar a la habitación para ponerse los pantalones y recoger sus pertenencias, desapareció sin mediar más palabras.

Despertar a Gabriela no fue tan complicado como a Beatriz, si bien cuando lo consiguió esta no insistió en quedarse remoloneando en la cama, ya que se levantó a toda prisa para ir corriendo al baño al ritmo de sus arcadas. Cuando salió de allí, con el mismo tono de piel que una aparición, tenía aspecto de que le hubiera pasado por encima todo un escuadrón de infantería, la mitad del batallón de anfibios del Tercio de Armada de San Fernando, dos o tres coches de bomberos e incluso el carrito de los helados. Se la veía hecha una piltrafa.

Ella estaba esperándola con un té bien cargado en una mano y un comprimido de analgésico en la otra. Lu dio cuenta de ambas ofrendas en un abrir y cerrar de ojos.

—Recuérdame que no vuelva a beber en mi vida, Ana —pidió quejicosa cuando se sintió capaz de abordar un mínimo proyecto de conversación.

—Siempre dices lo mismo cuando te despiertas en estas condiciones.

—Si es que vosotras tres sois muy perniciosas para mi salud, *joer*.

—Oye, que no fuimos nosotras las que anoche nos empeñamos en hacer el juramento fabiano —le recordó.

—Calla, por favor, que no puedo reírme —susurró llevándose las manos a la cabeza y ahogando como pudo la carcajada que escapó de su pecho.

—¿Quieres mirar si te sirve algo de mi ropa y te das una ducha antes de ir a la reunión con Mario?

—Ostras, se me había olvidado —exclamó lo más alto que pudo, que apenas resultó ser un murmullo apagado—. ¿Crees que tendrás algo que me sirva?

—Sí, seguro. Más o menos tenemos la misma talla y, total, tampoco hace falta que vayamos como si fuésemos a una boda, ¿no?

Renqueando, Lu entró de nuevo en la habitación y empezó a hurgar en los armarios del vestidor mientras ella buscaba un conjunto de ropa interior que pudiera servirle.

Gabriela aprovechó para unirse a la reunión en ese momento, envuelta en una toalla, recién salida de la ducha.

—Yo me conformaría con una blusa, si tienes, y unas bragas limpias —pidió—. Patricia me ha dicho, antes de marcharse a su hotel, que nos espera en el quiosco de La Caleta a las diez menos cuarto. Que no llegemos tarde.

—Vale, voy a ducharme a toda prisa —aceptó Beatriz, con unos de sus vaqueros y un jersey de pico rojo en las manos—. ¿Me dejas también los potingues de maquillaje, Ana?

—Por supuesto. Encontrarás toallas y todo lo demás en los armarios del cuarto de baño —le explicó ella mientras se dirigía con Gabriela al ropero para avituallarla como se merecía, al tiempo que elegía para ella misma algo con lo que sustituir el albornoz que todavía llevaba puesto.

Minutos más tarde, las tres iban al encuentro con Mario en un taxi, después de haber dado cuenta de un frugal desayuno. Ninguna fue capaz de meter gran cosa al estómago.



Capítulo 10

—¿Por qué susurras? —la voz le llegó en otro susurro tan suave como el de ella.

—Me dijeron que usted... es decir, alguien mencionó que usted sufría los efectos de un exce... —carraspeó, elevando la voz para rectificar rápidamente—. Un dolor de cabeza, señor. Mi hermano Drew siempre se queja de los ruidos cuando se ha... cuando le duele la cabeza.

Amable y Tirano, Johanna Lindsey

Mario vio llegar a las cuatro Tulipanes mucho antes de que ellas repararan en él. No parecían demasiado alegres, caminaban por la acera en perfecto silencio, de dos en dos.

Eran un curioso grupo porque, aunque eran totalmente diferentes entre ellas, se las veía en perfecta sintonía. Entre todas cubrían toda la gama de tonalidad de cabellos: castaño con mechas rubias, moreno, rubio y pelirrojo. ¡Qué peligro! De pronto supo cómo debía de sentirse Charlie al ser abordado por sus ángeles. Tan decididas, tan a por todas, tan espectaculares... Y, encima, él contaba con superávit, que estas eran cuatro y no tres. ¡A ver quién era el guapo que se enfrentaba a semejante batallón de estrógenos y salía ileso!

Beatriz fue la primera en localizarlo y, adelantándose al resto, se dirigió a él con decisión sin retirarse las gafas oscuras de los ojos. Tenía mala cara, aunque sus amigas no lucían mucha mejor fachada.

—Hola, canija. ¿Qué te ha pasado? —La saludó con dos besos y un abrazo—. ¿Te has caído del ti vivo y te han pasado todos los cacharritos por encima?

—¡Chist! Calla. No me grites al oído.

—Vaya, vaya, alguien tiene resaca. —Y se rio sin recato, aunque enseguida se puso serio al recordar la última vez que vivió una situación similar con ella—. Anoche hubo noche de Tulipanes, ¿verdad? ¿Estuvisteis celebrando vuestra herencia?

Lu no contestó y se limitó a alzarse de hombros; Ana lo taladró con la mirada, aunque eso solo era una suposición porque tampoco se quitó las gafas, si bien sintió sus dagas reprobatorias perforarle alguna parte doliente de su anatomía; la rubia intentó reírse antes de echarse las manos a las sienes, y la pelirroja... Esa fue la única que barbotó una palabra: «imbécil».

¡Empezaba bien el día!

Ignorándolas, sacó del bolsillo las llaves del palacete para abrir la puerta y les franqueó la entrada.

—Bien, os enseñaré todo esto. Tened cuidado en las zonas que están en obras, como las escaleras y la mayor parte de la segunda y tercera planta.

Y sin más, tomó la delantera para hacer de perfecto guía turístico.

—¡Madre mía, esto es impresionante! —escuchó exclamar a Ana—. Si está impecable...

—No —la rectificó él—. Las dependencias interiores están sin tocar. Solo están restauradas

las zonas comunes y los patios. También la montera central acristalada es nueva. En cuanto a las escaleras, esperamos tenerlas listas esta semana.

—Mejor —dijo la rubia—, así nosotras podremos hacer lo que queramos en las habitaciones, ¿no?

—No, Gabriela —la rectificó Ana, sin que a él le diera tiempo de sacarla de su error—. Este edificio está protegido y seguramente no podremos hacer lo que queramos, ¿no es cierto? —preguntó dirigiéndose a él.

—En efecto, no podréis saliros mucho del guion, aunque ya tenemos permiso para acometer las obras de muchas de las dependencias. No obstante, y ahora que vosotras vais a ser las propietarias, antes de seguir adelante sería importante saber qué pretendéis hacer con la casa en un futuro más o menos próximo. ¿Habéis tomado ya alguna decisión?

—Bueno, hemos pensado... —Lu parecía indecisa para seguir con las explicaciones—. Se lo cuento, ¿no? —preguntó a las otras tres, que afirmaron con la cabeza con diferentes grados de conformidad.

—Un momento —interrumpió él a su amiga—. Antes de nada, no quiero que me veáis como a un enemigo, yo estoy en vuestro equipo. Soy vuestro arquitecto y el administrador de vuestros bienes, así que será mejor que intentéis ser lo más sinceras posible conmigo, para que ninguno de los cinco perdamos nuestro valiosísimo tiempo. ¿De acuerdo? —dijo mirando directamente a Ana, que sabía que era la persona que más problemas podía plantearle, tanto personal como laboralmente.

—Pues, ya que estás tan colaborador —recogió el guante que acababa de lanzarles la pelirroja—, ¿podrías darnos alguna idea de qué hacer con este pedazo de inmueble?

—Perdona, no recuerdo tu nombre... —comentó, puesto que el día anterior estuvo tan pendiente de Ana que no se enteró de quién era Gabriela y quién Patricia—. Sé que nos presentaron ayer, pero no me quedé con él. A Lu y a Ana ya las conozco, pero por favor, refrescadme la memoria, vosotras dos sois...

—Patricia. Me llamo Patricia Hansen. Soy abogada mercantil y vivo en Almería —se presentó.

—Y yo, Gabriela Torres —la imitó la rubia, con un tono de voz mucho más dulce que la anterior—. Soy *community manager* y vivo en Barcelona, pero ambas vamos a venirnos para acá en cuanto nos den la cuenta en nuestras respectivas empresas y hagamos las maletas.

—Encantado —repuso dándoles la mano a las dos—. Supongo que ya lo sabéis, pero os lo repito por si acaso, mi nombre es Mario Guerra.

Ambas correspondieron a su saludo. Gabriela acompañó el apretón con una amigable sonrisa. Patricia, en cambio, permaneció seria y se masajeó con suavidad la sien. Debía de estar matándola el dolor de cabeza.

—En cuanto a tu pregunta, Patricia —siguió diciendo él, con voz tranquila y sosegada, para no aumentar aún más el malestar de las chicas—, te diré que las posibilidades de esta casa son infinitas, pero todo depende de lo que penséis hacer vosotras. Si lo que os planteáis es vivir aquí, se pueden hacer cuatro viviendas individuales, repartiéndoo las zonas comunes. Pero si lo que habéis decidido es explotarla como negocio, necesito saber en qué tipo de empresa tenéis puestas vuestras miras.

—Verás —atajó el tema Lu—, hemos pensado que podríamos hacer un hotel, de esos que llaman «con encanto», y poner salas para celebrar eventos. Llevaríamos la gerencia entre las cuatro, pero no viviríamos aquí. Al menos, Ana y yo, no. Gabriela y Paty es posible que ocupen dos de las habitaciones de modo permanente.

—Bien. En ese caso, os haré un recorrido planteándoos posibilidades con ese fin. Esperemos que en Patrimonio no nos pongan pegas y nos den permiso para convertir esto en un hotel, aunque de ese problema ya nos ocuparemos cuando surja. Además, entre Patricia y yo seguro que podemos solventarlo, ¿verdad? —apostó intentando ganarse a la abogada, que parecía el hueso más duro de roer.

Su intención era que entre todos ellos hubiera una buena sintonía. No tenía ningún sentido empezar aquella relación laboral poniéndose en contra a las clientas, ya que, impuestas o no, era lo que ellas representaban para él.

Patricia confirmó y le sonrió por primera vez.

«Primer escollo salvado», pensó para sí mismo. La joven tenía una dentadura preciosa y su rostro se dulcificó bajo el reflejo de su sonrisa.

—Como veis —siguió diciendo ante el mutismo de las chicas, posiblemente producto de la resaca que padecían—, a continuación de la casapuerta se abre un gran patio central, de más de quinientos metros cuadrados, rodeado de tres pisos superiores abalaustrados y un jardín interior de diez metros por catorce. En las alas este y oeste se levantan dos torres miradores, con dos pisos más cada una, y hay dos plantas de sótano, cuyos cimientos han sido reforzados hace pocos años.

De pronto detuvo su perorata al observar que Gabriela, nada más poner un pie en el patio central, se paraba en seco y se quedaba rezagada con respecto al resto del grupo mientras daba vueltas sobre sí misma mirando en todas las direcciones, como si buscara a alguien.

—Chicas, por favor, no os despistéis ni os separéis —les pidió—. Hay muchas zonas en obras y no quisiera que ninguna sufriera un accidente.

—Perdón —repuso la rubia con una sonrisa, al tiempo que se aproximaba a ellos.

—¿Qué te pasa, Gabriela? ¿Te encuentras bien? —le preguntó Beatriz, acercándose a ella con disimulo.

—Lu, aquí hay «muertitos». ¡Muchos! —la escuchó decir en voz baja, con la cara demudada. Y aunque no supo a qué se refería, percibió el escalofrío que sobrecogió a Beatriz.

—Anda, déjate de bobadas —la amonestó Lu en un susurro—. No vayas a empezar con tus tonterías de cuando estábamos en el Santa Brígida.

—No son tonterías, Lu —insistió Gabriela, en el mismo tono—. En el cole había «muertitos» y aquí... también.

—¿Chunguis? —le siguió la corriente Beatriz.

—Parece que no, pero todavía no lo sé.

—¿Qué pasa? ¿De qué habláis? —les preguntó él, intrigado con aquella extraña conversación.

—De nada —repuso Gabriela de inmediato, como si hubiera sido pillada en un renuncio—. Estaba preguntando a Lu dónde íbamos a poner la piscina.

—¿Pero tú eres boba, Gabriela? —la increpó Ana—. ¿Dónde narices quieres poner una piscina en una casa palacio del siglo XVIII ubicada en el centro de Cádiz? ¿Qué te ocurre? Estás rarísima.

—Nada —contestó despistada, sin mirar a su amiga siquiera—. Es que quiero que nuestro hotel tenga piscina. A mí me gustan...

—Gabriela, cariño —la consoló Paty, echándole un brazo por encima del hombro—, aquí no hay espacios para piscina. Mira qué piscina más grande tienes allí enfrente —indicó señalando hacia la playa.

—No me gusta la playa, Paty. Yo quiero...

—¡Piscina! —dijeron las tres al unísono, coreadas por él mismo.

—Jo, me duele la cabeza —lloriqueó—. No os riáis de mí. —Y se apartó de Patricia para dirigirse hacia el corredor que bordeaba el patio y se asomaba entre las columnas.

—Bueno, Gabriela —aplacó él su infantil pataleta, cogiéndola a su vez por el hombro que la pelirroja acababa de soltar y acercándola de nuevo al grupo—, a lo mejor podemos hacer algo y construirte una piscina en el sótano. Así, además de habitaciones y salones para eventos —se dirigió a las cuatro—, podríais tener un spa, lo que daría más valor al inmueble y os serviría para tener unos ingresos extras —propuso.

Todas, menos Gabriela, que seguía despistadísima, se miraron unas a otras en silencio hasta que, al final, dos pares de ojos confluyeron en Ana, a la que tácitamente acababan de nombrar portavoz en cuestiones de distribución y diseño.

—¿Sabes que no es mala idea? —aceptó Ana, por fin, asumiendo la responsabilidad y olvidándose de las rarezas de su amiga—. Podríamos hacer una especie de terma romana, con chorros, saunas y cabinas. ¿Crees que nos darían permiso en Patrimonio?

—En principio, ese no sería el mayor de nuestros problemas. Los sótanos no son espacios protegidos. Hace tiempo se inundaron y se perdió todo lo que había, por eso hubo que reforzar los cimientos. Así que lo podemos mirar, creo que allí nos darían permiso para hacer lo que quisiéramos.

—¿Qué habitabilidad tiene este edificio? —cuestionó de nuevo Ana.

—Dos mil novecientos cuatro metros cuadrados por planta, teniendo en cuenta los espacios comunes. Más las dos torres, que tienen ciento veintiún metros cuadrados en cada piso —respondió de inmediato, ya que esa pregunta era fácil y la llevaba preparada porque sabía que iban a hacerla

—¿Y cuáles son las zonas protegidas?

—Todas las que ves remodeladas, que se han remozado con materiales de la época, así como las fachadas, los miradores, las ménsulas, las columnas, las balconadas exteriores e interiores, las escaleras imperiales... ¿Sigo?

—No, déjalo, que ya me están dando mareos.

—Resumiendo, podemos decir que están casi libres de especificaciones los dos últimos pisos, que eran los que se dedicaban al servicio, y los sótanos.

—En ese caso, ni tan mal, más de la mitad. Aun así, esto va a ser la obra de El Escorial.

—No te preocupes, que todo eso que te he enumerado no es necesario tocarlo porque ya está hecho o en proceso. En cuanto a los salones y habitaciones, también hay algunas especificaciones, pero no tantas como en los lugares que he comentado, y atañen, sobre todo, a techos, yeserías decorativas, frescos, etcétera.

—¿Y los colores de las paredes?

—Ahí tenemos dónde elegir. Estos que ves aquí: turquesas, *beige*, blancos y otros tonos pasteles son los originales y Fina Quesada no quiso cambiarlos, pero si no os gustan podemos...

—No, no, son preciosos. ¡Y el suelo del patio, con esas baldosas blancas y grises haciendo filigranas, es una maravilla!

—Los suelos sí que están protegidos. Todos.

—No importa, son espléndidos. Y, además, parecen perfectamente mantenidos o remodelados. ¡Me encantan!

—¡Y eso que no has visto las lámparas y las estatuas que adornan todo esto! Están guardadas en uno de los sótanos, junto con gran parte del mobiliario, francés e italiano, los cuadros de

autores de renombre, los jarrones chinos de incalculable valor y una colección de relojes —recitó él, intentando transmitir la grandiosidad de todo lo que habían heredado.

—¡Madre mía! —exclamó Ana, reteniendo la respiración y quitándose, por fin, las gafas—. ¿Y todo eso es nuestro?

Él se limitó a confirmar con la cabeza.

—Incluso hay cuadros de Zuloaga, Goya, Ingres o los Madrazo —remató.

—Pero eso va a ser un problema —sentenció Patricia, interrumpiendo la conversación que ellos dos monopolizaban hasta ese instante—. ¿Os imagináis la seguridad que necesitaríamos aquí para que pudiéramos exponer esas pinturas?

—Bueno, siempre las podéis ceder a algún museo de manera definitiva o temporal —adujo él, totalmente de acuerdo con los prejuicios de la abogada—. Es más, esa podría ser una baza con la que jugar para alcanzar algunos acuerdos con la Administración y Patrimonio.

Vio que Patricia entrecerraba los ojos, calculadora.

—Sí —aprobó esta—. Ese punto habrá que estudiarlo. Podemos usar las donaciones como moneda de cambio. ¡Muy bien pensado, arquitecto!

—Gracias, letrada —repuso en el mismo tono, con sorna.

Tras hacer un pequeño recorrido por lo que en tiempos fue un enorme salón de baile de más de cuarenta metros de largo, la capilla —presidida por una imagen de la Virgen de la Palma de la escuela sevillana, de principios del siglo XVIII, situada bajo un templete neoclásico y frente a un altar de mármol—, la biblioteca y el resto de los salones de la planta baja, algunos de los cuales aún conservaban el mobiliario original, descendieron al primer sótano para visitar las cocinas.

—Como veis —siguió explicando él—, todo está en perfectas condiciones de mantenimiento, ya que esta casa, a diferencias de otros palacios de la ciudad, siempre ha estado habitada por sus propietarios. Doña Fina fue la única duquesa que no vivió aquí, pero se encargó de hacer la reforma que ahora veis tras la muerte de su madre.

—Es fabuloso —exclamó Beatriz—. Y esta cocina es bastante moderna.

—Sí, la anterior duquesa de Holguín, es decir, la madre de doña Fina, la mandó acondicionar y remodelar para dar servicio al palacio cuando el primer sótano se vino abajo.

—Pero no nos serviría como cocina de hotel. Habría que instalar una industrial, ¿no?

—Sin duda —respondió por él Ana—. Pero, según ha dicho Mario, no tendríamos ningún problema. Desde luego, aquí hay poco que quiera salvar Patrimonio.

—En efecto —corroboró él—. Y ahora, si queréis, subimos a las otras plantas. Agarraos a la balaustrada, no vayáis a escurraros con los materiales de obra; estamos sustituyendo algunos de los peldaños de mármol que estaban deteriorados o rotos. ¡Gabriela! —volvió a llamar a la rubia—, no te apartes, no vayas a caerte.

Las muchachas no eran capaces de dejar de soltar exclamaciones de asombro a medida que iban pasando por los salones y habitaciones, completamente enamoradas del entorno y las obras de arte que iban descubriendo a cada paso. Sobre todo, Ana, que a veces se quedaba ensimismada con una pieza y parecía encontrarse en el séptimo cielo.

Incluso, a menudo, se olvidaba de la tirantez subyacente entre ellos y lo abordaba con comentarios y preguntas que dejaban ver su entusiasmo y la convertían en esa persona relajada y desinhibida que él conoció una noche, hacía ya demasiadas madrugadas.

Estaba radiante. Sus ojos chispeaban y era incapaz de borrar la sonrisa que iluminaba sus labios.

—¡Dios, lo que voy a poder hacer con esto! —exclamó al entrar en la sala de fumador de la

primera planta, decorada como un salón árabe con zócalo de azulejos y paramentos y arcos nazaries, que contenía una colección de teteras y cafeteras exóticas—. ¿Estás seguro de que todo esto nos pertenece? —insistió sujetándolo del brazo cuando él iba a abandonar la estancia.

El roce de sus dedos sobre la piel le hizo dar un respingo. Por suerte, ella estaba completamente ensimismada en esos instantes con un juego de preciosas mesas de marquetería y no fue consciente de su reacción. No hubiera sabido qué decirle si le hubiera preguntado el porqué de esa convulsión.

Desde luego, lo que no pensaba era reconocer que sintió mil hormigas que, en veloz carrera, bajaron desde su brazo hacia otras partes menos inocuas de su anatomía para ir a alojarse en su bajo vientre, lo que le paralizó las entrañas y la respiración y provocó que los músculos de su cuerpo se tensasen. Todos. Sin excepción.

Fue una respuesta espontánea e inmediata que le hizo replantearse seriamente sus convicciones. Hubiera jurado que, después de haberla conocido y saber cómo trataba a los hombres, ella sería incapaz de volver a despertar en él ningún deseo, ni siquiera alguna sensación, y que era totalmente inmune a sus encantos femeninos. Bien, al parecer se equivocaba. La incomodidad que sentía en esos instantes era testigo.

Una incomodidad que se prolongó durante el resto de la visita, a razón del brillo de sus oscuros ojos, la amplitud de sus sonrisas o los gritos y jadeos entrecortados de asombro que, sin pretenderlo, traían a su memoria recuerdos de otros gritos y otros jadeos que creyó olvidados

—Aquí podríamos poner una súper sala —interrumpió sus cavilaciones Beatriz, al llegar al último piso—. Una con vistas a la playa, que sea la joya de la corona, para los eventos especiales. Incluso, ¿sería posible que dispusiera de paneles móviles para dividirla en caso de necesidad, Mario?

—Lo miro. Creo que sí —repuso él, un tanto descolocado todavía. Y tomó nota en la libreta en la que iba apuntando los comentarios de ellas—. Pero ¿no preferiríais que, en este espacio, construyéramos mejor tres suites con vistas al mar?

—No está mal pensado —aceptó ella—. O las habitaciones de Paty y Gabriela...

—Bueno, para ellas yo iba a proponeros las dos torres miradores. Son grandes, caben cuatro apartamentos amplios, uno por planta en cada torre, y son independientes. Si Ana y tú no queréis ocupar los que os corresponden, podéis alquilarlos o utilizarlos como despachos u oficinas.

—¿Y para cuándo podrías tener listos al menos dos de esos apartamentos? —preguntó Patricia.

—Esa remodelación ya pensaba hacerla doña Fina, así que ya tenemos el visto bueno de Patrimonio. Calculo que, como mucho, en un par de meses estarán habitables, aunque tendríais que convivir con el resto de las obras. ¿Para cuándo los necesitáis?

—Por mi parte está bien en ese plazo —aceptó Patricia—. De todas formas, tampoco puedo trasladarme antes.

—Por la mía, también. Creo que podré soportar a mi abuela dos meses sin que me dé un *telenguendengue*.

Todos rieron ante la expresión de Gabriela y la cara de horror y resignación que a partes iguales compuso la chica para acompañar sus palabras.

La visita todavía se alargó durante un buen rato más. Hicieron un segundo recorrido y cada una de ellas fue aportando ideas de lo que esperaban que se convirtiera aquel palacio: zona de recepción, despachos, salas de juntas, salones para eventos...

La imaginación y los requerimientos de ellas eran inagotables, menos mal que doña Fina había dejado suficiente dinero para todo eso y más. Lo único que le preocupaba era su salud mental.

Aquello no iba a ser cuestión de un par de meses y sabía que al frente del proyecto iba a erigirse Ana, a la que cada vez se la veía más implicada y con montones de sugerencias. Estaba seguro de que ese reto iba a darle más de un dolor de cabeza, y no solo en cuestiones laborales.

Resopló, inseguro de ser capaz de salir airoso de aquella prueba.

—¿Tienes planos del edificio? —le preguntó Ana, demostrándole que sus peores augurios habían dado en la diana.

—Sí. ¿Quieres copia de ellos? —le ofreció plegándose a lo que no tenía ningún fin hacer difícil sin motivo—. Si pasas por el estudio, no tengo ningún problema en darte una.

—Pues sí, me vendrían genial. —Sabía que iba a recibir esa respuesta.

—¿No preferirías tenerlos una vez planteada la nueva distribución?

La pregunta era apostar a caballo perdedor, pero tenía que intentarlo. No quería que ella se pusiera a diseñar por su cuenta y que comenzaran los problemas y encontronazos entre ambos.

—¡Claro que lo preferiría, pero dudo que vaya a ser capaz de aguantar hasta que los tengas hechos! —reconoció ella, sorprendiéndolo. Al parecer no iba a poner inconvenientes *per se*—. Eso no se hace en un par de días.

—Pues no, tienes razón, ni siquiera en una semana. Aunque, de todas formas, debería darme prisa si quiero presentar a Patrimonio el expediente de cambio de uso del edificio.

—Aun así, no voy a soportarlo. Además, supongo que para ese expediente necesitarás los datos de diseño técnico y decoración interior, ¿verdad?

—Sin duda —aceptó él—. Eso quiere decir que esa parte vas a querer hacerla tú y que puedo decir a mi arquitecto de interiores que vaya despidiéndose del trabajo, ¿no es cierto?

—Bueno, sin intención de decirte lo que deberías de hacer con tus trabajadores, yo que tú iría buscando otro proyecto en el que ocuparlo —confirmó—. Porque, desde luego, de este la encargada seré yo.

En fin, no era que aquella respuesta lo pillara de sorpresa, pero ella enfocó la cuestión sin dejar ni un solo resquicio en el que hacer palanca para dejarla al margen.

—En ese caso, si me prometes que no vas a ser demasiado quisquillosa ni me vas a llevar la contraria por sistema, te propongo un trato.

—¿Qué trato? —quiso saber Ana, suspicaz.

—Que trabajemos juntos en el expediente y el proyecto —planteó resignado cuando se dio cuenta de que, una vez sugerida la *Entente Cordiale*, ya era demasiado tarde para echarse atrás y no terminar la idea. No sabía de dónde había salido esa ocurrencia tan descerebrada, debía de ser masoca.

—¿Estás seguro de querer hacer eso? —cuestionó ella, incrédula.

—Qué remedio —reconoció—. Al menos así no te sentirás al margen ni me harás repetir mil veces los planos solo porque algo no te guste —esgrimió intentando convencerse, de paso, a sí mismo—. De ese modo, los dos ahorraremos tiempo y energía.

Capítulo 11

—¿Por qué discutes conmigo? [...] ¿No dices que no soportas las lágrimas femeninas? —Mac decidió que la obstinación femenina era mucho peor, así que cedió con un suspiro de resignación.

—Si te pones así.

Amable y Tirano, Johanna Lindsey

Ana no podía despegar la mirada de la tarjeta de visita que Mario le entregó el día anterior, junto con la invitación de que a las diez estuviera en su estudio para empezar a trabajar en los nuevos planos de su futuro hotel.

Por supuesto, no había pegado ojo en toda la noche. ¿Cómo podría habersele ocurrido aceptar la propuesta de trabajar juntos?

En su descargo solo podía alegar que estaba tan emocionada con la Casa de los Tulípanes que apenas se dio cuenta de su metedura de pata. No debería haber bajado la guardia, y no lo hubiera hecho de ningún modo de no ser por su estado de excitación ante tanta maravilla que, de pronto, acababa de descubrir que les pertenecía a ella y a sus tres amigas.

¿Dónde quedaban ahora todas las promesas hechas a sí misma? ¿Sus buenas intenciones? ¿Su convencimiento de no volver a trabajar codo con codo con ningún arquitecto?

Y, si tenía en cuenta que el arquitecto en cuestión con el que había aceptado colaborar resultaba ser Mario, era para matarla. Pero no de un tiro definitivo, no, sino muy despacio y previa tortura. ¿En qué estaba pensando cuando dijo que sí?

Desde luego, ya no podía echarse atrás. Primero, porque quedaría como una niña caprichosa y despechada cuando era una mujer hecha y derecha. Y segundo, porque tampoco era que quisiera hacerlo de verdad; más que su orgullo, pesaban su curiosidad y su necesidad de estar implicada en el proyecto todo lo que pudiera.

Además, como diría Gabriela, cada cual tenía que aceptar su karma con dignidad, por poco que le gustara el que le hubiese tocado. Y el suyo era... jodido, muy jodido.

Miró el reloj de la cocina, inquieta, a sabiendas de que le quedaba poco tiempo para seguir lamiéndose las heridas. Hasta la Alameda Apodaca, en autobús, tenía un trayecto de media hora, mínimo, y no quería llegar tarde. Si no se apuraba, perdería el que pasaba en diez minutos y tendría que coger un taxi. Sacar el coche del garaje para ir hasta allí estaba fuera de toda lógica, ya que circular por el casco antiguo y encontrar aparcamiento era una tortura. ¡Ni pensarlo!

Apuró la segunda taza de café de la jornada de un trago, tomó el bolso que colgaba del perchero y salió a toda prisa. Aún tenía por delante una pequeña caminata de cinco minutos hasta la parada.

«¡Anda que se ha buscado mal sitio para poner el estudio de arquitectura!», pensó cuando se apostó frente al edificio en cuestión. Las vistas debían de ser impresionantes desde allí, ya que estaba situado en un lugar privilegiado de la bahía, con el puerto de Cádiz a la espalda, las

murallas de San Carlos a la derecha y el baluarte de La Candelaria a la izquierda. Incluso era posible que desde su terraza se divisaran las casitas del poblado mariner de Puerto Sherry.

Si hubo algo que echó de menos mientras vivió en Londres, fueron aquellas vistas del océano, sus carreras matutinas por la playa, ver caer los rayos en el horizonte las noches de tormenta... Por eso el factor determinante para elegir su nueva vivienda fue que tuviera vistas al mar.

El rugido de una potente motocicleta que subía a la acera le hizo dar un respingo y la sacó de inmediato de sus cavilaciones. Estaba decidida a echar la bronca al conductor como se merecía, que tenía sitio de sobra para parar unos pocos metros más adelante, o detrás, pero su rapapolvo quedó olvidado al ver la máquina, ¡era una belleza!

Sí, le entusiasmaban las motos. Y más si eran buenas y flamantes como aquella BMW K1600 B. Estas entraron en su vida y se quedaron allí para siempre desde que, en el verano de su segundo año de carrera, mantuvo un alocado romance con Pirri, un niño bien de El Puerto de Santa María que estaba muy metido en el mundillo del motociclismo. Corría en 250 cc en los campeonatos de la época, que luego pasó a llamarse «Moto2», aunque, que ella supiera, nunca llegó demasiado lejos.

—Buenos días, Ana —escuchó decir al conductor, que se había levantado la visera del casco para saludarla—. Qué puntual eres, todavía no son las diez.

«¡Oh, no! No puede ser. No me puedo creer que Mister Godiva sea el propietario de este pedazo de maquinón». Y no supo si sonreír o ponerse a llorar. «Por favor, Diosito, que no se le ocurra mirar para abajo porque se me acaban de caer las bragas al suelo».

—Hola, Mario —contestó como pudo—. Vaya moto, ¿no? —comentó acercándose a ella para pasar la mano con veneración por la metalizada pintura azul noche.

—¿Te gustan las motos? —dijo mientras descendía de ella y la subía al caballete con pericia.

—¡Me encantan!

—Pues cuando quieras te doy una vuelta.

Si por ella hubiera sido, le habría dicho que quería en ese preciso instante, pero aquella debía de ser una frase hecha que dedicaba a todas esas féminas a las que iba poniendo a sus pies a vuelta de revoluciones, puesto que ya estaba guardando el casco y los guantes en una de las maletas.

Con una sonrisa, como si aquello fuera lo más normal del mundo, se bajó la cremallera de la chupa, tomó la mochila que acababa de dejar sobre el asiento y cerró todos los compartimentos con el mando a distancia que sacó de uno de los bolsillos.

—¿Tomamos un café antes de subir al estudio? —propuso con indiferencia—. Yo desayuno todos los días aquí, en el Balandro. En mi casa me da una pereza...

«Cierra la boca, imbécil», se amonestó a sí misma.

Aquella mañana estaba muy distinto, y no era porque ella lo estuviera viendo con otros ojos a causa de esa locura que tenía con las altas cilindradas, sino porque era la primera vez que lo veía sin traje y tenía que reconocer que aquellos pantalones vaqueros, que le marcaban un perfecto y mordisqueable trasero, y la cazadora de cuero, que le potenciaba la cintura y le remarcaba la amplitud de los hombros, le sentaban...

«Madre mía, Mario, debes de ir recogiendo bragas a tu paso, hijo, con ese porte, esos arrebatadores ojos verdes y esa *motaca*».

—Vale —contestó en cambio, con intención de sacarse de la cabeza aquellos pensamientos tan perturbadores—, yo nunca digo que no a un café.

Mario se apartó de la mesa de planos con dificultad, necesitaba espacio para poder respirar,

así que se retiró con la excusa de ir a su despacho a realizar unas llamadas pendientes.

Temía hacer alguna tontería si no se alejaba de Ana; le costaba trabajo sujetar las manos. El olor que emanaba su melena cada vez que se movía le inundaba el cerebro; fresco y limpio, con un toque a flores y bergamota, que le recordaba a los jardines calabreses de su querida Italia y le hacía hormiguar la punta de los dedos en su deseo por llevárselo a la nariz.

Para su desgracia, pensar en Ana y en Italia al mismo tiempo lo transportaba, irremediadamente, a una noche que más le valía olvidar.

Además, esa mañana estaba preparado para afrontar a una Ana muy diferente; posiblemente, la verdadera Ana. Estaba seguro de que, por fin, vería la patita de esa desconocida que le sacó las uñas en Roma; una mujer quisquillosa y tocapelotas que, disfrazada de profesional exigente, pondría en tela de juicio todas y cada una de sus decisiones. Pero hasta ese momento aún no había hecho aparición.

Más bien todo lo contrario. Frente a sí tenía a una Ana encantadora y colaborativa, a la que no sabía muy bien cómo manejar.

Cuando él le comentó, mientras desayunaban, que ya tenía algunos bocetos preparados, a tenor de los apuntes tomados durante la visita al Palacio de los Tulipanes de ella y sus amigas, frunció la nariz, pero se relajó enseguida y se interesó por ellos.

¡Y menos mal! Ya que lo último que le apetecía era haberse pasado toda la tarde y parte de la noche trabajando y que no sirviera para nada. Pero lo hizo porque necesitaba un tema de conversación que facilitara la comunicación entre ambos, sin tener que tocar algún otro que pudiera relacionarse con su ya inexistente relación personal.

La estrategia le salió tal y como esperaba. En cuanto puso sobre la mesa de la cafetería el portátil que llevaba en la mochila y empezó a mostrarle alguna de esas ideas, ella relajó el ceño y se dedicó a aportar cambios y detalles que, tenía que admitir, estaban muy acertados en la mayoría de las ocasiones.

Sin apenas darse cuenta, lo que en principio solo iba a ser un café rápido terminó convirtiéndose en una reunión informal de casi dos horas. Hubiera jurado que ella hacía todo lo posible para no subir al estudio, como si al encontrarse en terreno neutral se sintiera más libre y distendida.

No le importó percatarse de su jugada. Podía permitirse darle ese gusto, él tampoco tenía prisa por encontrarse con el dragón que preveía que aparecería más pronto que tarde. Sin embargo, llegó un punto en el que no pudo postergarlo más. Sobre todo, cuando ella le pidió ver los planos físicos y los proyectos en ejecución, o pendientes de ser abordados, ya aprobados por Patrimonio.

Y, aun así, a pesar de lo que esperaba, una vez en sus dominios la actitud de ella tampoco varió. Su comportamiento siguió siendo impecable.

Impecable e implacable. Porque cuando algo no le gustaba no tardaba ni cinco minutos en dejárselo claro. Eso sí, con un tono de voz tan dulce, solícito y moderado que... De hecho, no dudó a la hora de exigirle que paralizara o buscara alternativas para algunas de las reformas aún no iniciadas, puesto que, según le decía, no encajaban demasiado con la idea que ella tenía en la cabeza.

Tardó un buen rato en darse cuenta de que era como una anaconda sibilante, capaz de enamorar a su próxima víctima solo con la mirada. Hasta el punto de que en más de una ocasión se encontró acatando sin rechistar peticiones que, en cualquier otro caso, habría rebatido hasta la saciedad. Odiaba tirar por tierra la labor de horas, suyas y de su equipo.

«Mario, chaval, o retomas las riendas de esto, o vas a acabar muy mal», se previno a sí mismo.

«Si no te andas con cuidado, vas a caerte con todo el equipo».

De ahí todo aquel estado de excitación, provocado por lo que él auguró que iba a pasar y lo que en realidad estaba ocurriendo, que lo hacía sentir como un pollo en un matadero sin saber cuándo caería la cuchilla asesina sobre su cuello.

Además, verla desempeñarse con esa seguridad y aplomo era el culmen de su desasosiego. Para nada lo ayudaban sus movimientos sinuosos; sus exclamaciones y suspiros de satisfacción cuando algo la subyugaba; sus veladas sonrisas, que se cuidaba mucho de dedicarle abiertamente... Pero, desde luego, lo que más lo desestabilizaba eran sus largas uñas de perfecta manicura, cada vez que las hacía resbalar por el papel para señalar alguna cota o detalle. No podía evitar recordar las sensaciones que despertaron en él la única que vez que ella las paseó sobre su piel.

«¡Te he dicho que pares, chalado!», se autorregañó de nuevo.

Lo peor de todo era que tenía por delante semanas, mejor dicho, meses de calvario antes de poder perderla de vista. Más valía que se moderara a la hora de dejar volar la imaginación.

Claro que la visión que tenía delante en esos momentos, desde el sillón de su despacho, en el que estaba sentado, no era la más adecuada para aplacar sus instintos. Ana, de pie y ensimismada en la toma de unas medidas, llevaba el ritmo de la música que sonaba por los altavoces del hilo musical, volcada sobre los planos. Sus ajustados vaqueros blancos, que marcaban la redondez de sus nalgas bailarinas, tenían gran parte de la culpa.

—¡Mario! —lo llamó ella en ese instante, volviéndose de repente para pillarlo en flagrante delito, con el auricular del teléfono en la mano sin llevárselo siquiera a la oreja—. ¿Puedes venir un momento?

Soltó un suspiro de resignación, que retumbó en el despacho, colgó el aparato y se puso en pie para atender su requerimiento.

—Supongo que tienes un motivo muy válido, pero ¿por qué has puesto todos los salones de eventos en la primera planta en lugar de en la última, a excepción del de bodas, que te pedimos que ubicaras en la baja?

—Porque en los dos primeros niveles, al tratarse de las zonas protegidas —repuso sin tener que pensárselo, puesto que ya contaba con esa pregunta—, sería muy complicado tirar paredes y modificar techos para acortar espacios, que son enormes para vuestras necesidades. Además, tal y como están, quedarían preciosos para los salones y dejaríamos las habitaciones superiores para el hotel, que están en bruto.

—Ah, muy buena idea. —Él entornó los ojos. Le parecía mentira que estuviera siendo tan fácil.

—Por otro lado —continuó sin dar lugar al «pero», utilizando todos los comodines que tenía preparados por si la primera apuesta no le salía bien—, la escalera imperial da mucho empaque para las celebraciones. Es ideal para que las damas se fotografíen con sus grandes galas. En la zona de hotel no lucirían tanto.

—Pues tienes razón, sí, señor. —«Inaudito», exclamó para sí mismo—. Pero... —Ahí estaba ese «pero»—. Creo que esto deberías cambiarlo.

Una de sus perfectas uñas señaló una de las salas. La de la planta baja, para ser más exacto.

—¿Por?

—¿Esta no es la biblioteca?

—Sí.

—Pues en la ahí no podemos poner un salón abierto al público, y menos uno para la celebración de eventos, donde es imposible controlar al personal.

—Pero vosotras dijisteis que en la planta baja queráis poner un salón grande para celebrar las bodas que tuvieran lugar en la capilla —rebatí al acordarse de que acababa de decidir ser menos complaciente—. Y tú me dirás qué hacemos con esa habitación, que es imposible de dividir.

—Pues podríamos usarla como sala de reuniones con los clientes y...

—¡No! —zanjó rotundo—. ¿Dónde vas con una sala de reuniones tan enorme? ¡Estamos hablando de veinte metros de largo por siete de ancho! Además, las oficinas están justo en la otra ala. No lo veo nada práctico.

—Cambia de lugar las oficinas también —propuso con una sonrisa de oreja a oreja—. Además, no necesitamos tantos despachos. Gabriela ha dejado claro que su espacio de trabajo será cualquier sitio donde tenga cobertura para su iPad y Lu y yo deberíamos de compartir el mismo, puesto que nuestra labor va a la par. Patricia es la única que, supongo, necesitará algo para ella sola.

—Y... —dijo molesto al pensar en tener que replantear todo el plano de esa planta— ¿puedes darme una razón válida de por qué no podéis utilizar la biblioteca como salón de eventos? Sería una sala perfecta para reuniones de empresa o impartir talleres —insistió.

—Sí, lo sería. Pero en sus estanterías, por lo que pude ver ayer, hay valiosísimos ejemplares. Me temo que no deberíamos permitirnos el lujo de que algún libro desapareciera y Patrimonio nos pueda buscar las cosquillas.

Aquel argumento, desde luego de peso, tiró por tierra cualquiera de sus razonamientos. En esta ocasión tendría que capitular a su favor, a pesar de haberse propuesto no hacerlo.

—Vale, me has convencido —sucumbió una vez más apelando a su paciencia—. Pero eso nos obliga a rehacer por completo la distribución de la planta baja.

—Creo que no va a hacer falta —lo interrumpió—. Mira, si eliminas toda esta enorme zona de oficinas que has diseñado y colocas ahí la sala para bodas —señaló sobre el plano—, te quedaría un espacio muy similar al que has previsto en el ala oeste.

—¿Y vosotras utilizarías entonces la biblioteca para trabajar? —la interrumpió.

—Sí. Además, la estancia tiene un tamaño suficiente para colocar ahí algunos de los muebles más valiosos que tengamos que quitar de otras salas, como los sofás Chesterfield de piel marrón que están en el salón donde pensamos poner el de bodas. Podríamos colocarlos frente a la chimenea y en los huecos entre las ventanas. Así crearíamos una zona de espera para los clientes que vengan a contratar nuestros servicios o para que Gabriela trabaje en ellos. La mesa de lectura nos seguiría valiendo como mesa de reuniones, tal cual está.

—En ese caso, ¿qué piensas hacer con las mesas de estudio que hay en los huecos dónde quieres poner los sofás o con el escritorio del duque?

—El escritorio se lo pasamos a Patricia y las mesas las movemos al medio de la habitación, cerca de donde ahora está la escalera de caracol que sube a la galería superior, que trasladaríamos a una esquina, y las utilizamos para trabajar Lu y yo.

—Os quedáis sin despacho, lo sabes.

—¿Qué mejor despacho que la biblioteca entera? —argumentó ella—. No necesitamos más. Nos manejaremos con portátiles pero, además, las mesas son enormes. Y, si necesitáramos más espacio, tendríamos la mesa de juntas. Para guardar archivos y documentos podemos utilizar ese mueble de laca china, tan precioso, de la sala de té, que nos serviría al mismo tiempo como separador de ambientes. Sobre él podríamos colocar la placa que regalamos a doña Fina y que nos entregó su abogado.

—Bueno, si es lo que quieres... —cedió él, una vez más—. ¿Y Patricia?

—¿Qué te parece si dejáramos como despacho de Patricia el cuarto que habías proyectado como consigna? Creo que cuarenta y nueve metros cuadrados es demasiado espacio para meter maletas. De ese modo, toda el ala este te queda liberada para las salas de convites de bodas que te pedíamos.

Pensó en ese cambio durante unos minutos. Aquel era el antiguo guardarropa para las visitas y se había dejado llevar por su uso, adaptándolo a uno más moderno, pero tenía que reconocer que era una pena desperdiciar aquella habitación, que tenía unas maravillosas molduras en las paredes y en el techo, para algo tan poco glamuroso como almacenar bolsas y *trolleys* de clientes. Sin duda, como despacho de la abogada de la casa tenía más fundamento y mejor uso.

—Sí, quizá tengas razón —claudicó—. Tal vez podríamos trasladar la consigna al sótano —sugirió—. Allí hay suficiente sitio para instalarla y así nos aseguramos de que nadie ajeno al hotel puede entrar y llevarse alguna.

—¡Genial! Tienes unas ideas fantásticas —exclamó ella, haciéndole creer que todo ese movimiento era iniciativa suya.

Pero aquello, en vez de enorgullecerlo, hizo que su ego masculino quedara machacado y vapuleado. Porque, aunque tenía que reconocer que a ella no le faltaba razón en todo lo que había expuesto, le reventaba el hígado tener que acatar sus imposiciones, disfrazadas de simples insinuaciones, por el mero hecho de estar decretadas con voz dulce y ojitos de no haber roto nunca un plato.

—Me encanta dónde has previsto colocar el restaurante —lo halagó sonriendo—. Que esté al final de todo, a la derecha del ala norte, me parece una gran idea. Los clientes atravesarán por el patio, con lo cual no interfieren el paso, lo que lo hace accesible e independiente.

—Gracias —se descubrió él diciendo complacido con el reconocimiento.

—Supongo que has previsto que eso te obliga a cambiar la ubicación de la cocina del sótano —comentó ladina.

La muy víbora acababa de encajarle un rejón con vaselina. «Pues no, no lo he previsto, pero te vas a quedar con las ganas de que te dé la razón», pensó para sí mismo amonestándose mentalmente por su descuido.

—Sí, ya lo había pensado —mintió al tiempo que maldecía para sus adentros por tener que cambiar también los planos del sótano que, por suerte, aún no había empezado a remodelar—. Lo ideal sería que las cocinas estuvieran lo más próximas que se pueda al restaurante. Si instalamos un ascensor interior y unos montaplatos, los camareros y cocineros lo tendrán mucho más sencillo —improvisó sobre la marcha.

—Claro —corroboró ella—. Así podemos poner el almacén en este lado —sugirió señalando con sus «garras» el ala este. Y parpadeó al darse cuenta de que no sabía en qué momento sus desestabilizadoras uñas se habían convertido en garras—. Seguro que hay alguna puerta lateral en esa zona, ¿no? —siguió esgrimiendo ella, ajena a sus pensamientos.

—Pues no —la rectificó llenándose de secreto placer al poder llevarle, por fin, la contraria con fundamento—. La puerta directa al sótano está en el ala oeste, así que el almacén está pensado ponerlo en ese lado. —Aunque, en realidad, hasta ese momento no se le había ocurrido pensar en esos detalles.

—Bueno, supongo que da igual —aceptó ella—. Al menos esa ubicación vendrá bien a la cafetería, por mucho que para trasladar los víveres del restaurante haya que atravesar todo el sótano. De todas formas, no se puede tener todo. Y tampoco sé por qué te digo todo esto, estoy segura de que ya has pensado en ello y tienes la solución, ¿no?

«Tranquilo, Mario, que si la estrangulas, vas a la cárcel», se reconvino.

Lo que más lo jorobaba no era que ella llevara razón, que la llevaba, sino darse cuenta de que estaba dejando escapar errores de principiante en su prisa por presentarle algo con rapidez. En su descargo solo podía alegar que se emocionó tanto con el diseño de la primera planta que no reparó en los detalles.

Pero aún era mucho más mortificante comprobar que Ana era más rápida y hábil que él y encima se lo estaba haciendo ver con tal mano izquierda que ni siquiera podía darse por ofendido. Al dar por sentado que él ya tenía todo eso resuelto, lo desarmaba por completo. Máxime cuando mucho se temía que sabía que acababa de pillarlo en unos cuantos renunciados seguidos.

Aquel baile de espacios duró más de lo que a él le hubiera gustado, alargándose también a la planta superior. ¡Era una tortura! Por fortuna, el inexorable reloj vino a sacarlo de aquel bucle de admiración y deseos de cometer un asesinato.

—Ana, son casi las tres de la tarde. Si queremos comer, deberíamos bajar ya, o nos someterán a ayuno contra nuestra voluntad —propuso deseando perder de vista aquellos planos malignos.

—¿Las tres? —repitió alarmada—. No, no, yo tengo que irme ya, no me da tiempo a comer. Es el cumpleaños de mi madre y tengo que ir a El Puerto. Da una fiesta de celebración. —Arrugó la nariz, demostrando lo poco que la subyugaba la idea—. Todavía tengo que ir a casa a recoger la ropa y el coche, apenas me dará tiempo a comer un sándwich y salir zumbando. Le dije que estaría allí sobre las seis de la tarde, para prepararme y todo eso.

Él no pudo evitar soltar una carcajada. Sus caras eran un poema.

—Veo que te apetece mucho el plan —comentó irónico.

—¡Sí, una barbaridad! Menos mal que se me ocurrió ir ayer por la tarde a comprar su regalo, o me hubiera presentado con las manos vacías.

—Eso hubiera sido horrible —siguió con la broma—. Jamás se debe ir al cumpleaños de una mujer sin regalo, y menos si es una madre.

—No me queda más remedio que darte la razón —repuso con una sonrisa, tomando su bolso del respaldo de la silla en la que lo había colgado, dispuesta a salir de allí corriendo.

—¿Te espero mañana?

No sabía en qué momento se le pasó por la imaginación hacerle aquella propuesta, pero lo cierto era que la pregunta ya estaba en el aire y deseaba recibir una respuesta afirmativa. ¿Por qué se mostraba tan ansioso de que aceptara, si en realidad lo que quería era que desapareciera de su vista?

—A las diez, ¿no? —la escuchó decir—. Estaré en la cafetería, que me toca pagar el desayuno a mí.

Y sin más, se despidió del resto de los empleados que todavía estaban por allí y salió pitando. Tras de sí le dejó un fresco olor a cítricos y una tonta y enorme sonrisa dibujada en su rostro.



Capítulo 12

Aún veía sus ojos, mirándola desde aquella cara patricia: ojos severos, ávidos, claros como el cristal. Y eran de color verde, no de un verde espectacular, pero aun así brillantes y tan... tan... intimidadores fue la palabra que se le ocurrió, sin que pudiera determinar por qué. Eran de la clase de ojos que podrían atemorizar a un hombre, y mucho más a una mujer. Ojos directos, temerarios, implacables. Se estremeció de nuevo.

Amable y Tirano, Johanna Lindsey

Solo eran las ocho de la mañana cuando Ana cruzó la calle y se internó en la playa por el acceso que tenía justo enfrente de su casa, para atravesar despacio la arena seca hacia la zona húmeda.

Parecía mentira que apenas treinta minutos más tarde de su horario habitual cambiara tanto el panorama. Por supuesto, los sempiternos paseantes de perros nunca faltaban, pero ella echó de menos el saludo matutino de Betty, la cachorra de *golden retriever* que cada día la acompañaba durante un buen rato, chapoteando en el agua a su lado. Los rostros de los chalados que, como ella, necesitaban quemar adrenalina antes de empezar con los quehaceres de la jornada también eran diferentes.

Aunque no era que algo de aquello le importara demasiado ese día, tenía otros asuntos mucho más importantes en la cabeza. El principal era la carta certificada que le entregó el portero a su regreso del estudio de arquitectura de Mario la tarde anterior, cuyas noticias eran las culpables de que se le hubieran pegado las sábanas. Eran más de las cuatro de la mañana cuando por fin fue capaz de quedarse dormida.

No sabía cómo afrontar aquel inconveniente. Porque sí, «el niño» les avisó, les dijo que impugnaría aquel testamento; sin embargo, ella fue una incauta y no se paró a pensar que fuera a hacerlo de verdad. Creyó que se trataba de una pataleta, pero ahí estaba aquella notificación, con el formulario de queja presentado por el hijo de doña Fina ante el Juzgado de Primera Instancia de Cádiz. Y lo peor era que solo tenían veinte días para responderlo. Sabía que Patricia se encargaría de todo, pero a ella los trámites legales que no sabía controlar la ponían muy nerviosa.

Necesitaba hablar con las chicas, pero aún era demasiado temprano y la tarde anterior, por culpa de la fiesta de su madre, le fue imposible ponerse en contacto con ellas. Estaba segura de que habrían recibido una notificación idéntica a la suya y que, al igual que ella, no se la habrían tomado demasiado bien porque, aunque solo hacía cuatro días que sabían que eran las flamantes propietarias de la casa-palacio de Los Tulipanes y apenas habían tenido tiempo de hacerse a la idea, una vez que vieron todo aquello con sus propios ojos, dudaba que alguna estuviera dispuesta a renunciar a los sueños que de inmediato forjaron en torno a aquellas paredes.

—Ey, Ana, ¿no saludas? —escuchó decir a una voz de sobra conocida.

Tan enfrascada estaba en aquellos aciagos pensamientos que no reparó en la figura de un chico

que hacía estiramientos a pocos metros de ella. La frase la hizo parar en seco a mitad de una contorsión de brazos en su rutina de calentamiento.

—¿Qué haces tú aquí, Mario? —lo increpó con voz desabrida.

—Hombre, si tenemos en cuenta que son las ocho de la mañana y que hoy no hace sol porque está nublado, solo se me ocurre decirte que lo mismo que tú, deporte —respondió sonriendo ante la tonta pregunta.

—Ya —repuso abofeteándose mentalmente por su absurda forma de abordar el encuentro—. Perdona, es que iba tan ensimismada en mis problemas que no te he visto —se excusó—. Además, eres la última persona que pensaba encontrarme aquí.

—Si te soy sincero, tampoco yo pensaba verte en este lugar precisamente. ¿Sueles venir a menudo a hacer ejercicio?

—Sí, todos los días. Procuero correr una horita antes de empezar la jornada.

—Pues entonces lo raro es que no nos hayamos visto antes.

—¿Por?

—Porque yo también vengo a diario.

«Qué casualidad», pensó malhumorada. «¿Es que no hay más playas en todo Cádiz, que tienes que elegir la mía?».

—Bueno, yo suelo bajar antes de esta hora —dijo, en cambio, guardándose para sí sus reflexiones—. Pero hoy me he dormido porque...

Entonces se dio cuenta de que él también debía de haber recibido la misma notificación que ella, en su calidad de fideicomisario de esa herencia.

—La impugnación del testamento de doña Fina te ha quitado el sueño, ¿no es eso? —terminó él su frase, al tiempo que esclarecía sus dudas.

—Exacto. Me estaba preguntando si tú también habías recibido la notificación, pero ya veo que sí.

—Sí, me la entregaron ayer en el estudio, cuando subí después de comer.

—¿Y qué ocurrirá ahora?

—Anda, termina de calentar y te cuento lo que vamos a hacer mientras corremos un poco —propuso.

Ella no se hizo de rogar. Por escaso que fuera su deseo de tener la compañía de Mario durante su entrenamiento, la curiosidad era mucho más poderosa que cualquiera de sus recelos.

Ambos terminaron la tanda de estiramientos y, casi al mismo tiempo, empezaron a andar hacia la orilla para adoptar un trote lento de zancadas largas.

—Ayer por la tarde —retomó él la conversación—, estuve hablando con el abogado de doña Fina y me confirmó lo que ya suponía.

—¿Y eso es...? —lo interrumpió.

—Que, mientras un juez no determine lo contrario, vosotras podéis hacer con el palacio lo que queráis, ya que no sois herederas, sino legatarias de un único bien concreto.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Cuál es la diferencia?

—Pues que los herederos solo adquieren la posesión de los bienes cuando aceptan la herencia, pagan los impuestos y firman ante notario el cuaderno particional, pero los legatarios se convierten en propietarios de manera automática desde el momento del fallecimiento del donante.

—Entonces, ¿no tenemos que aceptarlos?

—Creo que no, aunque no vendría nada mal que lo hicierais, ya que doña Fina dejó escritas un montón de cláusulas. Aun así, la aceptación es tácita si no lo rechazáis de forma expresa.

—Vale, le contaré esto a Paty, aunque supongo que ella ya lo sabrá. Lo que a mí me gustaría sería que me explicaras cuál es tu papel en todo esto.

—El de fideicomisario. Es decir, el de administrador de los bienes y las cantidades de dinero que os han sido legadas en virtud de los deseos de doña Fina, siempre a vuestro favor. Nada más y nada menos.

—¿Y eso significa...?

—Que aquí no puede meter mano Javier, por mucho que se empeñe.

—¿Estás seguro de eso?

—Segurísimo. Existe un contrato de fideicomiso, por cierto, establecido dos años antes de la muerte de Fina Quesada, que salvaguarda el palacete y el dinero asignado a su reparación, tanto de vuestros acreedores como de los suyos, si los hubiera, e incluso de sus propios herederos.

—Lo que viene a decir que no nos afecta nada que su hijo impugne el testamento, ¿no es eso?

—En principio, no. De cualquier forma, la impugnación es un trámite largo y costoso y mientras un tribunal no diga lo contrario, algo que es bastante improbable que suceda, vosotras sois libres de hacer todo lo que os permita el contrato de fideicomiso.

—Entonces, ¿por qué hace todo esto Javier? —cuestionó confundida después de un rato de silencio, en el que ambos aceleraron un poco el ritmo de la carrera.

—Porque está ofuscado y dolido, supongo. O muy mal aconsejado, no sé. Pero vosotras quedaos tranquilas, que está todo atado y bien atado. Supongo que él desconoce la fecha en la que se hizo el fideicomiso y cree poder alegar algo que lo inhabilite, pero no tiene nada que hacer a ese respecto. Además, antes de este contrato existía otro, más o menos en los mismos términos, en el que el fideicomisario era mi padre. Doña Fina era una mujer muy lista y tenía muy buenos asesores.

—Y, por supuesto, tú no vas a decírselo.

—¡Por supuesto! —contestó Mario, riéndose—. Pero, de todas formas, dejadme que hable con Javier e intente hacerlo entrar en razón. Lo conozco bien, es un terco de narices, pero es un buen chaval.

—¿De qué lo conoces?

—Estudiamos juntos hasta COU. Éramos amigos, muy buenos amigos, aunque luego la vida nos llevó por caminos diferentes y perdimos el contacto. De hecho, ese fue el motivo por el que su madre recurrió al estudio de mi padre para hacer la remodelación de la Casa de los Tulipanes. Nuestra relación viene de lejos.

—Pues no te vi en el entierro de doña Fina —dijo sin pensar.

—No, no pude ir, estaba en Roma, trabajando. Mi padre sí que fue.

La mención de la ciudad hizo que un escalofrío le recorriera la espalda como si le hubieran vertido un jarro de agua fría. Suponía que a la cabeza de Mario acudieron, también, los mismos pensamientos, porque de pronto se la quedó mirando de una forma extraña.

A punto de perder el ritmo de la carrera, dirigió la vista al frente para eludir aquellas verdes pupilas que parecían taladrarle el alma; ojos implacables y severos, que le cuestionaban decisiones que ninguno de los dos había olvidado, por mucho que llevaran dos días disfrazando aquella relación de algo novedoso y agradable. Se estremeció de nuevo y en esa ocasión no pudo disimular el respingo que le provocó.

Obstinados, ambos siguieron corriendo en silencio durante un buen rato, cada cual inmerso en sus cavilaciones, hasta que el mutismo empezó a hacerse incómodo. Al menos para ella, que se vio obligada a romperlo de cualquier modo.

—Mario, ¿siempre has sabido que nosotras seríamos las futuras herederas del palacete?

—No. Eso fue algo de lo que me enteré muy poco antes de la muerte de Fina. Me lo dijo ella misma hace dos o tres meses. Ella siempre hablaba de «sus niñas», de «sus tulipanes», pero no se me ocurrió atar cabos y tampoco puse mucha atención a ese tema. Yo no necesitaba saber quiénes serían las futuras propietarias, me bastaba con saber qué era lo que tenía que hacer. ¿Damos la vuelta?

Sorprendida, se dio cuenta que ya habían llegado al final de la playa. Por regla general ella volvía sobre sus pasos un poco antes de llegar a las Puertas de Tierra, pero aquella mañana estaba tan pendiente de su acompañante, embelesada con el tema de conversación, que ni se dio cuenta del camino que recorrían.

—Sí, claro.

Y, sin más, giraron sobre sus talones y emprendieron el camino de regreso.

—¿Has dejado el coche cerca de donde nos hemos encontrado? —preguntó él, de pronto.

—No necesito coche, vivo en el bloque de enfrente.

—No puede ser —exclamó con los ojos abiertos como platos.

—¿Por qué no puede ser? Mi actual vivienda está en el número tres del Paseo Marítimo. ¿Qué tiene eso de extraño? —Acababa de dejarla confundida.

—Que la mía también. Es muy raro que no nos hayamos visto nunca en el portal ni hayamos coincidido en el ascensor.

«No fastidies... —se lamentó para sus adentros—. Desde luego, karma, ¡me estás jorobando a base de bien! Con lo grande que es Cádiz».

—Bueno, apenas hace cinco meses que compré el apartamento y solo tres que me trasladé —comentó con un tono de consternación que no fue capaz de disimular.

—¿Y no te dijo Beatriz que yo también vivía en ese edificio? —questionó Mario de un modo que a ella le pareció más que suspicaz.

—No. Supongo que se le olvidaría mencionármelo. —Pero su mente recordó que Lu intentó contarle que tenía un amigo en aquel edificio, que corría cada mañana por la playa, aunque ella no la dejó continuar—. La primera vez que vino a casa —siguió esgrimiendo una excusa que pareciera sincera— fue el día del entierro de doña Fina y, como comprenderás, ese día era todo muy confuso.

—¿No le habías contado antes dónde pensabas establecerte?

«Joder, ¿tanto te fastidia?».

—Pues no, la verdad.

—Ya.

Aquella parte de la conversación le dejó muy mal sabor de boca. No podía entender por qué él parecía tan molesto por el mero hecho de que fueran vecinos. A ella tampoco era que le hiciera ninguna ilusión, desde luego, pero no era algo por lo que rasgarse las vestiduras; si llevaban tres meses sin coincidir, bien podrían pasar otros tres antes de que volvieran a hacerlo.

Si él no se sentía bien sabiendo que podría encontrársela en el ascensor en cualquier momento, ya sabía lo que tenía que hacer, porque ella no pensaba mudarse. Esa casa, que tanto trabajo le costó encontrar y en la que se sentía tan a gusto, era con la que siempre había soñado. Y ningún vecino, por incómodo que fuera, la haría cambiar de planes.

—Si quieres, te recojo en media hora para ir al estudio —comentó él al llegar al portal, un buen rato después.

—Gracias, pero tengo que hacer antes unos recados —desestimó ella, malhumorada aún por

culpa de su reacción—. Por cierto, no creo que llegue a las diez —dijo de pronto.

Necesitaba un rato para someter y encerrar bajo siete llaves el cabreo repentino. Aprovecharía, además, para hablar con las chicas sobre la notificación.

—Vale, como quieras —aceptó él, sin insistir ni preguntarle si acaso los pillaban de paso esos recados y podían hacerlos de camino—. Ven cuando quieras, yo estaré en mi despacho.

Y sin más, ambos entraron en el edificio, saludaron al conserje y se dirigieron cada uno a su ascensor.

«Bueno, al menos no compartimos la misma ala del edificio», pensó rabiosa.

Hacía ya más de un mes de aquella única vez que coincidieron en la playa. Desde entonces, Mario la veía cada día llegar de su rutina deportiva con una puntualidad que rayaba la obsesión. Le extrañó que esa mañana todavía no hubiera aparecido, pues Ana solía regresar justo antes de que él saliera. A veces se cruzaban en las escaleras, en cuyo caso se limitaban a darse los buenos días con un parco «hasta luego».

Y aunque luego trabajaban juntos durante toda la jornada en el proyecto del hotel, ninguno de los dos había vuelto a insinuar que podían compartir la sesión deportiva. A él le hubiera agradado repetirlo, pero ella parecía empeñada en esquivarlo a toda costa fuera del trabajo y, desde luego, no sería él quien provocara ningún encuentro en el que ella, quedaba claro, no estaba por la labor de participar.

Incluso en un par de ocasiones se ofreció a llevarla a casa en la moto después del trabajo, pero Ana siempre tenía alguna excusa para rechazar la propuesta, por mucho que se le iluminaran los ojos con las ganas; que si llevaba falda, que si había quedado... Y eso que, cuando descubrió su amor por los vehículos de dos ruedas, él metió el casco del pasajero en la maleta para evitar que sucediera como la primera vez, que no pudo tomarle la palabra e irse a pasear en lugar de a trabajar por falta de ese equipamiento obligatorio.

En resumen, hacía tiempo que se prometió dejar de plantearle alguna actividad conjunta fuera de la laboral.

Bien era cierto que su relación era bastante más cordial y menos tensa que al principio y por fin estaban en un punto de evitar la discusión siempre que era posible —aunque a menudo saltaban chispas entre ellos—, pero en cuanto él intentaba cambiar el estatus fuera del ámbito habitual, ella se cerraba en banda.

Y eso que creía haberle demostrado que, para él, lo sucedido en Roma estaba olvidado y no le guardaba rencor, pero ella no debía de opinar de la misma forma. Juraría que se lo repetía a sí misma como un mantra para no bajar la guardia, por si acaso a él se le ocurría volver a las andadas y hacer algún movimiento fuera del guion. De su guion.

«¡Como si no hubiera más mujeres en todo Cádiz!» Ni se le pasaba por la cabeza intentarlo.

Molesto, tomó el teléfono y los auriculares para escuchar música mientras corría, retiró las llaves de la cerradura y salió, con un portazo, a quemar la adrenalina que, sin saber por qué motivo, circulaba a toda velocidad por su torrente sanguíneo.

Un par de horas más tarde, a las diez, puntual como un reloj, Ana lo esperaba en la cafetería para desayunar, como cada mañana.

No tenía demasiado buen aspecto, daba la impresión de haberse pasado la noche peleando contra las fuerzas oscuras y las ojeras violáceas parecían querer abrirse camino hacia su barbilla.

—Buenos días, Ana —la saludó. Ella levantó la mirada del periódico que estaba hojeando y le sonrió con un gesto cansado, carente del brillo habitual.

—Hola, Mario.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? —indagó alarmado.

—No demasiado —respondió—. Ayer fui a cenar con Lu y algo debió de sentarme mal. Me he pasado la noche vomitando; no he pegado el ojo.

—¿Y por qué no me has llamado para decirme que no venías? Deberías irte a casa y descansar.

—No, no. Hoy hemos quedado con los albañiles en Los Tulipanes, ¿recuerdas? Tenemos que inspeccionar los apartamentos de Gabriela y Patricia, para que den los últimos retoques y arreglen todo lo que hayan podido dejarse pendiente. No queda mucho tiempo.

—¿Cuándo vienen ellas?

—Gabriela ya está aquí, pero está deseando mudarse a su casa porque su abuela la tiene muy controlada. Y Patricia cree que podrá venir, de manera definitiva, en un par de semanas.

—Bueno, tranquila, que estarán listos para esa fecha. De todas formas, yo puedo encargarme de ello o quedar con el capataz para otro día que tú estés mejor —propuso preocupado.

—Gracias, pero déjalo. Mejor nos lo quitamos del medio y luego me voy a mi casa. Además, he quedado con Lu y Gabriela a las doce allí para ver los avances de las obras, aunque Gabriela no sabe nada de lo de su apartamento. ¡Quiero darle una sorpresa!

—Bien. En ese caso, me tomo el café y nos vamos para allá, así vemos con la cuadrilla el planteamiento de las obras del tercer y cuarto piso y la distribución de las habitaciones.

—¿Vas a meterte ya con las habitaciones? ¿Sin el permiso de Patrimonio? —preguntó.

—Hombre, sin permiso, exactamente, no.

—¿Nos lo han concedido? —preguntó ella, a punto de que los ojos se le salieran de las órbitas.

—Oficialmente, no. Pero es cuestión de días porque me han dicho, bajo cuerda, que han llevado a la sesión de la Comisión Provincial de Patrimonio Histórico de Cádiz de este mes nuestro expediente y han votado de manera favorable la viabilidad del proyecto, con las salvedades del informe de los técnicos de la Junta.

—¡No me digas! —Su rostro perdió el tono macilento como por ensalmo y sus ojos se iluminaron. Él no pudo evitar la sonrisa que le asomó a la boca.

Sonrisa que quedó congelada en su rostro cuando ella se abalanzó hacia él en tromba y lo abrazó para celebrar la noticia. Sus manos traidoras adquirieron vida propia y se engancharon a la estrecha cintura de Ana para atraerla hacia él, sin permiso alguno de su cabeza, tras lo que giraron dando saltos como críos durante unos breves segundos. Los justos hasta que ella se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se separó con la misma rapidez que se acercó, pero con una sonrisa radiante en la cara.

—Nos está mirando todo el mundo —susurró a modo de disculpa por su infantil reacción.

—Que miren, déjalos. Más sufren ellos —apuntilló divertido.

No obstante, aquella reacción le estaba pasando factura, por lo que se bebió de un trago lo que quedaba de su café y, tomando el casco de encima del mostrador, se encaminó hacia la calle.

—Vamos, date prisa, que vamos en la moto.

Ella no opuso ninguna resistencia en esa ocasión y lo siguió sin hacer comentario.

«¡Ya era hora!».



Capítulo 13

Georgina reparó en todo ello con solo una mirada, antes de que sus ojos quedaran clavados en esas pupilas, unas pupilas que enviaban tantas señales de advertencia como si tuviera que huir para salvar la vida. En las semanas pasadas con James Malory le había visto diferentes estados de ánimo, algunos de ellos bastante sombríos, pero nunca lo había visto tan furioso como para perder los estribos. Lo que leía ahora en sus ojos habría podido congelar una brasa.

Amable y tirano, Johanna Lindsey

A las doce en punto, Ana abrió el portalón de la casa de Los Tulipanes para comprobar si sus amigas ya estaban allí. Por una vez, Gabriela llegaba puntual a su cita. Las saludó con dos efusivos besos y se abrazó a Lu como si hiciera una eternidad que no se veían.

—¿Estás mejor? —preguntó esta, en voz baja, mirando a su alrededor.

—Sí, bueno, no me queda más remedio... —respondió ella, resignada—. No te preocupes, lo superaré.

Y en verdad se sentía mejor. A pesar del cansancio que arrastraba después de toda la noche sin dormir, se notaba más persona que unas horas atrás. La noticia de que iban a empezar con las obras de los pisos superiores le había levantado el ánimo.

—¿Qué es lo que tienes que superar? —quiso saber Gabriela, curiosa, en un tono lo suficiente alto como para hacer volver la cabeza a los bañistas de La Caleta.

—¡Calla, cotilla! —la regañó Beatriz.

—Luego te lo cuento, Gabriela, que ahora tenemos que entrar. No digas nada, por favor —la silenció ella.

—Como quieras —aceptó—, pero me tienes en ascuas. Tienes una mala cara...

—Porque no he dormido en toda la noche, pero Mario está convencido de que es porque me ha sentado mal algo que cenamos anoche Lu y yo. ¿De acuerdo? Ahora... chist -ordenó con un dedo sobre los labios mientras entraba a toda prisa en el palacete.

Gabriela no hizo más comentarios y la siguió con la intriga reflejada en la mirada. Sin embargo, sabía que no volvería a tocar el tema hasta que estuvieran solas porque, aunque era la más espontánea e irreflexiva de las cuatro, era igual de leal que las demás y sabía guardar un secreto.

Mario se unió a ellas en el patio tan pronto las vio llegar. Atento como siempre, las saludó y se enganchó a Lu en un efusivo abrazo. No había coincidido con ella desde que regresó de Madrid para instalarse, definitivamente, en Cádiz.

—¿Ya os ha contado Ana las buenas noticias? —dijo antes de que pudieran entablar cualquier otra conversación. No cabía duda de que estaba pletórico con la información.

—¿Qué noticias? —dijo Lu, mirándola con los ojos llenos de interrogaciones—. Ana, ¿qué es

lo que no nos has contado?

—¡No me habéis dado tiempo! —se quejó ella. Sin embargo, no estaba dispuesta a que Mario se erigiera en emisario de aquellas fabulosas novedades, así que siguió hablando antes de que él le arrebatara la oportunidad—. ¡Nos han admitido el proyecto en Patrimonio! —exclamó—. Aún no es oficial, pero por lo visto ya han firmado el acta y todo.

Lu y Gabriela se abrazaron a ella rebosantes de alegría y después a Mario. A partir de ese instante, todo fue una vorágine de ideas, cambios y explicaciones, envueltos en bromas y buen humor. Mario se portó de una forma ejemplar, tomando nota de todas las sugerencias y aviniéndose a hacer lo que le pedían sin poner grandes pegajos; tenía que reconocer su predisposición a complacerlas, mal que le pesara.

Por fin, ya casi a última hora de la mañana, se dirigieron a la torre este, dispuestos enseñar a Gabriela lo que sería su futuro hogar. Se trataba de un apartamento más que espacioso, que contaba con un salón de grandes ventanales, desde los que se gozaba de unas vistas imponentes de la playa de La Caleta; una cocina, con una gran isla que separaba la zona de estar, y una habitación doble con baño completo y vestidor, que incluía jacuzzi, bañera de hidromasaje y ducha.

Ella no tenía ninguna duda de que la rubia iba a estar más que emocionada con su nueva casa. Jugaba sobre seguro porque, cuando Mario y ella le enseñaron los planos que habían confeccionado para las *suites*, se mostró tan completamente enamorada de esos espacios que decidieron basarse en ellos para llevar a cabo el diseño de los cuatro apartamentos gemelos que corresponderían a cada una y, de ese modo, darle una sorpresa. Incluso para que todo fuera más impactante, se encargó de amueblar el interior con lo básico, aunque los detalles correrían por cuenta de las que, con el tiempo, serían sus inquilinas.

«Miedito me dan los "detalles" de Gabriela», rezongó para sus adentros.

Eran ya casi las tres de la tarde cuando los cuatro se despedían en la puerta. Mario volvió a subir a su potente moto y ellas se marcharon caminando por el barrio de La Viña para acercarse hasta El Faro a comer, su restaurante favorito.

—Bueno, Ana, ¿me vas a contar ya qué es lo que te pasa? —la interrogó Gabriela, nada más tomar asiento.

Ella la miró y de su rostro se borró, de inmediato, el rictus de alegría y complacencia. Derrotada, de nuevo, se tapó los ojos con las manos, sin contestar. No sabía ni por dónde empezar a confesarse.

—Mal de amores, hija —acudió en su ayuda Beatriz—. Que Ana se nos ha enamorado...

—¿Cómo? —La cara de Gabriela no tenía precio—. ¡Y eso que decías que Mario no te importaba en absoluto! —dijo por sentado—. Porque se trata de Mario, ¿verdad? Lo tienes en tu destino —sentenció, categórica, al mejor estilo de Esperanza Gracia, la bruja de la tele.

Ella confirmó la suposición con la cabeza y se encogió de hombros. Lo cierto era que ni ella misma se explicaba cómo ni cuándo había sucedido. Pero, aunque ya hacía tiempo que se negaba a reconocerlo incluso para sí misma, la noche anterior tuvo una revelación que no le dejó ninguna duda y que la obligó a asumir que estaba presa del enamoramiento menos deseado de su historia.

—Bueno, no sé si estoy «enamorada». Desde luego, estoy un poco colgada de él —concedió.

—Sí lo estás, Ana —metió el dedo en la llaga Lu—. Y siento decirte que no es algo nuevo; te quedaste pillada en Roma y, ahora, el hecho de verlo a diario te ha dado la puntilla. Reconócelo.

—Puede —aceptó—. Aunque quizá solo sea que como él no me hace ni puñetero caso...

—¿Y qué querías? —lo defendió Beatriz—. Después de cómo lo dejaste en el hotel, no pretenderías que siguiera tirándote los tejos.

—¡Claro que no! ¿Pero cómo iba yo a imaginarme que volvería a encontrármelo cuando ya lo había olvidado casi por completo y, encima, que tendría que trabajar con él a diario? Además —siguió disculpándose sin saber por qué lo hacía—, no estoy muy segura de querer que me tire los tejos.

Lu la miró de una forma que parecía poner en entredicho su último comentario, taladrándola con aquellos ojos azules que eran capaces de leer en su alma como en un libro abierto.

—¿Sabes qué le pasa? —preguntó a Gabriela—. Que Ana es como el perro del hortelano —se contestó a sí misma sin concederle ni un segundo para pensar la respuesta—. No lo quiere para ella, pero le joroba que él continúe con su vida y vaya con otras.

—¡Eso no es cierto! —se quejó ella—. Comprendo que él siga con su vida, de verdad, pero...

—No puedes evitar que te duela, ¿verdad? —medió por fin Gabriela, que había estado escuchando con mucha atención.

—Sí, duele —contestó—. La verdad es que desde aquella noche de Roma me he encontrado pensando en él más veces de las que me hubiera gustado —confesó—, pero siempre lo achaqué a que el tipo es un dios en la cama y yo llevo en dique seco desde entonces. Sin embargo, cuando lo vi con esa chica en el circuito de Jerez, no me hizo ninguna gracia.

—No es que no te hiciera gracia, Ana —insistió Lu—, es que te moriste de celos.

—Un momento... —las interrumpió Gabriela—. Empieza por el principio. ¿Qué chica y qué circuito de Jerez?

—Verás, ya sabes que yo me pirro por las motos —comenzó a relatar resignada—. Pues el día del Mundial de Motociclismo, yo fui al campeonato; mi padre, o mejor dicho su bodega, tenía un espacio reservado para sus clientes y amigos en la zona de *hospitality*.

—¡Como toda la vida! —apuntilló Gabriela—. Cuando estábamos en el colegio la empresa de tu padre nos invitaba todos los años a las carreras, ¿no te acuerdas?

—Sí, claro. El caso era que BMW Motorrad tenía justo reservada la zona contigua en tribuna. Y, como ya has visto, Mario tiene un *pedazo de motón* impresionante, así que supongo que lo invitaron porque estaba allí, junto con una tía guapísima; una rubia con ojos azules y un tipazo despampanante que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. ¡Parecía Chita enganchada a Tarzán!

—Ahora entiendo. Y cuando lo viste se te cayeron los palos del sombrero —dedujo Gabriela.

—No exactamente, pero tengo que reconocer que no me hizo ninguna ilusión. No podía dejar de mirarlos. Estuve todo el campeonato más pendiente de ellos que de lo que ocurría en el circuito.

—¿Él te vio a ti?

—No que yo sepa. Estaba demasiado inmerso en lo que ocurría en la pista. Tengo que reconocer que ni siquiera hacía caso a la chica que tenía al lado, por mucho que ella no hacía más que molestarlo llamando su atención.

—Entonces, ¿qué fue lo que te sentó tan mal?

—Nada. No lo sé. Supongo que no me gustó que estuviera con otra y me hizo ser consciente de que empezaba a sentirme demasiado cómoda a su lado cuando estábamos trabajando. Así que decidí que, a partir de ese momento, se acabarían las confianzas e iba a apartarme de él todo lo que pudiera, para reprimir mis tentaciones.

—Ya. Pero no has sido capaz, ¿no es eso?

—Sí. Sí que lo he sido. Desde ese día me he mostrado menos accesible.

—¿Menos? —cuestionó Lu, irónica.

—Sí. Incluso me he negado a cualquier tipo de acercamiento por su parte, aunque, por supuesto, él solo ha pretendido mantener una relación amistosa y no se ha insinuado lo más

mínimo.

—Mario es un buen tío, Ana —interrumpió Lu—. No sé por qué eres tan borde con él. Otro, en su lugar, te hubiera mandado a freír espárragos y no te miraría ni a la cara.

—¡Claro que lo es, Lu! Nadie dice lo contrario. Y no he sido borde, solo distante. Entiendo que lo defiendas porque es tu hermano del alma, pero entiéndeme también a mí, yo estaba intentando no enamorarme.

—Para lo que va a servirte... —murmuró Gabriela.

Ella ignoró su agorero comentario.

—Y te entiendo, cielo. —Beatriz la abrazó, consternada—. Pero tienes que asumir que Mario es un chico al que nunca le ha faltado una mujer a su lado. Es, lo que se dice, un tipo con éxito. Es un hombre, así que es normal que no pierda ninguna oportunidad.

—Lo sé. Lo sé.

El silencio se apoderó de las tres, que se dedicaron a dar buena cuenta de los platos que el camarero ponía sobre la mesa. O al menos las otras lo hicieron, porque ella se limitó a marear su comida, sin apetito alguno.

—Entonces —siguió diciendo Gabriela, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que faltaba algo—, ¿dónde está el problema? Si asumes que no quieres nada con Mario, ¿por qué tienes esa cara?

Y en efecto, faltaba mucho. Faltaba el colofón; lo que la hizo darse cuenta de que nada iba a ser tan fácil como no querer enamorarse y que los celos eran unos horribles compañeros de viaje.

—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corría su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiéndolo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contestó con retintín.

—¿Pero le has dicho algo hoy?

—¿Tú estás loca? ¡Con la jeta que tengo, que se nota a la legua que me he pasado la noche dando vueltas en la cama!

—Pero ¿tú quieres algo con él o no? —incidió Gabriela, incisiva.

Tampoco sabía qué responder a esa pregunta. En realidad, ese era el auténtico motivo por el que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche.

—Hombre, la verdad es que quiero, ¡pero no puedo! No me siento capaz de mantener una relación estable con nadie ahora mismo, y ya sabéis que yo no soy de medias tintas

—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corroía su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiendo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contestó con retintín.

—¿Pero le has dicho algo hoy?

—¿Tú estás loca? ¡Con la jeta que tengo, que se nota a la legua que me he pasado la noche dando vueltas en la cama!

—Pero ¿tú quieres algo con él o no? —incidió Gabriela, incisiva.

Tampoco sabía qué responder a esa pregunta. En realidad, ese era el auténtico motivo por el que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche.

—Hombre, la verdad es que quiero, ¡pero no puedo! No me siento capaz de mantener una relación estable con nadie ahora mismo, y ya sabéis que yo no soy de medias tintas class="texto1">—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corroía su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiendo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contestó con retintín.

—¿Pero le has dicho algo hoy?

—¿Tú estás loca? ¡Con la jeta que tengo, que se nota a la legua que me he pasado la noche dando vueltas en la cama!

—Pero ¿tú quieres algo con él o no? —incidió Gabriela, incisiva.

Tampoco sabía qué responder a esa pregunta. En realidad, ese era el auténtico motivo por el que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche.

—Hombre, la verdad es que quiero, ¡pero no puedo! No me siento capaz de mantener una relación estable con nadie ahora mismo, y ya sabéis que yo no soy de medias tintas class="texto1">—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corroía su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiendo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contestó con retintín.

—¿Pero le has dicho algo hoy?

—¿Tú estás loca? ¡Con la jeta que tengo, que se nota a la legua que me he pasado la noche dando vueltas en la cama!

—Pero ¿tú quieres algo con él o no? —incidió Gabriela, incisiva.

Tampoco sabía qué responder a esa pregunta. En realidad, ese era el auténtico motivo por el que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche.

—Hombre, la verdad es que quiero, ¡pero no puedo! No me siento capaz de mantener una relación estable con nadie ahora mismo, y ya sabéis que yo no soy de medias tintas class="texto1">—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corroía su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiendo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contestó con retintín.

—¿Pero le has dicho algo hoy?

—¿Tú estás loca? ¡Con la jeta que tengo, que se nota a la legua que me he pasado la noche dando vueltas en la cama!

—Pero ¿tú quieres algo con él o no? —incidió Gabriela, incisiva.

Tampoco sabía qué responder a esa pregunta. En realidad, ese era el auténtico motivo por el que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche.

—Hombre, la verdad es que quiero, ¡pero no puedo! No me siento capaz de mantener una relación estable con nadie ahora mismo, y ya sabéis que yo no soy de medias tintas

class="texto1">—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corroía su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiéndolo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contestó con retintín.

—¿Pero le has dicho algo hoy?

—¿Tú estás loca? ¡Con la jeta que tengo, que se nota a la legua que me he pasado la noche dando vueltas en la cama!

—Pero ¿tú quieres algo con él o no? —incidió Gabriela, incisiva.

Tampoco sabía qué responder a esa pregunta. En realidad, ese era el auténtico motivo por el que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche.

—Hombre, la verdad es que quiero, ¡pero no puedo! No me siento capaz de mantener una relación estable con nadie ahora mismo, y ya sabéis que yo no soy de medias tintas

class="texto1">—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corroía su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiéndolo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contestó con retintín.

—¿Pero le has dicho algo hoy?

—¿Tú estás loca? ¡Con la jeta que tengo, que se nota a la legua que me he pasado la noche dando vueltas en la cama!

—Pero ¿tú quieres algo con él o no? —incidió Gabriela, incisiva.

Tampoco sabía qué responder a esa pregunta. En realidad, ese era el auténtico motivo por el que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche.

—Hombre, la verdad es que quiero, ¡pero no puedo! No me siento capaz de mantener una

relación estable con nadie ahora mismo, y ya sabéis que yo no soy de medias tintas
class="texto1">—Cuéntaselo, Ana —la acicateó Lu.

—El problema está en que anoche... Anoche...

Las palabras se atascaban en su garganta y se negaban a abandonar su boca, como si expresarlas diera aliento al dolor que corroía su alma y la pudría por dentro.

—En que anoche volvió a verlo con la chica del circuito y se derrumbó —la ayudó Beatriz a verbalizar lo que su mente se negaba a admitir.

Pero si quería superarlo y pasar página, tenía que ser valiente y hacer frente a esos sentimientos que había estado sometiéndolo a fuerza de voluntad. Algo que había estado consiguiendo hasta que la evidencia vino a darle una colleja para que reaccionara.

—Lu y yo fuimos a cenar para celebrar su regreso a Cádiz —dijo por fin, decidida a superar aquel episodio—, eso ya lo sabes porque te dijimos que vinieras, pero como tenías consulta de tu tarot *online*... El caso fue que, cuando salíamos del restaurante, nos lo encontramos dándose un morreo de película con la tipa esa, en mitad de la acera.

—¿Y él os vio?

—¡Como para vernos! Con lo ocupado que estaba —contes